

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



El amor pasó de moda
Dinámicas afectivas de una generación de jóvenes

PRESENTA

María Teresa de Alba Robles
Licenciatura en Periodismo y Comunicación Pública

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías
Asesor de productos audiovisuales: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, Primavera de 2024

ÍNDICE

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	3
Resumen	3
1. Introducción	4
1.1. Objetivos	5
1.2. Justificación	6
1.3 Antecedentes	8
1.4. Contexto	23
2. Desarrollo	26
2.1. Sustento teórico y metodológico	37
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	38
3. Resultados del trabajo profesional	64
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	69
5. Conclusiones	73
6. Bibliografía	75

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio–profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

Esta investigación pretende analizar cómo los jóvenes universitarios nacidos en el siglo XXI de clase media–alta en Guadalajara viven el “amor” en pareja. En Jalisco, ha disminuido el número de matrimonios y ha aumentado el número de divorcios. Los jóvenes son más propensos a dejar relaciones, prescindir de ellas. Sus ideas sobre el matrimonio y la familia se están transformando. Lo que me hace pensar que el amor romántico, con todas las funciones que tenía, pasó de moda. Las personas buscan conexiones, en vez de relaciones, según el sociólogo polaco Zygmunt Bauman en *Amor líquido* (2002).

En esta investigación recuperaré los factores que están incidiendo en cómo se vive el amor, como la individualidad, el sexo casual, el desamor, el narcisismo y la modernidad. Así como también el amor libre, las relaciones no heterosexuales, el feminismo y el esoterismo abren nuevos discursos y prácticas sobre el amor. A la vez, daré cuenta de las dinámicas más comunes en las relaciones, en una época atravesada por el consumismo, las nuevas tecnologías, los movimientos sociales y problemáticas que han alcanzado un punto crítico. Analizaré el contexto, específicamente del siglo pasado, haciendo hincapié en los diferentes cambios

sociales y económicos, que han transformado instituciones como la familia y el matrimonio.

1. Introducción

Esta investigación surge de una necesidad de entendimiento. Veo muchísimas parejas frustradas que se deshacen. Personas que tienen una gran voluntad para amar, pero poca conciencia sobre lo que implica, que están asustadas del compromiso, y ponen límites y expectativas cada vez más difíciles de cumplir. Y pienso “somos jóvenes, vamos a hacerlo mejor en algún punto”, pero una búsqueda rápida en internet te lanza que 33 de cada 100 matrimonios acabaron en divorcio en 2022 (INEGI, 2023). En realidad, lo único que se necesita hacer para enfrentar un panorama desolador, es poner atención a las parejas de adultos, hacer porcentajes mentales de cuántas son felices.

México es un país en transición en cuestión de amor. No nos parecemos a las sociedades occidentales en las que los divorcios están al alza desde los años setenta (Rodríguez, 2020) y las relaciones no son obligatoriamente monógamas y heterosexuales, pero tampoco nos asemejamos a las relaciones tradicionales de antes, que estaban regidas por roles de género estrictos y funciones sociales.

Por ejemplo, las serenatas, que el hombre pague en la primera cita, que sea él quien pida a la mujer ser novios, entre otras costumbres siguen siendo muy comunes. Aunque los matrimonios estén disminuyendo, a la par de otros países como España o Inglaterra, sigue habiendo prácticas tradicionales e incluso machistas, como relegar todas las tareas domésticas y de cuidado a la mujer o casarse con el propósito principal de formar una familia.

Todavía no están garantizados los mismos derechos que tienen las sociedades occidentales, por ejemplo, el matrimonio igualitario acaba de ser legalizado el 14 de junio de 2023 y en la gran mayoría de los estados todavía no hay la estructura o la reglamentación para abortar de manera segura. Pero hacia allá vamos, reitero: somos un país en transición.

Además, las ideas sobre una relación más democrática, exenta de las reglas sociales y los roles de género han ganado mucha popularidad en los sectores de jóvenes universitarios, que imaginan un tipo de amor en el que ambas partes sean exitosas, tengan independencia, y dure mientras sea la voluntad de los dos.

Sin embargo, este nuevo tipo de amor moderno, del que se ha teorizado mucho, viene con sus propios problemas. Bauman (2002), escribió que, en un mundo moderno y líquido, el consumismo y el capitalismo han modificado la profundidad y la duración de las relaciones. Insiste en que “Uno pide menos, se conforma con menos y, por lo tanto, hay una hipoteca menor para pagar y el plazo de pago es menos desalentador”.

Somos una generación en búsqueda de referentes, según la psicóloga Maelvi Muñoz (2023). Creemos en el amor, pero al mismo tiempo no queremos una relación como la de nuestros padres o nuestros abuelos, ni tampoco recluarnos en la soledad. Y es enorme nuestra sorpresa, cuando el amor se acaba y al no estar respaldado por una institución o un peso simbólico, nos separamos. Y pasado un tiempo lo intentamos otra vez. Y una vez más.

1.1. Objetivos

El objetivo de esta investigación es entender por qué la generación Z (mediados de 1990 a mediados de 2000) en Guadalajara de clase media o alta se relaciona de la manera en la que se relaciona. Explicaré los procesos estructurales que moldearon el amor en las últimas décadas para constatar, que nunca es una dimensión meramente personal, sino que está fuertemente atada al contexto de cada sociedad.

Me interesa reflexionar sobre las nuevas necesidades afectivas de los jóvenes, que no atienden exclusivamente reglas o costumbres como el matrimonio, la heterosexualidad, y la monogamia, aunque siguen siendo preceptos importantes para gran parte de la población. Y pensar en qué sí se atiende, a qué si se le da valor. Analizar la supuesta libertad para escoger, que trae la modernidad y preguntarnos como lo hizo la filósofa francesa e israelí Eva Illouz (2020), “¿Constituye la libertad un peligro para la posibilidad de entablar vínculos serios y comprometidos, en particular vínculos de índole romántica?”

Quiero entender por qué el amor es una experiencia tan propensa a acabar en separación, por qué mi generación va a enfrentar tantos retos a la hora de relacionarse. Y en esta investigación, argumentaré desde todos los ángulos posibles —económico, social, cultural, filosófico— por qué pienso que el amor pasó de moda. También me plantearé si es necesaria esa nostalgia generalizada de otros tiempos en los que las relaciones no eran tan inmediatas, ni tan fáciles de disolver. A escala

mundial, los líderes de derecha han capitalizado el discurso de la restauración de la “familia tradicional”, pero creo que el deseo inconsciente de atenerse a un sistema — y por ende, terminar con la incertidumbre— no tiene que ver con ideologías, tiene que ver con el humano.

El filósofo español José Ortega y Gasset se preguntó: “¿Es la vida humana en su dimensión más humana una obra de ficción?” (1981). Si rechazamos las formas en las que se vivió el amor en generaciones anteriores, ¿qué otras nos vamos a inventar?

1.2. Justificación

Se ha escrito una infinidad de libros y películas de amor. Hay al menos 100 millones de canciones de amor (Chilton, 2023). Todos y todas tienen al menos una historia de amor. Bauman dice que el amor y la muerte son las experiencias más universales para el ser humano (2002). En la dimensión personal, este tema nos obsesiona, y, sin embargo, en la esfera pública, pocas veces se habla de amor de manera estructural. En esta investigación me propongo argumentar la importancia del amor en nuestra vida cotidiana. En ese sentido pretendo hacer un análisis macro sobre un tema que siempre se ha considerado íntimo y privado, relegado a la cultura y la psicología.

La escritora estadounidense Bell Hooks escribió en *Todo sobre el amor*: “En la actualidad, una mujer que habla de amor sigue siendo sospechosa, Quizá porque todo lo que una mujer instruida puede decir sobre el tema constituye una amenaza y un desafío directo a las visiones ofrecidas por los hombres” (Hooks, 2002).

Creo que las relaciones, la falta de ellas, las rupturas, los enamoramientos, las depresiones ocasionadas por desamor influyen directamente en la sociedad, y merecen el mismo estudio que otras disciplinas. En especial en esta época en la que las reglas establecidas, se difuminan, y lo privado se fusiona con lo público.

El amor en pareja está en crisis por factores que trascienden nuestra buena voluntad. Nunca ha sido algo únicamente personal, siempre ha estado sujeto a los cambios estructurales de los diferentes contextos. Su función social fue por muchos siglos inamovible y definitiva, los roles de género agudizaron los papeles que una pareja preformaba durante el matrimonio. El “amor” empieza a ser un factor de importancia en la conformación de una pareja en el siglo XVIII, antes estaba relegado

a las historias trágicas que se exhibían en los teatros y se escuchaban en las calles. Sin embargo, durante el siglo XX, las transformaciones sociales ocasionadas por guerras, movimientos sociales y cambios tecnológicos pusieron en crisis la institución del matrimonio, justo cuando amor y matrimonio empezaban a enlazarse. Los valores como “solo y único” “para siempre” se diluyeron en la segunda modernidad. La función social del matrimonio ya no es indispensable como alguna vez lo fue, la mayoría de las parejas que se casan lo hacen por amor, tradición o un proyecto de vida en común. Por eso mismo los matrimonios han disminuido desde el siglo XXI y los divorcios también han aumentado. Si no hay esquemas sólidos que apoyen o perpetúen nuestras formas de relacionarnos, quedamos a la deriva, con la impresión de tener libertad y voluntad para decidir sobre nuestras parejas, pero también con una enorme incertidumbre sobre el futuro. Los jóvenes de Guadalajara se muestran optimistas frente al amor, pero el individualismo, las redes sociales y el capitalismo modifican la intensidad y la duración de nuestras relaciones. Si el amor no está institucionalizado, las relaciones quedan a nuestras reglas y voluntad. Queremos romper con paradigmas, como la violencia de género dentro de la pareja, el amor romántico y obligatoriamente heterosexual y, sin embargo, nos enfrentamos con todo el peso de la libertad. Katy Evans lo explica así:

El amor, podríamos argumentar, es ahora más claramente alentado y respaldado que en cualquier otro momento de su historia por una cultura asocial de derecho y realización personal. Sin embargo, paradójicamente, el poder del amor para recompensar y enriquecer se ve disminuido porque ya no se asocia con restricciones y prohibiciones (Evans, 2002).

A lo largo de esta investigación haré un recuento de los medios en los que se ha expresado el amor y sus funciones a través de los siglos. Argumentaré por qué el amor siempre ha estado condicionado por la economía y los cambios sociales. Me apoyaré en los aportes teóricos de filósofos y sociólogos para comprender las dinámicas de pareja.

1.3 Antecedentes

Antes de preguntarse si el amor pasó de moda habría que definir qué es el amor y cómo se ve en México.

En esta investigación, me basaré en varias definiciones del amor para delimitar y especificar a qué me refiero cuando hablo de amor. En primer lugar, el amor, se entenderá como relación en pareja. El psicólogo estadounidense Stenberger (1986) estableció que cualquier definición de amor debía de incluir al menos tres aspectos: intimidad, pasión y compromiso. Aunque existan diferentes niveles de intimidad, pasión o compromiso, al hablar de amor se englobaran estas tres cuestiones. A la vez, también se especificará el tipo de amor de ser necesario, sin que una categoría sea excluyente de otra. El amor romántico, que está ligado a la idealización y la fantasía (Alberoni, 1984), el amor pasional, enfocado en el rechazo de alguna de las partes, el sufrimiento o la consumación sexual de la relación (Caruso, 1969), y el amor conyugal, establecido en la confianza, el cariño y la convivencia (Rubin, 1970). También me apoyaré en la definición de Natalia Tenorio Tovar (2012) que entiende al amor como una relación entre dos individuos basada en afectividad y emoción, y también adscrita a factores estructurales, que varían según la época, clase social, cultura, etc. Al referirme al amor, hablaré específicamente de situaciones en las que ninguna parte de la pareja este coaccionada por factores económicos o de violencia.

El amor también tiene su dimensión química. Estudios neurológicos explican que al menos doce áreas del cerebro son utilizadas para enamorarse y se liberan sustancias como la adrenalina, la dopamina, la serotonina, la oxitocina o la vasopresina. Además, el amor al igual que las drogas inunda el cerebro de dopamina, y crea dependencia, abstinencia y sensaciones de recompensa, según el Centro de Neuroética de la Universidad de Oxford.

Por último, usaré la definición del filósofo alemán Erich Fromm en *El arte de amar* (2002): el amor es un arte, que requiere conocimiento y esfuerzo, más que un sentimiento. El amor es una facultad, no un objeto.

En este apartado, haré un recorrido conciso sobre la literatura del amor, hasta llegar a la modernidad, que es el tiempo que nos interesa. El primer poema del que se tiene registro es el Poema de Gilgamesh, creado en Sumeria en el III milenio a.C. de autoría anónima. La poesía lírica nació en Grecia en el siglo VI a.C. Se recitaban

historias épicas acompañados de una lira como *La Ilíada* (segunda mitad del siglo XVIII a.C.) atribuida a Homero. En este clásico se cuenta la guerra la invasión de Troya por los griegos, cuando el príncipe de Troya, Paris se enamora profundamente de Helena, la esposa del hermano del rey y se la roba. Contiene varias historias de amor: Helena y Paris, Héctor y Andrómaca, Aquiles y Briseida.

En la Edad Media (476, caída del Imperio Romano de Occidente, a 1492, descubrimiento de América) se popularizaron los trovadores y los juglares que se dedicaban a cantar canciones sobre las victorias de los reyes y hazañas. En un tiempo marcado por la teocracia, la superstición, guerras violentas y epidemias, nació el amor cortés, que tiene su origen en siglo XII en los círculos aristocráticos de Francia (Tovar, 2012). Consistía en leyendas y cuentos de amor con un final trágico. Generalmente la trama se basaba en una joven de alta alcurnia que se enamoraba de un hombre de bajo estatus. De esa tradición se puede rescatar la leyenda de *Tristán e Isolda*, popular en el siglo XII, de origen francés. Aunque también había obras como *El Decamerón* (1351–1352) o *Los cuentos de Canterbury* (1383–1400), que, en contraposición al amor puro y no consumado, ahondaban en detalles eróticos y burlescos. Durante la Edad Media, la literatura del eros buscaba adaptarse a la corriente predominante del ágape, es decir amor a Dios (Gerli, 1980). “Cabe decir que el lenguaje del amor profano está completamente confundido con el de la religión durante los siglos XV y XVI.” En *Las conspiradoras* (1994) Jean Franco narra la vida de las monjas en los conventos coloniales en México, en las que se sometían a castigos físicos y eran presas de visiones místicas, cuidadosamente analizadas por los sacerdotes. Cuenta la historia de una monja, María de San Joseph (1656–1736), que escribía en sus diarios visiones sobre besar las llagas de Jesús y beber su sangre.

El Renacimiento (siglo XV al XVI) fue una época de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna marcada por grandes avances en ciencia y arte. Florencia fue la ciudad en la que nació y se desarrolló el movimiento, con exponentes como Leonardo Da Vinci y Botticelli. Se retomaron valores de la antigua Grecia y Roma, sustituyendo la teocracia por el antropocentrismo e instaurando el humanismo como corriente de pensamiento. Las primeras etapas del Renacimiento se caracterizaron por dejar de lado a Dios como tema central y hacer de la mujer el objeto lírico de deseo. “Un mundo en el que Dios en el mejor de los casos es admitido o tolerado” (Acera, 1989). De esta tradición derivó la obra *Romeo y Julieta* (1595) y los poemas de amor del español Lope de Vega (1562–1635), “Hermoso desaliño, en quien se fía

cuanto después abrasa y enamora, cual suele amanecer turbada aurora, para matar de sol al mediodía”.

El amor como lo entendemos tiene su origen en la modernidad en el siglo XVIII, “el Siglo de las Luces”, cuando las mujeres empezaron a formar parte de la decisión de matrimonio, según la académica inglesa Mary Evans (2003). Los gestos románticos y el *cortejo* se volvieron la norma en las sociedades burguesas, a la par de la ilustración, las ideas de igualdad y democracia (Evans, 2003).

El amor sufrió de una “feminización” en este siglo (Giddens, 2006). Se creó “el hogar” así como también se inventó la maternidad. Es decir, se le adjudicó a la mujer el rol de cuidar y querer a los hijos. Es por esto por lo que el amor se consideraba algo femenino, en el que sólo participaban activamente las mujeres y pasivamente los hombres (Giddens, 2006). Además, la novela y la novela epistolar empezaron a popularizarse en este siglo. Por mencionar algunas grandes obras de amor están, *Pamela* (1740) de Samuel Richardson, que es una novela epistolar en la que la joven protagonista permanece virtuosa y sincera ante las proposiciones deshonestas de su amo, hasta que consigue reformarlo y se casan. *Las amistades peligrosas* (1782) de Pierre Choderlos de Laclos, que cuenta mediante cartas las aventuras amorosas de dos nobles ociosos e implanta el canon de la novela epistolar. Además de otras grandes obras como *L’Encyclopédie* (1751–1772), la obra que contiene los trabajos más importantes de la ilustración francesa, con aportaciones de Voltaire o Diderot. La revolución francesa (1789), extendió valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad e hizo hincapié en la autonomía de los humanos. Illouz (2020) explica que, en el marco de este siglo de transformación social e intelectual, el amor que era relacionado a la cosmología de Dios en sociedades occidentales pasa a ser algo personal, que reafirma el derecho del individuo a los sentimientos. Prueba de ello fue la novela epistolar de Jacques Rousseau *Julia o la nueva Eloísa* (1761) en la que una joven acomodada y su maestro de clase humilde, se enamoran perdidamente y en contra de las reglas sociales, deciden seguir sus sentimientos.

Sin embargo, la figura del matrimonio tiene sus orígenes en las tradiciones griegas, romanas, hebreas y cristianas en la antigüedad. Los discursos y las prácticas se han modificado a lo largo de los siglos, ateniéndose al contexto social y económico de cada época. Pero los valores más importantes han permanecido, por ejemplo, los lineamientos contenidos en las cláusulas eclesiásticas de tiempo (para toda la vida),

exclusividad (fidelidad) y los roles que cada género debe de cumplir dentro del mismo (patriarcado) (Díaz–Loving, 2014).

Durante la colonia en México el matrimonio estaba regido por un sistema de castas que aseguraba el estatus social (Franco, 1994). Criollo, mestizo, castizo o español eran algunas de las categorías en las que las parejas y su descendencia eran acomodados. En ese contexto la mujer novohispana tenía la posibilidad de ser una monja, una esposa o bien una prostituta. La Iglesia era la institución responsable de concretar los matrimonios, así como llevar los registros (Quilodrán, 2019).

A la vez, la Iglesia también fungía la autoridad moral para reglamentar los comportamientos de las parejas (Rocha, 1996). El confesionario y la penitencia eran los instrumentos con los que se controlaban las conductas. Martha Eva Rocha, en “Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870–1968” (1996) escribe que en 1765 un confesionario repasaba 95 preguntas solamente para comprobar las faltas al sexto y noveno mandamiento.

El amor cortés, también se transmitió mediante leyendas en México. La leyenda de amor más famosa en el imaginario colectivo del país, la de “el callejón del beso”, está situada durante el siglo XVIII, cuando se construye la famosa edificación en la ciudad de Guanajuato, donde se supone que sucede el evento. Esta leyenda cuenta la historia de amor y tragedia de Carmen, hija única de un señor rico, y Luis, un minero. El padre de ella desaprobaba su relación, por la que le impidió a Carmen ver a su amado, pero Luis se las arregló para comprar la casa de enfrente, en la que el balcón quedaba a pocos centímetros del balcón de la habitación de Carmen. Así lograron encontrarse durante las noches. Cuando el padre de Carmen los descubre, asesina a su hija en un ataque de ira.

La leyenda es romanticismo puro. La muerte se manifiesta como respuesta máxima del amor. Denis de Rougemont escribió en *El amor y Occidente*:

El amor dichoso no tiene historia. Sólo pueden existir novelas de amor mortal, es decir amor amenazado y condenado por la vida misma. Lo que exalta el lirismo occidental, no es el placer de los sentidos, ni la fecunda paz de una pareja. No es el amor logrado. Es la pasión del amor. Y pasión significa sufrimiento. He ahí el hecho fundamental (Rougemont, 1979).

Otra leyenda de finales del siglo XVIII, quizá menos famosa, es en Lagos de Moreno y la escribió Alfonso de Alba en su compilación de leyendas *El toque de queda* (2012). Se titula “La cruz verde”.

A mediados del siglo XVII el recién llegado a Lagos, Don Julián se enamora perdidamente de una mujer misteriosa a la que sólo vio una vez. Descubre donde vive y espera por meses su oportunidad, hasta que por fin entiende que la joven que lo cautivo vive en extrañas condiciones. Teresa Cervantes de Cuenca es la hija de un militar español que le prohíbe salir de la casa. Su madre se fue con un comediante, hundiéndose en humillaciones al viejo militar, que desde entonces la cuida obsesivamente. Cuando por fin Don Julián logra hacerle llegar una misiva en la que se confiesa, Teresa le pide que la visite cuando en su ventana coloque unos helechos en forma de cruz. El padre descubre la cita nocturna que concretan los enamorados y a la mañana siguiente interna a su hija en el convento de Capuchinas, en el que muere al poco tiempo. Años más tarde, Don Julián compra la casa en la que vivió su amada y manda a poner una cruz verde en la fachada, en honor a Teresa. Muere joven y desgraciado.

Es así como a mediados y finales del siglo XIX la literatura mexicana empieza a formar un arquetipo de relación en la que el hombre tiene el deber moral y cristiano de amar a la mujer (Esteinou, 2016), lo cual pasaba en Occidente, a principios del siglo. Jane Austen publicó *Orgullo y prejuicio* (1813), novela en la que el personaje principal escoge a su tiempo y condiciones quién será su esposo. En el período de pugna entre liberales y conservadores la Iglesia y el Estado son los reguladores de las relaciones en pareja. Las Leyes de Reforma (1855–1857) buscaban desligar las funciones del Estado que realizaba la Iglesia, entre ellas las operaciones de registro de nacimiento, defunciones y matrimonios. En 1859 se constató que la única autoridad válida para realizar los matrimonios era el Estado. A partir de entonces, en las bodas civiles, se leía la epístola Melchor Ocampo, escrita por este destacado político. En ella se establecía que el matrimonio era el único medio en el que el hombre puede “fundar una familia, conservar la especie y suplir las imperfecciones del individuo” (Gómez Porchini, 2014). En este contrato ambos tienen una función: “el hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer, protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo”, mientras que la mujer “cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura debe dar y

dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende”. Esta epístola se leyó durante 150 años en todos los matrimonios civiles hasta el 2007, cuando la Cámara de Diputados y Senadores votaron para que se suspendiera su lectura (Garza Arregui, 2017).

La epístola definía las funciones sociales del hombre y la mujer, así como la división de tareas más que la afectividad de la pareja. Se estipulaba que el hombre debía proveer económicamente y la mujer encargarse de las tareas domésticas, así como las actitudes morales que se deben el uno al otro (Esteinou, 2008). En el Código Civil de 1870 se estableció que el matrimonio era “la sociedad legítima de un solo hombre y una sola mujer que se unen en vínculo indisoluble para perpetuar su especie y ayudarse a llevar el peso de la vida” (Baqueiro, 1971).

En la Iglesia se vuelven populares los sermones y boletines sobre las relaciones libres de pecado, se dictan las normas morales para llevar una relación respetuosa y basada en ciertos estándares como la virginidad y el pudor (Rocha, 1996). Mientras tanto el Estado regula los roles de género, los adscribe para el funcionamiento social.

Las parejas empiezan a ganar un poco de libertad, dentro de las reglas sociales, para escoger con quién casarse. Los rituales del noviazgo se transforman en visitas a la casa familiar, paseos por la plaza. Las muestras de amor son las miradas al cruzarse por la calle, los retratos que se regalan para soportar las ausencias y las cartas y notas románticas (Rocha, 1996).

En las dinámicas relacionales de la primera mitad del siglo XX el amor romántico estaba separado del amor pasión (Esteinou, 2016). La idealización del rol de la madre, de la que hablamos anteriormente, ató a las mujeres al hogar. Según la académica Rosario Esteinou en su artículo “Intimidad y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: discursos y normas” (2016), las costumbres religiosas y sociales separaban a la mujer del mundo exterior. Como consecuencia indirecta se fomentaba la relación de amistad con otras mujeres, comprometidas en su rol de madre y esposa. Mientras tanto el esposo, buscaba expresar su sexualidad fuera del matrimonio, al igual que desahogar otras tensiones que le pudieran causar el hogar (Esteinou, 2016).

La sumisión era promovida en las publicaciones morales de la época, la mujer debía de tener una actitud pasiva en la relación (Esteinou, 2016). Por ello, académicas como Collignon y Rodríguez (2010) argumentan que la vulnerabilidad y la confianza

plena no eran permitidas del todo en las relaciones. El mundo de la mujer y del hombre era concebido como radicalmente distinto. “¿Te riñe tu esposo? Sufre y calla. ¿Te es infiel? Lloras. ¿Te abandona y desprecia? Lloras mucho más... No olvides que, si los hombres subyugan con la fuerza, las mujeres conquistan con el ruego y con las lágrimas...” (Estrella, 1885).

Un cambio en el paradigma de los matrimonios surge de la Constitución de 1917 cuando se expresa que en un matrimonio las dos partes deben de participar consensuadamente y el vínculo es disoluble. En la constitución de 1859 aún el contrato de matrimonio era indisoluble. En 1917 también se establecen las obligaciones domésticas de la mujer y se estipula que para ejercer un trabajo o una profesión tiene que pedir permiso al marido (Esteinou, 2016). No es hasta 1970 cuando se reforman estas obligaciones. Otro cambio importante en el paradigma empieza al final del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando el positivismo y los avances en la medicina permiten una comprensión más amplia del cuerpo. Entonces las mujeres empiezan a ir al médico, que a la vez se convierte en un vigilante de las conductas íntimas y sexuales (Rocha, 1996). Por último, los avances en el psicoanálisis en la primera mitad del Siglo XX, que centran la libido como motor de muchas actividades no necesariamente sexuales, también transforman la forma en la que se entiende la sexualidad.

Martha Eva Rocha (1996) identifica una vanguardia postrevolucionaria en cuanto a feminismo y educación sexual. Cuenta la propuesta de Hermila Galindo, fundadora de la revista *La mujer moderna* (1915), miembro del Primer Congreso Feminista de Yucatán (1916) y secretaria de Venustiano Carranza, quien argumentaba que la mujer poseía el mismo instinto sexual que el hombre. A la vez, el proyecto educativo de Narciso Bassols, que buscaba poner en marcha en las escuelas clases de orientación sexual, lo cual terminó en su despido de la Secretaría de Educación Pública. En esta época de restablecimiento, Plutarco Elías Calles fungió como presidente de México en los años 1924 a 1928. Puso en marcha políticas sociales importantes como la creación del Banco de México, la construcción de carreteras, y numerosas escuelas rurales (Valenzuela, 2015), fundó el PRI (en ese entonces PNR) junto con otros políticos en 1929, y declaró que México debía de ser un país de instituciones, no de caudillos.

Sin embargo, al reformar el artículo 130 de la institución en el que se estableció que la Iglesia debía de pagar cuota al gobierno y limitar la participación y culto de los

mexicanos estalló la Guerra Cristera (1926–1929) que, en décadas posteriores, tuvo resurgimientos (1934–1938). Lázaro Cárdenas, quien fue presidente de México de 1934 a 1940, continuó las políticas sociales y consolidó el partido. Fue él quien terminó por exiliar a Calles en 1936 por injerir en los mandatos presidenciales (Benítez, 1984). Durante su sexenio sucedió un proceso de nacionalismo importante en el país, especialmente la expropiación petrolera de manos extranjeras en apoyo a los obreros y la Reforma Agraria (Benítez, 1984). En esta década se consolida fuertemente el muralismo mexicano, que empezó en 1922 en el marco del proyecto educativo de José Vasconcelos. Fue un momento de unificación, inclusive, cesó la hostilidad con la Iglesia.

En la década de los años cuarenta, durante el gobierno de Miguel Alemán, el Estado se reconcilia con la Iglesia después de este periodo de separación violento (Rocha, 1997). Se le permite a la Iglesia influir en las normas educativas y se reconoce nuevamente su poder moral sobre la población. De esta manera, las vanguardias y los feminismos terminan por volver a ser corrientes periféricas (Rocha, 1996).

Se populariza en ese entonces el programa de radio “Doctora Corazón”, en el que se dan consejos a las jóvenes para emprender la virtuosa tarea de ser esposa y madre. Las revistas tienen una sección de consejos, así como también le dedican gran espacio a “bodas” en donde muestran opciones de vestidos, pastel y electrodomésticos. Rocha hace un recuento de titulares de la nota roja durante estos años: “Una niña de quince años tomó cianuro después que sus padres le negaron el permiso para salir a pasear con su novio” (Rocha, 1996), “Romántica y agraciada jovencita sacrifica su honra por amor y después intenta suicidarse al verse traicionada” (Rocha, 1996).

En “Doctora Corazón” los consejos son implacables, permanecer virtuosa y obediente al padre son obligaciones. Se recomendaba no ir al cine, no aceptar paseos largos en el coche, y se culpabilizaba a las jóvenes que coaccionadas, o complacientes, permitían estos comportamientos. “Las consejeras sentimentales instrumentan para guiar a sus lectoras un discurso moral con fundamento religioso y señalan la existencia de dos únicos caminos posibles: el de la felicidad, si acatan las normas, y la infelicidad, si adoptan actitudes de rebeldía” (Rocha, 1996).

Sin embargo, en la década de los años cincuenta y sesenta las transformaciones sociales y económicas en México vuelven a moldear a la pareja heterosexual. Durante estos años, miles de personas se mudaron a la Ciudad de México a aprovechar “El

milagro mexicano” (1954–1970), periodo en el que el país tuvo gran crecimiento económico y estabilidad social. En las grandes urbes las mujeres se incorporaron a la fuerza trabajadora como secretarias, enfermeras, burócratas, empleadas o vendedoras. El uso de los electrodomésticos facilitó el cumplimiento de las tareas del hogar, que estaban a cargo de las mujeres. Y el 17 de octubre de 1953 se le otorgó el derecho a votar a la mujer en México. A partir de esta década Esteinou (2008) identifica el surgimiento del “matrimonio compañerismo” que, en contraparte a relaciones más antiguas, no sólo se basa en el cumplimiento de los roles y un conocimiento intuitivo de la otra persona, sino también en la empatía y la conexión emocional. La vulnerabilidad y la confianza plena se consideran necesarias para mantener las relaciones, factores emocionales que antes no estaban del todo permitidos.

El consumismo que empezaba a desarrollarse en los cuarenta se consolida como forma de vida en los sesenta (Rocha, 1996). La publicidad de artículos de belleza y maquillaje promete que ningún hombre te va a dejar si usas tal pintalabios o tal sombra. Las jóvenes al adquirir más independencia económica empiezan a reclamar la libertad que tanto se le negó a la hora de relacionarse. Tanto el programa de radio “Doctora Corazón” como los boletines de la Iglesia advierten sobre las mujeres “modernas” que ríen escandalosamente en bares y coquetean. Específicamente la Iglesia emprende campañas en las que argumenta que estas actitudes son exportadas del extranjero y prohíbe ciertos espectáculos, los cines porno y las modas indecentes (Rocha, 1996).

Mary Evans (2002) cuenta que en esta década hay un excedente económico en Estados Unidos y en sociedades occidentales. Lo cual implica las familias tienen la posibilidad económica para mandar a sus hijos a la universidad en vez de que estos trabajen. Por ejemplo, en la Universidad Nacional de México (UNAM) en 1940 sólo había 23 mil estudiantes, pero al empezar la década de los setenta la población universitaria era de 100 mil estudiantes. Rocha escribe: “En ciertos sectores sociales, particularmente de grupos universitarios de clase media, los jóvenes querían cambiar el mundo y vivir de una manera inédita, a diferencia de sus padres y abuelos; el mundo terrenal con todos sus problemas es el que les interesa transformar”.

La revolución social en esta década está fuertemente ligada a que la cultura pasó de ser monopolizada por hombres de mediana edad letrados, a los jóvenes (Evans, 2002). El rock and roll, las faldas cortas, el pelo largo en hombres, el consumo

de drogas. En una época de profundos cambios sociales, culturales y económicos en México. El amor a la vez se transformó, empezando por la supuesta “liberación sexual” en gran parte consolidada por la píldora anticonceptiva, que salió al mercado en Estados Unidos, gracias a las valiosas aportaciones del científico mexicano Luis Miramontes (Gaceta UNAM, 2019).

Paralelamente, la Guerra Fría tuvo lugar la guerra de Vietnam (1955 y 1975), en la que el norte del país intentó consolidar el gobierno comunista con el apoyo de Rusia y China, ante la resistencia de Estados Unidos aliado con Vietnam del Sur. A la vez, la primavera checa, cuando los tanques soviéticos invadieron la República Checa en 1968. Cuba, Panamá, República Dominicana y Guatemala sufrieron de intervenciones estadounidenses de diferentes escalas, y para los setenta las dictaduras de Chile (1973) y Argentina (1976) marcaron el fin de una era de transformación social. En México el movimiento estudiantil del 68 culminó en la matanza de Tlatelolco, en la que aproximadamente 300 estudiantes fueron asesinados por el Ejército en una manifestación en la Plaza de las Tres Culturas.

En esta década el noviazgo deja de entenderse como un paso antes del matrimonio. Los jóvenes tienen varias parejas a lo largo de los años, las muestras de afecto se vuelven públicas y la sexualidad se vive más libremente. En ese sentido se empieza a desarrollar una juventud prolongada (Tanner y Arnet, 2009), que es propiciada por tres factores. En primer lugar, que la industrialización requiere a personas mejor preparadas académicamente, por lo que los años de estudio aumentan; en segundo lugar, las mujeres se incorporan a la universidad y el trabajo, por lo que la maternidad se posterga a años ulteriores, y en tercer lugar la tolerancia a la vida sexual de las parejas pospone los matrimonios y el uso de anticonceptivos también retrasa la llegada de los hijos. Es entonces cuando el sociólogo inglés Anthony Giddens identifica los comienzos de la democratización de las relaciones puras, son interpersonales, exentas de los vínculos familiares que anteriormente las promovían. Y en ellas, tanto para el hombre como para la mujer, se busca igualdad sexual y emocional.

Giddens escribió *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas* en 1995. Planteó lo que se denomina “relación pura”, un término que ha causado controversias. La llamada relación pura está construida por dos individuos que se escogen libremente. Esto es importante porque, al referirse a individuos, Anthony Giddens alude a un proceso social de gran magnitud.

La “individualización” en lo que él llama la segunda modernidad sucede cuando una persona ya no está sujeta a las tradiciones, al rango social, el género o el gremio (Giddens, 2006). Es decir, ya no hay opciones concretas para cada persona debido al contexto en el que nació, porque los procesos personales ya no están institucionalizados. A esta falta de ataduras, a la Iglesia, el país o incluso la familia, la sociología la llamó *anomia*. Mientras que la abuela de una persona de 22 años, de clase media alta, sabía que su camino de vida era casarse y formar una familia, la nieta —de clase media alta también— está abrumada por las opciones, tiene la concepción de que puede escoger lo que sea, a cualquier pareja, cualquier profesión, cualquier país, si es que se esfuerza y sus oportunidades se lo permiten.

Este proceso de individualización está marcado por dos características principales. En primer lugar, ese sentido de “responsabilidad”, que tienen las personas ante las decisiones, aparentemente infinitas que pueden hacer sobre su vida. En cosas tan sencillas como escoger una vajilla para el hogar, una búsqueda rápida en Mercado Libre arrojó más de 2,400 opciones. En el AMG hay más de 24 mil restaurantes, según el Directorio Estadístico Nacional de Unidades Económicas (DENUE). Incluso para escoger a dónde ir a comer un domingo hay una cantidad abrumadora de opciones. Esto no solamente otorga cierta libertad, sino que también paraliza, y provoca ansiedad, ya que los individuos creen que el éxito o la falta de este, en sus vidas depende de su propia disposición. “Son los creadores de su destino a falta de los cánones tradicionales que antes indicaban lo que se debía hacer” (Tovar, 2016).

La segunda característica principal del proceso es el sentido biográfico en el que dotan la existencia. Giddens (2006) argumenta que las personas reflexionan sobre su historia personal. Se esfuerzan por tener gustos, desarrollar opiniones. También son más conscientes sobre su propia corporalidad. Construyen su identidad y buscan la autorrealización, ya que esto después servirá para formar intimidad, que es el valor más importante en una “relación pura”.

Sarah Matthews–Grieco (2005) habla de este proceso de individualización en dinámicas familiares en los años setenta. Por ejemplo, que los hijos tengan un cuidado y atención particularizados, así como espacio físico y social, con la colocación de camas y cuartos individuales en la casa. A la vez, la figura de la familia se debilita, cada vez son más aceptadas las familias monoparentales o los individuos que viven solos (Castells, 2000). Esto se relaciona directamente con la construcción de un

estado de bienestar que cubre la educación y la salud de los hijos y desarrolla programas de protección social. Aunque los académicos Guillermo Núñez Noriega y Edgar Iván Zazueta Luzanilla (2012) argumentaron que este fenómeno es común en sociedades más desarrolladas, pero que en México coincide que las parejas unidas más jóvenes son más pobres y que las familias son más numerosas.

Esteinou (2008) también identifica un acercamiento en las parejas a partir de la década de los setenta, mientras que las mujeres se incorporan a la fuerza de trabajo, los hombres empiezan a involucrarse más en la crianza de los hijos. Sin embargo, Lagarde (1997) explica que, en muchos casos, aunque las mujeres hayan optimizado su papel en la sociedad, los hombres no necesariamente lo han hecho, por lo que hay una sobrecarga de trabajo para las mujeres. Esto conduce a insatisfacción matrimonial y posibilidad de conflicto.

Así, las relaciones puras son formadas por individuos, que se escogen sin presiones económicas familiares o sociales, se mantienen juntos mientras la relación sea satisfactoria emocionalmente. Este tipo de amor “confluyente”, como lo llama Giddens (2006), excluye nociones antiguas como “solo y único” o “para siempre”. Me recuerda a esa frase que Octavio Paz escribió en su libro *La llama doble* (1993): “El amor es una apuesta insensata, por la libertad, no mía, la ajena”.

El concepto, como dije, se criticó específicamente porque la posibilidad de una relación pura implica cierto estatus económico y cultural al que gran parte de la población mundial no puede acceder. Guillermo Núñez Noriega y Edgar Iván Zazueta Luzanilla (2012) argumentan que las teorías de Giddens y otros filósofos occidentales no pueden ser aplicadas a la mayoría de México, ya que al ser un país subdesarrollado no hay una consciencia sobre el amor, y las prácticas siguen siendo en gran parte tradicionales. Sin embargo, casi siempre son las “relaciones puras” de las que hablan las canciones de amor, y vemos en las películas. Y me atrevo a decir que son la aspiración de muchos de los jóvenes que dicen querer casarse.

En las décadas de los sesenta y los setenta empieza a fusionarse el *amor pasión* con el amor romántico (Giddens, 2006). Mientras que el amor romántico en esencia se desarrolla antes del matrimonio, y está construido bajo expectativas y reglas sociales ligadas a los roles de género, el *amor pasión* implica una relación genérica entre el amor y la atracción sexual. Así la sexualidad se integró al matrimonio.

La académica Lynn Jamieson (2002) concuerda con Giddens en varios sentidos. Habla sobre que la intimidad como otro factor que se desarrolla en el nuevo modelo de pareja. Mientras que, en relaciones anteriores, el compañerismo y la intuición eran entendidas como la intimidad, en estas nuevas dinámicas la intimidad depende de cuanto estés dispuesto a conocer los problemas o preocupaciones del otro, y no solo subsiste de la comprensión y la empatía, sino también de la profundidad con la que te conozcas a ti mismo (Jamieson, 2002).

Al igual que el amor, las visiones sobre la sexualidad también se transforman. Giddens (1995) habla de la sexualidad plástica, que se basa en tres condiciones: en primer lugar, que el fin último de la sexualidad deja de ser tener hijos, en segundo lugar, que las mujeres tienen derecho al placer, y que el placer en sí mismo es razón suficiente para tener sexo, y en tercer lugar el aumento de uso de anticonceptivos y el control de la natalidad.

Sin embargo, cuando parece que el amor confluyente y la relación pura, están marcando una forma más ética y equitativa de relacionarse, el sociólogo italiano Francesco Alberoni (1992) advierte que la mujer es más libre y creativa que nunca y se está volviendo exigente. Este sociólogo argumenta que, tras completar la emancipación social y económica de la mujer, puede entregarse a muchos objetos a la vez, al trabajo, al hombre ideal, los hijos, las amistades y la realización personal (Alberoni, 1992). Por eso mismo no tienen reparos en concluir una relación que haya resultado decepcionante y empezar otra para lograr lo que desean. En ese sentido, Alberoni prevé un futuro desventajoso para los hombres, y afirma que las nuevas formas de relacionarse dependerán de la creatividad de las mujeres. Los roles y las expectativas de género empiezan a difundirse en la Segunda Modernidad, lo que construye papeles para la mujer menos centrados en la maternidad y más enfocados en la realización personal y profesional (Roussell, 1987).

“En la época en la que yo me crié, el mundo entero creía en el amor”, escribió Vivian Gornick en *El fin de la novela de amor* (2023). Es la primera línea del ensayo, en el que argumenta que en cuestión de una generación —la de los sesenta— todo cambió. El divorcio, la libertad sexual, las drogas eran repentinamente aceptados. Escribe Gornick (2023) que los que se habían casado recibieron el indulto, y ahora tenían la posibilidad de hacerlo de nuevo, mejor, bien.

Amamos una vez y amamos mal. Volvimos a amar y volvimos a amar mal. Lo hicimos una tercera vez y ya no estábamos viviendo en un mundo carente de experiencias. Comprendimos que el amor no nos hacía ni tiernos, ni sabios ni compasivos. Bajo su influencia, no cejamos ni en nuestros miedos ni en nuestros enfados. En nuestro fuero interno no habíamos cambiado. Lo sucedido era para quedarse estupefactos: no era, en absoluto, lo que se esperaba. Esta revelación saturó el ambiente y nos alteró permanentemente como cultura (Gornick, 2023).

Los escritores estadounidenses son expertos en relatar este desconcierto, que sucede cuando el matrimonio o la pareja no provee el sentido de vida que tan desesperadamente buscamos. Empezando por John Cheever, Raymond Carver, Lorrie Moore y Joan Didion. Gornick (2023) escribe: “Existe una clase de cuento estadounidense que se caracteriza por tener una superficie lacónica y una voz narradora hermética. Ha sido la vida moderna la que ha vuelto al narrador incapaz de expresarse”. Y continúa diciendo que, a pesar de la hostilidad y la soledad de la vida moderna, en el fondo los personajes anhelan ese amor romántico, que es una promesa no cumplida.

En la década de los ochenta Margaret Thatcher fue primera ministro de Inglaterra (1979–1990) y Ronald Reagan presidente de Estados Unidos (1981–1989). Ambos fueron conocidos por instrumentar políticas neoliberales, en las que el Estado reducía al mínimo la intervención en la economía (Alonso, 2009). La socióloga Eva Illouz (2020) afirma que, aunque Reagan y Thatcher eran conservadores en lo social y promotores de la familia tradicional, desencadenaron una revolución sexual nunca antes vista, ya que es imposible pedirle al individuo que sea libre en el ámbito político o económico y no en el personal: “La libertad individual no puede frenar en el mercado; si tenemos libertad absoluta para comprar y vender, ¿por qué no habríamos de hacer lo mismo con la elección de nuestras parejas sexuales, nuestro estilo de vida sexual, nuestra identidad o nuestras fantasías?” (Illouz, 2020).

México se incorporó al sistema neoliberal en 1985 con la presidencia de Miguel de la Madrid después de dos crisis económicas fuertes. La primera, al finalizar el mandato de Luis Echeverría (1970–1976), cuando la inflación llegó a límites nunca vistos, el peso mexicano se devaluó y la deuda externa obligó al Gobierno Mexicano a firmar un convenio con el Fondo Monetario Internacional para saldar la deuda al liberalizar el comercio exterior, detener el aumento del salario entre otras medidas

(Expansión, 2023). La crisis fue consecuencia del incremento en el gasto público en políticas sociales que hubo en el mandato de Echeverría. En 1982 se volvió a devaluar la moneda y endeudar el país después de años estabilidad, cuando cayeron los precios y la demanda del petróleo, que se había convertido en la mayor exportación de México (Expansión, 2023). Estas crisis terminaron por obligar al gobierno a privatizar algunas de las empresas públicas como la de Telecomunicaciones (Telmex), abandonar las políticas proteccionistas que se habían instaurado desde la Revolución y adoptar políticas neoliberales (Alonso, 2009). La apuesta era conseguir más competencia, un sector privado más fuerte y delegar algunas de las obligaciones públicas. Sin embargo, según Núñez y Zazueta (2012), la gran contradicción del sistema capitalista surge de que se prometía mejores condiciones económicas para todos, pero en los países subdesarrollados como México, mayor industrialización no implicó acabar con la desigualdad económica, más bien la agudizó.

De este sistema, en el que se cree que “the sky is the limit”, surge un nuevo “individuo hiperestésico, híper estimulado en sus sentidos, ávido de probar y consumir, para quien la individualidad, el placer y la felicidad son valores centrales” (Núñez y Zazueta, 2016). O también, como lo llamó Richard Florida (2002), la clase creativa. También se habla de una juventud ampliada (Castillo, 2003), en la que el narcisismo, el exceso, el espontaneísmo y otros “valores adolescentes” son actitudes recurrentes hasta la adultez temprana. Y este individuo, como lo dijo Gornick (2023), se topa de frente con que el amor no le salva de nada, no le distrae demasiado y, sobre todo, no es suficiente.

1.4. Contexto

Al hablar de amor es muy difícil cuantificarlo y mostrarlo en bases de datos. En especial en estos tiempos en los que hay una “multiplicidad creciente de situaciones” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001), es decir, hay más modelos de relación: matrimonio, unión libre, unión libre legalizada, relaciones de sexo sin compromiso etc. Sin embargo, para mostrar el panorama me basaré en las bases de datos que hablen específicamente sobre matrimonio.

El matrimonio civil en México fue un proyecto impulsado en el marco de las Leyes de Reforma. La Ley Orgánica del Matrimonio Civil fue promulgada en 1857, aunque la formación del Registro Civil se consolidó hasta 1890. Es entonces cuando

los registros de matrimonios, nacimientos y defunciones pasaron de manos de la Iglesia al Estado. Aunque el matrimonio civil pasó a ser el único con validez legal, los matrimonios eclesiásticos continuaron y aún continúan. La ley de divorcio se promulgó en 1917 porque, ante la imposibilidad de separación legal, se normalizó el concubinato.

A pesar del funcionamiento del Registro Civil en 1890, Julieta Quilodrán (2019) hace énfasis en que los registros de matrimonio, así como de otra índole no son exactos durante la Revolución mexicana. También especifica que muchas parejas decidieron esperar a que finalizara el conflicto armado para casarse, lo cual se muestra en la baja de matrimonios que hubo durante este periodo.

Para entender el aumento exponencial de matrimonios durante el siglo pasado es necesario tomar algunos factores en cuenta. En primer lugar, se redujo considerablemente la tasa de mortandad infantil, lo cual significó el crecimiento de población como nunca se había visto. A la vez, se instauró el Estado de bienestar por lo que un gran segmento de la población accedió a la educación pública y a los servicios de salud (Quilodrán, 2019). En la segunda mitad del siglo XX las relaciones de familia en México sufrieron otra transformación cuando se socializó el uso de anticonceptivos y la mujer se unió a la fuerza trabajadora.

Durante el periodo postrevolucionario de 1920 a 1940 se celebraron cada vez más matrimonios. En 1920, 3.7 personas se casaron por cada 1,000 habitantes y en 1940, aumentó a 7 de cada 1,000 personas. Esta cifra siguió al alza hasta el 2000 a excepción de dos sucesos que ubica Quilodrán. El primero en 1940, cuando hubo un incremento de 8 por cada 1000, debido al reclutamiento de jóvenes para las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra mundial. El segundo momento fue en los años 1971–1974 cuando el gobierno emprendió una campaña para regularizar la situación de muchas parejas en uniones libres ante el Registro Civil.

Sin embargo, en 2000 empieza a haber un decrecimiento en los matrimonios. Para 2016, 4.4 personas por 1,000 habitantes se casó. La misma cantidad porcentual que en 1925. De todos estos datos podemos concluir que, por sesenta años, la cantidad de personas que se casaron permaneció estable, pero al comenzar el siglo XXI, el número empezó a bajar. En 2000 cerca de 700 mil personas se casaron, en 2022, 507 mil personas (INEGI). El mes en el que más se casaron fue diciembre (10.9).

En cuanto a los divorcios, coincide que se volvieron más comunes durante los últimos años del siglo pasado y el principio de este siglo. De 1930, cuando empezó a 1975 hubo un aumento mínimo en los divorcios. De .02 personas por 1,000 a .03 personas. Entonces empieza a incrementar lentamente hasta finales del siglo. En el 2000, 1 por cada 1,000 personas se divorciaron, y para 2016, dos por cada mil. Quilodrán concluye que menos personas se casan y muchas más se divorcian, aunque México sigue siendo un país con pocos divorcios en comparación a otros.

Quilodrán, en “La nupcialidad femenina en México basada en las encuestas de fecundidad” (2001), analizó los datos de la primera encuesta que incluía cifras más específicas sobre la nupcialidad en México, EFM, en 1976. El análisis que hace sobre las cifras abarca de 1920 a 1982 cuando se realiza la encuesta END y se enfoca en temas como la edad en la que se casaron las mujeres a través de las décadas y la estabilidad de los matrimonios.

Una característica decisiva en la nupcialidad en México es la corta edad en la que los hombres y las mujeres, pero principalmente las mujeres, contraen matrimonio. En el análisis se explica que desde el final de la revolución hasta 1975, no hubo una baja considerable en las mujeres que se casaron antes de los 20 años. Esta situación predominó en América Latina, a excepción de países como Chile o Argentina, en los que la edad antes de la primera unión fue aumentando. Las mujeres mexicanas hasta la generación del baby boom se casaron muy jóvenes.

Estos datos también implican que, por al menos 55 años, la edad en la que la mujer mexicana se casó no difirió. Tampoco se muestran cambios importantes en las dinámicas, hasta 1976, ya que en la encuesta EFM se indica que 80% de las mujeres unidas al menos una vez no tuvieron a través de su vida reproductiva más que una pareja (Quilodrán, 2001). Así se recuperaron datos sobre la duración de las uniones y dieron cuenta de que los matrimonios tanto de la generación nacida en 1920 como la de 1950 se encontraban todavía unidos y estables.

También los análisis dieron cuenta de que en el entorno rural las mujeres se casan al menos un año más joven que en las áreas urbanas (Quilodrán, 2001). A la vez, que las uniones libres son más comunes en las comunidades rurales, que en las ciudades y que la interrupción de las uniones resulta más frecuente en el medio urbano y metropolitano (12.4 y 12.3%, respectivamente) que en el medio rural (7.5%). Lo cual arroja un poco de luz sobre las desigualdades de vivir en el campo y las ventajas del capital cultural, social y económico en las ciudades (Quilodrán, 2001).

Cabe recalcar que en 2021 el INEGI reportó que la edad promedio de la mujer al casarse es de 31 años y la del hombre de 33 años. En cuestión de 46 años, la edad en la que la mujer mexicana se casa aumentó 10 años.

Es muy importante nombrar un cambio en el paradigma de escalas mayores: la legalización de matrimonio del mismo sexo en 2010 en la Ciudad de México. En 2015 la Suprema Corte de Justicia declaró inconstitucionales los códigos civiles que impidieran las uniones de parejas homosexuales. En 2022, 8 de los 32 estados de la Republica —entre ellos Jalisco— reformaron sus códigos civiles a favor del matrimonio igualitario. En 2021, 4,341 personas del mismo sexo contrajeron matrimonio y 441 se divorciaron.

Los cambios económicos y estructurales como la incorporación de la mujer en la fuerza trabajadora y su independencia económica están impulsando la transformación social. En los últimos años las protestas feministas en todo el país y en Latinoamérica han logrado cuestionamientos hacia el sistema patriarcal, las tradiciones, e incluso el amor romántico. Cabe recalcar que, a pesar de ello, el país sigue sumido en cifras terroríficas. En 2022 se registraron 947 feminicidios y en lo que va del año actual ya hay más de 900 feminicidios. Esto sin contar la violencia económica, física o sexual con la que viven las mujeres.

La ENDIREH 2016 mostró que del total de mujeres de 15 años y más, 43.9% ha tenido incidentes de violencia de pareja a lo largo de la relación. Entre las adolescentes y jóvenes (15 a 24 años) el porcentaje es de 40.3%. Es imposible hablar de amor en México sin contextualizar sobre la situación de violencia a la que están sujetas la mayoría de las mujeres. Además, de otras violencias sistemáticas como la venta de niñas bajo el artículo de usos y costumbres indígenas. La organización civil Red por los Derechos de Infancia (REDIM), constató que, desde enero de 2015 hasta julio del 2021, al menos 1463 niños fueron vendidos (Ramírez, 2021). Especialmente en estados como Guerrero y Tabasco.

A pesar de que más de 50% de los divorcios en el país son por mutuo acuerdo según el INEGI (2021), entre las causas más comunes están el abandono del hogar, la violencia intrafamiliar, el adulterio o la infidelidad. En 2022 se realizaron 166 mil divorcios. En 1985, de cada 100 matrimonios 6 se divorciaron. En 2022 este número subió a 32.9. Un incremento que solo se vio interrumpido en el 2020 por la pandemia. Los matrimonios disminuyeron 20%, mientras que los divorcios aumentaron 65% en la última década (Carrera, 2023).

Los estados en la Republica en los que más se divorcian son Campeche (4.75 de cada mil habitantes), Sinaloa (3.71) y Nuevo León (3.58). Las tasas más bajas las presentaron: Veracruz de Ignacio de la Llave (0.76), Oaxaca (0.92) y Puebla (1.17), según datos del INEGI (2022).

El nivel de personas que contraen matrimonio en Jalisco es bajo. Tan sólo 6.2 personas por mil habitantes. Mientras que en Sonora o Quintana Roo, son de 6.5 y 9.5 por cada 1000 habitantes las parejas que se casan (INEGI, 2022).

2. Desarrollo

El amor pasó de moda

Por eso los jóvenes, que son principiantes en todo, todavía no conocen el amor: tienen que aprenderlo. Con todas sus fuerzas, con todo su ser reunido en torno a un corazón solitario, inquieto, latiendo hacia arriba, tienen que aprender a amar. El tiempo del aprendizaje es siempre largo y hermético. De este modo, amar será durante mucho tiempo y a lo largo de la vida, soledad, recogimiento prolongado y profundo para aquel que ama (Rilke, *Cartas a un joven poeta*).

El amor pasó de moda. O no. Habría que preguntárselo seriamente. Los jóvenes que nacieron en el siglo XXI ¿quieren casarse y tener hijos? O aún mejor ¿Están dispuestos a morir por amor? ¿Existen tales aspiraciones?

Al otro lado del mundo hay una guerra librándose. La ONU predice consecuencias irreparables en el planeta por el cambio climático para el año 2050. Los medios de comunicación y las redes sociales nos tienen absortos en una era de información masiva. En el caso de México, la crisis de seguridad azota el país con renovada violencia cada año. Estamos advertidos —nadie puede decir lo contrario de que es un mundo áspero el que nos espera. Crecimos asumiéndolo. Entonces ¿Hay tiempo para enamorarse? ¿Hay ganas?

Tal vez sí. Pero ¿sabemos cómo amar? El amor no solamente es un sentimiento, es una acción, una práctica que se desarrolla. En *El arte de amar* (2002) Fromm escribió que, “Para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar”.

Fromm argumenta que todos pueden enamorarse, todos quieren ser amados, pero no todos saben amar.

El amor requiere un esfuerzo y un compromiso, que puede que estemos renuentes a dar. En *Amor líquido* (2002) Bauman habla sobre las transformaciones que atraviesan los valores tradicionales en una era de consumismo, capitalismo, y entretenimiento masivo. El mundo se mueve rápido, el futuro es impredecible, líquido. Casarse, tener un trabajo fijo, comprar una casa, son ideales de vida que envejecieron mal. La importancia que alguna vez se les dio se ha difuminado. Al contrario, cambiamos de novios, de trabajo, de país, según más nos convenga. Se compra, se tira, se vuelve a comprar. “La moderna razón líquida ve opresión en los compromisos duraderos; los vínculos durables despiertan su sospecha de una dependencia paralizante” (Bauman, 2002, p.70).

A escala global, la persona promedio pasa 6 horas y 37 minutos conectado a internet, de acuerdo con el *Digital 2023: Global Overview Report*, y toca la pantalla del teléfono 2617 veces al día. El 78% de los mexicanos vive en zonas urbanas, según el informe del INEGI de 2020. Poco a poco y después más rápido, se han incorporado grandes segmentos de la población al ritmo acelerado de la ciudad.

Las relaciones duran cada vez menos. En México en los últimos veinte años la cantidad de matrimonios ha decrecido, mientras que los divorcios han aumentado. A partir de 1940 los matrimonios civiles aumentaron año tras año junto con la densidad demográfica (Quilodrán, 2019). Sin embargo, una vez que la tasa de matrimonios alcanzó el punto más alto en 2000, empezó a disminuir drásticamente, para 2016 el decremento fue de 37%.

El matrimonio, una institución tan hondamente implantada a lo largo de los siglos, entró en crisis. Hay muchas hipótesis sobre el porqué. Michel Foucault argumenta en *Historia de la sexualidad* (2002) que la monogamia heterosexual sirvió al capitalismo por mucho tiempo porque el fin último de la alianza es la reproducción, la transmisión de bienes y nombre, a diferencia de otras disidencias como los homosexuales, los pervertidos y las histéricas, que no tienen descendencia, por lo tanto, no aportan a la fuerza trabajadora ni continúan el legado de los progenitores.

Sin embargo, los tiempos cambian y tener un hijo más que construir un puente a la inmortalidad es, en todo caso, “un objeto de consumo emocional” (Bauman, 2002). Además, la unión libre, las disidencias sexuales y los solteros son cada vez más aceptados, especialmente en las ciudades.

El sistema económico ya no se beneficia únicamente del modelo de familia normativa, sino también de la “clase creativa”. Richard Florida acuñó este concepto en 2002, con el que se refiere a un grupo de jóvenes profesionistas con título universitario —desde abogados a músicos— que se mudan a ciudades grandes. Este segmento de la población se caracteriza por rentar departamentos, consumir experiencias y productos, tales como un café antes del trabajo, una cerveza después. Su objetivo dista mucho de ahorrar y eventualmente comprar una casa, más bien se concentran en “disfrutar” del presente, yendo a viajes, restaurantes, espectáculos. Gastan mucho dinero y eso favorece al sistema económico. A este sector de la población también se les llama DINKS (Double income no kids, Doble ingreso, sin hijos) (Espada, 2023).

El individualismo a la vez sirve a este mismo sistema económico. Mary Evans (2003) reportó en su ensayo *Love an unromantic discussion* que los divorcios en Estados Unidos —primer lugar en ranking de divorcios a escala mundial— supusieron un incremento positivo en la economía. 630 mil parejas se separaron en 2020 y, como consecuencia, se montaron prácticamente el doble de hogares existentes. Lo cual fue bueno para el mercado.

A escala mundial, la “familia” como valor también sufre una ruptura, que comenzó con las olas migratorias durante el siglo pasado y que es más evidente en las sociedades occidentales (Evans, 2003). Las parejas no necesariamente se casan ni tienen hijos, ni tampoco se hacen cargo de los adultos mayores. No solamente hay decrecimiento de población en países claves de estas sociedades occidentales, como España o Reino Unido, donde la población envejece. Sino que también las parejas muestran reservas a mudarse juntos.

A estas relaciones, en las que menos compromiso se traduce como más libertad se le apodó “Relaciones de bolsillo” por la columnista de *The Guardian* Catherine Jarvie (2003), porque, al igual que un libro de bolsillo, las puedes sacar cuando las necesitas y meter cuando no, sin consecuencias ni responsabilidades. Filósofos como Erich Fromm o Zigmunt Bauman apuntan un problema mayor en estas nuevas relaciones: si no hay esfuerzo y compromiso de por medio, el amor se vuelve un producto más en la era de consumo. Todo es desechable y nada se construye. Y, como consecuencia, nos quedamos solos.

Milan Kundera escribió en su novela *La insostenible levedad del ser* (1998) exhaustivamente sobre el dilema de esfuerzo o placer, libertad o compromiso, soledad compañía.

La carga más pesada nos destroza, somos derribados por ella, nos aplasta contra la tierra. Pero en la poesía amorosa de todas las épocas la mujer desea cargar con el peso del cuerpo del hombre. La carga más pesada es, por lo tanto, a la vez, la imagen de la más intensa plenitud de la vida. Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será (Kundera, 1998).

El amor no es lo único que pasó de moda. También el esfuerzo. Sería contradictorio pensar que generaciones que no saben de esfuerzo, saben de amor. Sin embargo, lo que no pasa de moda, y no creo que pase nunca, es la cultura del amor, que Mary Evans (2003) describe como una industria conformada por el conjunto de fábricas de tarjetas de San Valentín, cenas y viajes románticos, aplicaciones de citas e incluso todas las terapias para arreglar situaciones amorosas.

Las redes sociales y la hiperconectividad también están produciendo una nueva gama de problemas en las relaciones. Las académicas Tania Rodríguez Salazar y Zeyda Rodríguez Morales (2015), en su artículo “El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto”, argumentan que la continua exposición y conectividad está creando un ambiente de vigilar y castigar. Los jóvenes a los que entrevistaron dijeron que sus novios o novias se enojaban si no contestaban los mensajes inmediatamente, que están acostumbrados a *stalkear* a sus exparejas o novios y que es común revisar los teléfonos. También se acostumbra a subir fotos con la pareja con frases como “te amo” o “mi novio”, lo cual sirve para marcar territorio según Salazar y Rodríguez (2015). Todo esto, más que acercar a la gente entre sí, está logrando un ambiente de control y paranoia. “Ahora no sólo se clama por la presencia real del ser amado sino también por la presencia virtual, lo cual es tanto una fuente de cercanía en la pareja, como de conflicto real o imaginario ante la falta de respuesta” (Salazar y Rodríguez, 2015).

En la sociología hay perspectivas más optimistas, como la que mencionamos anteriormente de Anthony Giddens y “la relación pura” o el “amor confluyente”. Mientras Giddens (1995) afirma que el amor nunca había sido tan puro y libre, Bauman (2002) asegura que las nuevas generaciones ya no saben amar. Ambos se

refieren al proceso de individualización, consecuencia de los grandes cambios económicos y sociales, las guerras y las movilizaciones. Pero que el individuo se desate de las convenciones de raza, género o tradición es visto con una connotación buena por Giddens, lo reconoce como un proceso hacia la autenticidad y la diferenciación del otro, mientras que Bauman (2002), lo señala como una especie de aislamiento, que vuelve a los humanos ensimismados.

La investigadora Natalia Tenorio Tovar (2016) entrevistó a nueve parejas en la Ciudad de México de diferentes contextos sociales para su investigación “Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad”. Tres parejas eran jóvenes, tres de edad media y tres adultos mayores. De la información recabada concluyó que hay dos tipos de parejas, la pareja “nueva” y la pareja “tradicional”.

Al describir la pareja nueva se basa en el concepto de Giddens (1995). Explica que ambos son exitosos profesionalmente, tienen capital cultural y económico, pueden prescindir de los hijos y entre sus prioridades está la realización sexual y el placer en la relación. Este tipo de relación supone que ambos géneros están en posición de igualdad y se mantienen juntos mientras la relación sea satisfactoria emocionalmente para ambos. Las parejas nuevas insisten en tener espacio y tiempo para crecer individualmente. La académica explica que estas relaciones implican la elección del otro con base en sus cualidades personales, y no tanto según pautas familiares, tradicionales o económicas.

En tanto, en la relación tradicional la pareja es formada con el apoyo de amigos y familiares. Los hijos son el centro de la relación. Se espera que cada género cumpla con un papel específico y no importa si en algún punto el matrimonio no es satisfactorio, deben seguir juntos. El sexo también es considerado un accesorio. Tenorio Tovar (2016) habla de que este tipo de relaciones son “concebidas bajo un orden estricto e inmutable, basado en una lógica binaria y jerárquica que mantiene enormes desigualdades entre hombres y mujeres”.

Las tres parejas de mayor edad fueron catalogadas como “parejas tradicionales”, sin embargo, también las dos parejas jóvenes que no tenían capital económico y cultural. De las nueve parejas que entrevistó sólo dos tenían las características de “parejas nuevas”, y ambas tenían capital cultural y económico, por lo que Tenorio Tovar concluyó que para ser parte de las “parejas nuevas” o tener una “relación pura” la pareja debe tener el suficiente capital para contratar a una empleada

doméstica o a una niñera si tienen hijos. En caso de tenerlos, pagar talleres para mantenerlos entretenidos mientras ellos trabajan o tienen tiempo para “desarrollarse personalmente”. Por ello las relaciones “puras” en México son una aspiración casi inalcanzable. Gozar de ese capital económico y cultural es un privilegio al que la gran mayoría de la población no puede acceder (Tovar, 2019). El resto de las parejas se encontraban en transición de un modelo al otro. La académica también explicó las violencias pequeñas o grandes que las mujeres sufren por ser parte de una “pareja tradicional”, como la adjudicación de todas las tareas domésticas o incluso soportar infidelidades por miedo a perder la seguridad económica.

Las mujeres que pueden cosechar los frutos de la “relación pura” y la “sexualidad plástica” son aquellas mujeres privilegiadas que viven en los centros urbanos modernos, como es el caso de ciertos sectores de la Ciudad de México. Para la gran mayoría de las mujeres sigue siendo muy difícil lograr una pareja democrática (Tovar, 2012).

Ésta es la conclusión más impactante de la investigación que llevó a cabo Tovar. Los roles de género siguen siendo aplicados a los hombres y a las mujeres y privilegian la figura masculina frente a la femenina. En ese sentido, México es un país en transición, de un mundo sólido a un mundo líquido, de la pareja tradicional a la pareja nueva (Tovar, 2016).

En las ciudades, entre las personas de clase media alta se desarrollan nuevas formas de relacionarse, más equitativas, que, aunque rompan paradigmas, no quiere decir que construyan un amor más duradero o profundo.

El sexólogo César Galicia, a quien entrevisté, contradice a Bauman. Afirma que nunca supimos amar tan bien como lo hacemos ahora. Esto deviene del mismo proceso que critica Bauman, de globalización y comunicación masiva, porque gracias a estos dos fenómenos se puede tener conversaciones democráticas sobre el amor. César dice que el matrimonio es una institución fallida, porque efectivamente cada vez hay más divorcios y menos matrimonios. Sin embargo, él no lo lee como algo malo, al contrario, sostiene que el matrimonio le falló principalmente a las mujeres, que tenían que soportar violencias y no podían separarse de sus parejas por razones sociales o económicas —aún hay muchas mujeres paralizadas por estas razones—. Otra de las razones por las cuales piensa que nunca habíamos amado mejor es

porque cuestionamos los paradigmas heredados, en parte porque muchos de los jóvenes de hoy nacieron en familias en las que los matrimonios estaban fracturados. Así, ideas como “para siempre” o “incondicional” no entran en nuestra concepción.

En *Todo sobre el amor* (2002) Hooks habla de un cinismo generalizado en las últimas generaciones. “Los jóvenes de nuestra época se muestran escépticos ante el amor, porque la inmensa mayoría tiene la sensación de que es imposible encontrarlo.” A diferencia de Galicia, Hooks piensa que los jóvenes, más que estar abiertos al diálogo y al cambio, tienen un miedo profundo, por convertirse en todas aquellas parejas con las que crecieron, o todos los días ven.

En una entrevista Maelvi Lizette Muñoz Álvarez planteó que la generación Z (1995–2005) es una generación en búsqueda de referentes. Los padres de la mayoría de nosotros no se aman o se divorciaron. El poliamor y otras formas de relacionarse siguen siendo alternativas rodeadas de prejuicios. Para las parejas homosexuales, que crecieron en familias heterosexuales, tampoco hay un referente de como su vida en pareja podría verse en el futuro.

A la vez, muchos quieren casarse, pero no quieren replicar modelos con los que crecieron. En ese sentido se informan, se arman de valor y buscan relacionarse de manera distinta, como lo explicó Galicia. Sin embargo, Muñoz Álvarez explica que mucha información no siempre se traduce en mucha conciencia. Se identifican ciertos problemas y actitudes, las razones por las que alguien es de cierta manera, pero ella insiste en que “darse cuenta” es el primer nivel. Piensa que la generación Z tiene retos para pensar en profundidad y recomienda procesos terapéuticos para cambiar desde el inconsciente, los traumas ocasionados en la infancia que se reflejan en las relaciones de pareja.

Al contrario de Galicia, ella piensa que el amor no es mejor ahora ni necesariamente peor. Habla de que los medios de expresión cambian, pero en el fondo el humano sigue siendo un ser gregario, tiene la necesidad de la familia y la comunidad y se expresa a través de diferentes mediaciones. A la vez reconoce que el amor propio y el autoconocimiento son buenos motores para empezar una relación.

Estamos en una lucha muy importante de romper con aquello que nos ha hecho daño por muchos años, pero no hemos encontrado nuevas estructuras que nos den sentido. Están en una búsqueda de sentido y no sabemos si vamos a llegar a estos niveles de

consciencia más altos o sigamos en la rabieta de la deconstrucción, pero sin la capacidad de construir mejores escenarios (Muñoz, 2023).

¿Por qué enamorarse depende de muchas cosas, pero no de uno mismo?

En el apartado de los antecedentes hemos argumentado que los medios en los que se expresa el amor han cambiado junto con los sistemas sociales y económicos de cada época. La forma en la que se expresa el amor, desde cartas largas y tortuosas hasta reacciones de una historia de Instagram, van a la par de los cambios estructurales.

Es por eso que muchos adultos dicen “los jóvenes ya no saben amar”. Porque los medios cambian, y mucho del esfuerzo detrás de las relaciones ya no existe —ir a citas acompañados, mandarse cartas, cruzar miradas después de la misa—. Arlie Russel Hochschild (2022) teorizó sobre el comportamiento en las relaciones a través de lo que llamó “reglas sentimentales”, “feeling rules”, que se definen como el conjunto de normas sociales, nunca articuladas que permiten o no a la gente sentir o expresar ese sentir. Hay ciertos sentimientos permitidos en situaciones concretas. En ese sentido, la autora dice que hay un “trabajo emocional”, “emotional work”, en el que las personas se esfuerzan por sentir lo que deberían de estar sintiendo, o por reprimir lo que no deberían de estar sintiendo. Ella lo define como “el acto de tratar de cambiar en grado o calidad una emoción o sentimiento” (Hochschild, 2011).

Por ejemplo, una regla emocional es que los hombres adultos no pueden llorar o que, en año nuevo, uno debe estar contento. El trabajo emocional, en ese sentido, es el hombre que intenta disimular las lágrimas o las personas que pretenden sentirse eufóricas en festejos. Cuando los amigos dicen “ya pasó mucho tiempo, deberías de dejarlo ir”, están siguiendo una regla emocional que dicta que después de ciertos meses, tienes que sentirte más tranquilo respecto a una ruptura.

Es tan simple como eso, pero al mismo tiempo las reglas emocionales también se atañen a diferentes contextos (Thoits, 2004). No podemos pretender que nos atamos a las mismas reglas emocionales en México que en Estados Unidos o Inglaterra. Por ejemplo, en una entrevista con cinco estudiantes universitarios del ITESO —tres hombres y dos mujeres— les pregunté si les parecía bien que la mujer tomara la iniciativa. Isaac y Daniel contestaron que ellos preferían que no, y Juan Carlos dijo que podría ser una “buena sorpresa”. Las mujeres, Inés y Luz,

respondieron que ellas no tomaban la iniciativa a menos que fuera estrictamente necesario. Al preguntarles qué pensaban sobre pagar las citas, los tres hombres contestaron que estaban dispuestos a hacerlo y les daba gusto, y las mujeres afirmaron que pagar la primera cita era un buen detalle.

Por último, les pregunté si admirar profesionalmente a alguien era un requisito para ser novios. Isaac y Juan Carlos contestaron que era un plus en la relación, Daniel contestó que no era decisivo. Sin embargo, cuando los cuestioné si les molestaría que sus parejas fueran más exitosas que ellos, Juan Carlos contestó que se le haría raro, ya que no está acostumbrado a eso, y Daniel respondió que se da cuenta de que es una actitud errónea y la intentaría cambiar; Isaac contestó que sí le molestaría. Estas actitudes son muy específicas del contexto socioeconómico y regional en el que hice la entrevista, sin embargo, no creo que apliquen de la misma manera en sociedades occidentales.

Hay muchas personas que no siguen estas reglas emocionales. A éstos se les llama “emotional deviants” (Thoits, 2004), y, por resistirse a las normas, reciben castigos sociales, aunque también impulsan el cambio. Hay un protocolo principal para que la pareja heterosexual se enamore: el hombre tiene la iniciativa, salen por unos meses, se conocen, se cuentan cosas personales, admiten su amor después de pasado un tiempo —el hombre lo tiene que hacer primero—, le pide ser su novia. Cualquier historia de amor que se salga de este esquema es mal vista. Por ejemplo, si un hombre sigue tras una mujer que lo ha rechazado múltiples veces es romántico, pero si una mujer lo hace, es una desesperada. Las reglas emocionales también se adscriben a los géneros. Hay ciertas cosas permitidas para los hombres y ciertas cosas prohibidas para la mujer, y viceversa.

El niño herido que se esconde en muchos hombres es un joven que la primera vez que dijo sus verdades fue silenciado por el sadismo paternal, por un mundo patriarcal que no quería oírle expresar sus verdaderos sentimientos. La niña herida que se esconde en muchas mujeres es una niña que desde muy pequeña aprendió que tenía que convertirse en algo diferente de lo que era, que para atraer y complacer a los demás tendría que negar sus verdaderos sentimientos (Hooks, 2002).

Maelvi Muñoz habla sobre la importancia de tratar los traumas de infancia a la hora de relacionarse. “Si la herida de la infancia es el abandono, todo el tiempo voy a

sentir esa herida con mi pareja porque ahí es donde buscamos el amor incondicional que no tuvimos cuando niños.” Últimamente el discurso en las redes sociales sobre “daddy issues” o “mommy issues” está de moda. Estos términos tienen su origen en los sentimientos de amor y odio que se experimentan de niños hacia los padres y las madres, denominados por Freud en 1910 como complejo de Edipo y de Electra, respectivamente. Hooks (2002) argumenta que debería de haber una escuela de amor, ya que se piensa que el amor se aprende en la familia, pero en la realidad muchas personas vienen de familias rotas, en las que la humillación, la vergüenza e incluso la violencia se enseñan como parte del “amor”.

Es común escuchar la frase “yo nunca voy a ser como mis padres”. El escepticismo y la desconfianza que sienten los jóvenes son consecuencia de crecer en familias disfuncionales. Sin embargo, estamos condenados a ser nuestros padres. El filósofo francés Rene Girard escribió sobre el deseo mimético, un círculo vicioso en el que todos y todas caemos. Nos imitamos, y en nuestro intento de ser diferentes nos volvemos iguales. Lo que argumenta Girard es que los humanos tenemos una gran capacidad para desear, pero al no ser originales buscamos referentes de deseo. Estos referentes pueden ser nuestros padres o nuestros amigos o nuestros colegas e incluso nuestros escritores favoritos. Pero al final los deseos son muy limitados, y los nuestros se parecen a los de ellos. El giro que le da Girard, frente a otros filósofos como Spinoza (Vínolo, 2010), que ya habían tratado el tema de la copia, es que, a diferencia de ellos, él no ve la imitación como la pérdida de la autenticidad, sino como un proceso inevitable. El deseo mimético funciona en un sistema social, en el que ciertas reglas están escritas. Vínolo pone el ejemplo de cómo funciona en un académico. Establece que para el académico es importante destacar para conseguir una plaza, por lo que lee, publica artículos, da conferencias, y al mismo tiempo hay cientos sino es que miles de académicos que hacen lo mismo. Que él realice estas actividades más o menos que los demás, es irrelevante. Todos los académicos tienen los mismos deseos. Y en cada extracto social, con sus propias reglas, pasa lo mismo.

Los padres lastiman a los hijos durante la crianza, pero en el fondo su deseo es el mismo que el de los hijos cuando se dispongan a ser padres, que no es otra cosa que darles lo mejor. El problema con los deseos es que son las cosas que no tenemos como lo expuso Platón. Y si tenemos los mismos deseos, estamos destinados a imitarnos.

No hay tantos deseos en el mundo, se puede desear el amor o el éxito. Hay que preguntarse ¿De verdad queremos a cierta persona porque es especial, o porque es el objeto de deseo de muchos otros más? En ese sentido cuáles son los cánones de belleza o atracción en nuestros tiempos. ¿Podemos decidir quién queremos ser, ¿quién queremos que nos acompañe? En mi opinión, no.

2.1. Sustento teórico y metodológico

A lo largo de esta investigación me apoyé en varios textos de filósofos y sociólogos. Los principales son.

- El sociólogo polaco Zygmunt Bauman. En *Amor líquido* (2002) Bauman habla sobre los retos que enfrenta el amor en tiempos modernos. En términos económicos explica cómo las relaciones se han convertido en conexiones, y el compromiso y la responsabilidad se diluyen en un mundo líquido, consumista. Bauman se muestra pesimista respecto al amor en tiempos modernos.
- Erich Fromm en *El arte de amar* (2002) argumenta que el amor no es un objeto, es una facultad. Lo entiende como un arte o un esfuerzo, que se va aprendiendo si se tiene voluntad para hacerlo. Fromm también hace hincapié en que el consumismo y la velocidad de la vida industrializada afectan las relaciones.
- Katy Evans en *Love and unromantic discussion* (2002) hace una radiografía de varios filósofos como Bauman y Anthony Giddens. Usa ejemplos modernos como Lady Diana y el príncipe Charles y concluye algunas ideas sobre el amor, la individualidad y las relaciones no monógamas o heterosexuales.
- El sociólogo inglés Anthony Giddens en *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas* (1995) muestra una de las visiones más optimistas sobre el amor moderno. Giddens plantea un panorama más democrático para las relaciones. Dice que una vez “superadas” las barreras de género, etnia o clase, la gente puede enamorarse de una forma más pura.
- La escritora y activista Bell Hooks en *Todo sobre el amor*, (2002) analiza el amor desde una perspectiva feminista, da cuenta sobre la nueva generación

de jóvenes que se muestran cínicos y escépticos sobre el amor. También habla sobre la importancia de las dinámicas familiares en las relaciones y ofrece algunas pistas para amar bien y confiar en el amor.

- Mona Chollet en *Reinventar el amor: cómo el patriarcado sabotea la relación heterosexual* (2023), explica desde una perspectiva feminista por qué el amor en pareja está en crisis.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

Cuando hablamos de amor es importante también hablar de sexo, narcisismo, desamor, rupturas, etc., por lo que desarrollaré algunas ideas en diálogo con las expuestas anteriormente.

La sociedad en la que vivimos, como lo hemos planteado con anterioridad, se encuentra en transición, sin embargo, el académico Rogelio Marcial Vázquez escribió en su artículo “¿Por amor o por placer sexual?: disputas, acuerdos y poder en socialidades sexoafectivas entre jóvenes de Guadalajara” (2013) que la violencia sexual y física a la mujer es una constante en las parejas románticas. Él observa algunas violencias no tan explícitas, dictadas por los roles de género en las parejas heterosexuales. En las entrevistas que hizo, los hombres jóvenes afirman que tienen novia para tener sexo, y que para lograrlo deben de portarse cariñosos y evitar que estas se enojen. Las mujeres mientras tanto dieron cuenta de que no siempre quieren tener sexo, pero que acceden a ello porque si no “se buscan a otra” (Marcial, 2013). También dijeron que cuando ellas son las que quieren tener sexo no lo dicen abiertamente, ya que no quieren parecer “calientes”. Marcial (2013) habla de que los roles de género incluso trascienden las parejas heterosexuales y da cuenta de microviolencias ocurridas en parejas homosexuales. Las reglas emocionales, que expliqué antes, están claras en cuanto al sexo. Las mujeres deben de actuar de tal forma que no pasen por una “cualquiera” pero tampoco parezcan “frías”. Los hombres demuestran que el sexo es una “necesidad irreprimible” que los obliga a buscar constantemente desahogarla.

Además, en México no hay educación sexual general y accesible, prueba de ello son las cifras de embarazos adolescentes. En 1994 el porcentaje de mujeres embarazadas menores a los 20 años era de 16.9 (INEGI, 2022). Hubo un incremento con los años hasta 2014, cuando llegó al punto más alto con un porcentaje de 19.4,

En los años posteriores el porcentaje bajó. En 2022 el 15.1% de las mujeres embarazadas tenían menos de 20 años. Según cifras de la Secretaría de Salud (2018) en 2016 el 45% de las jóvenes de 15 a 19 años no utilizó anticonceptivos en su primera relación sexual. Este panorama es consecuencia de la falta de acceso a consejería y métodos anticonceptivos, el contexto social y económico familiar y la violencia a la mujer (Secretaría de Salud, 2018).

La socióloga Anastasia Powell (2010) ha teorizado sobre la supuesta liberación sexual en países como Australia y Estados Unidos, en los que la mujer ha tomado un papel más activo en cuanto a su sexualidad y sus deseos y como consecuencia directa la violencia hacia la mujer ha aumentado. Powell consta que en estas sociedades gran parte de las mujeres han sufrido de abuso sexual, casi siempre por un conocido. Como si los hombres les infligieran un “castigo moral” por el reconocimiento de su deseo.

“He aquí una clara inequidad: los hombres lo podemos «hacer» por amor o por sexo abiertamente y ellas deberán estar dispuestas. Pero ellas sólo lo deben «hacer» por amor, y así siempre demostrarlo”, concluye Marcial (2013).

Los académicos Mariana Gabriela Vilet y Jaime Sebastián F. Galán Jiménez (2021) en “Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual” afirman que el feminismo se presenta como una alternativa en la sociedad machista de México para disfrutar de las prácticas sexuales y aprender sobre autoerotismo, definido por la filósofa Judith Butler (2017) como “la excitación y satisfacción, la cual se relaciona a la emoción sexual generada por la misma persona, muchas veces, mediante la masturbación” y que comprende también sueños y cualquier tipo de placer autónomo y propio (Vilet y Galán, 2021).

Sobre las implicaciones morales de la liberación sexual, los filósofos y sociólogos de sociedades occidentales que he citado afirman que en la modernidad forma parte de una especie de escape de la realidad. La socióloga Katy Evans (2002) habla de que la “democratización de la intimidad” se trata más bien de “la democratización de la depresión” ya que el sexo casual es en muchos de los casos una de las consecuencias de la sociedad de consumo, en la que se entiende a la gente como productos que compras y tiras. Bauman (2002) y Fromm (2002) estaban de acuerdo con esta cuestión. Fromm escribió que “El sexo sin amor sólo alivia el abismo que existe entre dos seres humanos de forma momentánea”. Y Bauman lo

secunda, pues en esa misma línea argumenta que el problema esencial del sexo casual es la inmediatez:

El sexo ¿se trataba del primer paso hacia una relación o era su coronación y su término? ¿Una etapa de una sucesión significativa o un episodio único? ¿El medio para un fin o un acto que se agotaba en sí mismo? (...) El sexo, despojado de su antigua posición e implicaciones sociales, cristalizó la terrible y alarmante incertidumbre que habría de convertirse en la mayor pesadilla de la modernidad líquida (Bauman, 2002).

Estos filósofos distan de ser conservadores, y sin embargo insisten en distanciar el sexo casual del amor, ya que es una fuente instantánea de placer, lo cual contradice su visión de que el amor es esfuerzo y voluntad. Eva Illouz (2020) está en contra de que la libertad sexual, por su carácter progresista esté exenta de críticas que sí se hacen a la libertad de mercado o a otros tipos de libertades. Cita a Karl Marx: “La libertad contiene el riesgo de permitir el florecimiento irrestricto de las desigualdades”, como las expuestas anteriormente por Marcial (2013), en la que los hombres son los principales beneficiados de la liberación. Illouz hace hincapié en que este escrutinio también tiene sus matices, por ejemplo, celebra la libertad de las parejas homosexuales que salen de la clandestinidad en las últimas décadas. Sin embargo, ellos están hablando de países como Inglaterra o Estados Unidos, y aunque hay desigualdad de género en todas partes, creo que la liberación sexual en países más subdesarrollados apenas empieza a tener progreso, como para pensar en sus implicaciones morales. Es decir, en México, ser una mujer que disfruta abiertamente de su sexualidad sigue siendo político y excepcional. Las mujeres que se atreven a hacerlo sufren todo tipo de castigos, desde ser llamadas “zorras” hasta incluso la muerte.

Hay una frase de Annie Ernaux, escritora ganadora del premio Nobel en 2022, que lo resume muy bien: “Cada placer lleva nombre de derrota para mí y de victoria para él”. El libro que cito se llama *La mujer helada*, en el que relata con precisión las reglas a las que una joven de campo como ella tiene que adherirse. En México la cultura machista sigue permitiendo que el hombre de rienda suelta a sus deseos y exige que la mujer los reprima, como ya lo expuso Marcial (2013).

El narcisismo

He hablado de la cultura de consumo y el neoliberalismo como dos factores que están incidiendo activamente en el amor. Sin embargo, también están propiciando un narcisismo generalizado que impera en la modernidad. Illouz (2020) habla de este proceso de individuación al que se refiere Giddens (1995) como una consecuencia directa de la anomia —el fenómeno que se produce cuando el sujeto se desliga de los procesos institucionalizados, la Iglesia, el país, la tradición, etc.—. Afirma que no es casualidad que el individuo llegue a la edad adulta con su gusto musical definido, sus posturas políticas, su carrera o profesión, su sexo, el sexo de las personas con las que se relaciona e incluso, su círculo cercano y lejano de amigos y conocidos. “Son todos “elegidos”, son el resultado de actos decisorios reflexivos, supervisados y deliberados” (Illouz, 2020). Esto me recuerda a la novela de Kundera *La inmortalidad* (1988), en la que desarrolla dos personajes femeninos opuestos y en pugna. Laura, que es la hermana menor, y tiene unas ganas incontenibles de experimentar la vida y definirse a sí misma a través de los demás, y Agnes, la hermana mayor que disfruta de la soledad, y su sueño más profundo es sumirse en silencio, lejos de las miradas de todo aquel que la conoce. Kundera escribió:

En nuestro mundo, en el que hay cada vez más rostros cada vez más parecidos, es difícil para una persona confirmar la originalidad de su yo y convencerse a sí misma de su irrepetible unicidad. Hay dos métodos para cultivar la unicidad del yo: el método de la suma y el método de la resta. Agnes le resta a su yo todo lo que es externo y prestado, para aproximarse así a su pura esencia (el riesgo consiste en que al final de cada resta acecha el cero). El método de Laura es precisamente el contrario: para que su yo sea más visible, más aprehensible, más voluminoso, le añade cada vez más y más atributos y procura identificarse con ellos (con el riesgo de que bajo los atributos sumados se pierda la esencia del yo) (Kundera, 1988).

Laura, a mi parecer, es una representación temprana del narcisismo tan común en nuestra época. La necesidad de consumir y de construirnos mediante productos y experiencias. La académica Alma Luz Forte en “La cultura del narcisismo y el deseo de ser siempre joven. Un fenómeno sociocultural sutil y perverso” (2014) explica que

la publicidad interminable sobre gente joven y la mercadotecnia detrás de productos que prometen cierto estilo de vida están afianzando este fenómeno.

En tiempos modernos la “autorrealización”, la felicidad y el placer son la aspiración de vida, sin embargo, esto se traduce en actitudes egoístas y asilamiento (Forte, 2014). El “yo” de repente es más importante que el “nosotros”, el narcisista es partidario de motivaciones centradas fundamentalmente en su provecho y beneficio. Los libros de autoayuda enriquecen esta búsqueda constante de autoconocimiento, en la que se aspira tener un sentido de vida construido desde uno mismo, según Forte (2014).

Los narcisistas se muestran como personas seguras y resueltas, pero en realidad intentan ocultar una profunda inseguridad —el yo aparentemente no es suficiente— y anesthesiarse de todos los placeres instantáneos que consumen que los dejan con un vacío aún más grande, y unas ansias más voraces. A la vez, obtienen validación a través de la gente, que es otro rodeo largo para construir un sentido de vida (Forte, 2014). No tienen reparos en perder la continuidad histórica, despreciar el pasado y evitar pensar en el futuro. Se sienten desapegados a la larga raíz de antepasados e historia que les precede, y no tienen un interés serio por la posteridad, según Christopher Lasch (1999). Es una cultura que tiene obsesión compulsiva por vivir en el presente. Es muy común escuchar a la gente decir “Quiero ser siempre joven”.

Kierkegaard habló sobre los estadios de la existencia (1843) y los clasificó en estético, ético y religioso. El estadio estético se relaciona con la juventud y está constituido por la inocencia, la ironía y la inmediatez (Binetti, 2010). Lo describe como el despertar espiritual, y para ejemplificarlo usa personajes de la literatura o de la historia como Nerón o Don Juan. En este estadio “el ser se diluye en una pura simplicidad, incapaz de contener relación alguna” (Binetti, 2010). Sin embargo, esta fase eventualmente termina y empieza el estadio ético y después el religioso, ya que la etapa estética conduce al aburrimiento y a la desesperación. El hedonismo y el placer terminan por hartar, la cuestión es que como lo afirmó Bauman (2002), hay una juventud ampliada que festeja valores estéticos o característicos de esta etapa, como la irresponsabilidad, el asombro constante y el desenfreno. La cuestión, es si las personas están dispuestas a ascender a los siguientes estadios de consciencia.

El narcisismo en estas nuevas generaciones —que no es lo mismo que amor propio— agudiza el egoísmo, la individualidad, y por lo mismo la capacidad de ver al

otro y de amarlo. Como escribió Gillian Rose (1995), la modernidad “nos mantiene infinitamente sentimentales con nosotros mismos, pero metódicamente despiadados hacia los demás”. Por ejemplo, una práctica que me parece en exceso narcisista es la de las “red flags” (banderas rojas). En las redes sociales se popularizó este discurso de identificar los defectos de las personas para huir más pronto de ellas. Una red flag, podría ser que no contesta rápido los mensajes, o que vive con sus padres a los treinta años, o que sigue en contacto con su ex. Lo que me parece tan desubicado de esta práctica es que todos a los veinte años ya acumulamos varias “red flags”, y posicionarse en el púlpito moral para decidir quién es suficientemente bueno para nosotros, para “no perder nuestro tiempo” implica categorizar a la gente, antes de si quiera conocerla.

En todo caso, supongamos que alguien en cierta medida narcisista se enamora. La persona amada entonces pasará a ser el reflejo en el que se admira, y cuando ésta se muestre en desacuerdo o emita críticas, el amor se romperá (Binetti, 2010). El problema que identifico en todo esto es que los discursos tan comunes en los círculos de jóvenes universitarios, que hablan sobre “poner límites” o “no rebajar tus estándares”, etc., provocan que la gente cese de participar en la construcción de las relaciones, y no admita error por parte del otro. O sí, pero con grandes dificultades para ceder, lo cual es decisivo y determinante en una relación.

David Foster Wallace dio un discurso de graduación para la clase de Kenyons en 2005 titulado “This is water”, en el que empieza por contar una anécdota. Hay dos peces jóvenes que se cruzan con un pez viejo en el océano, el viejo les pregunta: “¿Qué tal el agua?”, a lo que ellos responden: “¿Qué es agua?” Esta historia la usa para constatar que las realidades más obvias son las que nos cuesta más trabajo ver. Y una de estas realidades que solamente vemos en momentos de lucidez es lo que Foster Wallace denominó el “fallo de origen”, y describe así: “Todo en mi experiencia inmediata apoya mi profunda creencia de que soy el centro absoluto del universo, la persona más real, vívida e importante que existe”. Todos tenemos un fallo de origen, porque sólo podemos acceder a nuestros propios sentimientos y pensamientos, los de los demás tienen que ser comunicados para entenderlos. Lo que él propone ante este problema, es salir del modo automático, en el que dejamos que nuestro fallo de origen, nuestra mente, nos lleve por la vida —describe el enojo que siente cuando hay tráfico después del trabajo, y la fila del supermercado que es larguísima, toda esa gente *en su camino*—. En cambio, tomar conciencia de que el mundo está lleno de

gente, con sus propios problemas, sentimientos y pensamientos. Ponerles atención, entenderlos. Para mí esa es la mejor manera de salir del círculo vicioso del yo.

Bauman (2002) escribió sobre la importancia de ver a las otras personas, formar relaciones con ellas, que no sean exclusivamente románticas: “Amar a tu prójimo como te amas a ti mismo es muy difícil, pero no puedes amar a alguien si no amas también a muchos más. Eso sería en todo caso un egoísmo centralizado”.

Desamor

En *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas* (2020) Illouz escribió:

Una cultura que tiene tanto para decir acerca del amor es mucho más silenciosa cuando se trata del momento, no menos misterioso, en el que evitamos enamorarnos, en el que nos desenamoramos, en el que quien antes nos mantenía en vela durante la noche ahora nos deja indiferentes, en el que nos alejamos a toda prisa de quienes nos atraían hacía unos meses, o incluso hace unas horas (Illouz, 2020).

Gornick (2023), en su ensayo *Diana of the Crossways*, recapitula esta novela victoriana escrita en 1885, centrándose en el momento en el que la protagonista — que sufrió las consecuencias de un matrimonio asfixiante que terminó con la muerte de su marido y empezó a crecer como individuo al involucrarse y organizar actividades políticas— hace algo imperdonable para alejarse del hombre al que ama. Es el momento en el que la mujer inteligente y enamorada se da cuenta de que está punto de perder su libertad. También su futuro. Todas las posibilidades se reducen a una, todas las formas en las que se pudo tornar la vida de repente están condicionadas a una elección.

Este momento, del que también habla Illouz (2020), en el que ambas partes o alguna de las partes se paraliza ante la pérdida de su libertad, está representado en exceso en las comedias románticas. Empezando por las más clásicas como *When Harry meets Sally* (1989) o contemporáneas como *How to lose a guy in ten days* (2003). En ambas películas el protagonista recapitula después del entumecimiento y persigue a su enamorado para refirmarle su amor. Ese salto de fe es el principio del desamor.

El desamor es definido por la Real Academia Española como “falta de amor o amistad” (2022). La académica Angels Santa Bañeres (1996) lo define aún mejor:

La experiencia del desamor es la experiencia de la desgracia, desgracia por no ser amado cuando uno es el mismo de antes o cree serlo y el ser amado le había dicho que lo amaría siempre; desgracia por no amar ya, cuando el ser amado es el mismo y él le había dicho que lo amaría siempre. Por ello no hay amor feliz, es cierto, porque no existe un amor que no haya sido traicionado o decepcionado, al menos por lo que respecta al amor-pasión, porque la pasión es carencia y deseo de plenitud, y como seres humanos la plenitud es algo que nos está prohibido (Santa Bañeres, 1996).

Es posible que todo mundo viva algún tipo de desamor; en este mismo momento. Santa Bañeres (1996) identifica cuatro tipos de desamores principales: el primero sucede cuando se acaba el amor a la vez, o para alguna parte; el segundo cuando una parte sufre porque la otra persona no le corresponde; el tercero cuando una persona nunca ha vivido el amor —según Santa Bañeres, éste es el peor—, y el cuarto cuando dos personas tienen que convivir sin sentir amor por circunstancias externas.

Santa Bañeres (1996) afirma en *El desamor* que el amor lleva en su esencia el principio del desamor, afirma que el amor fracasa desde el principio, y empieza fracasando. Porque el amor pasión implica un deseo por poseer algo, y el deseo es una carencia. Una vez que se tiene el objeto deseado se acaba el amor. Y la falta de libertad, a la que tanto temían los personajes de *When Harry meets Sally* o *Diana of Crossways*, se vuelve una realidad. Lentamente. “Estar enamorado quiere decir que encontramos a faltar a alguien, y lo encontramos a faltar tanto que esto sucede incluso cuando se halla con nosotros.”

Roland Jaccard (1980) escribió: “Quizá sea porque el peor enemigo del amor es la cotidianidad, el día a día; las ansias infinitas que comporta el amor no encuentran respuesta en la vida cotidiana y por ello el amor se acaba”. Son miles las historias en la literatura en las que el amor se acaba una vez que se consume, empezando por *Ana Karenina* (1878) de León Tolstoi, *La insostenible levedad del ser* (1984) de Milan Kundera o casi todas las novelas de Isabel Allende. Si la respuesta última del amor no es la muerte, es el desamor. Al menos en la literatura. Me pregunto cuánto tiempo

Pedro Páramo hubiera amado a Susana Sanjuan si ésta no hubiera muerto. O Martín a Avellaneda en la novela *La tregua* (1959) de Mario Benedetti.

Creo que ahí reside el porqué de tantas novelas de desamor. Es el tipo de experiencia que sume en reflexiones a la persona. La escritora Anné Garreta dijo que “Nunca cuando estamos enamorados escribimos libros de amor; tenemos algo mejor que hacer”. Pero cuando no hay nadie a quien amar, o te han dejado, se escribe. Al principio de la investigación constaté que hay más de 100 millones de canciones de amor, la gran mayoría de ellas son sobre desamor (Chilton, 2023). Me recuerda a esa frase de León Tolstoi en *Ana Karenina*: “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”; yo lo podría reinterpretar como “todas las historias de amor se parecen, pero cada historia de desamor tiene su motivo especial para ser desgraciada”.

Julia Kristeva (1983) escribió:

El amor es solitario porque con frecuencia es muy difícil de comunicar; como si, en el momento en que el individuo descubre su verdadera identidad, descubriese también la cerrazón de su propia condición y la impotencia de su lenguaje. El amor es un vértigo de la identidad, un vértigo de la palabra; a escala individual es un cataclismo irremediable del que únicamente podemos hablar después. Mientras dura no podemos hablar de él.

Esto parece contradecir el principio fundamental del amor, que es que participan dos personas o más, pero yo lo creo firmemente. El amor es algo solitario. No hay manera de saber con precisión qué es lo que siente o piensa la persona que amas. El amor sucede de igual manera cuando estás en tu cuarto esperando una llamada, o lavando los platos, distraído, que cuando están juntos, tomados de la mano, o viendo una película. Walter Benjamin en su *Diario de Moscú* (1997) narra su historia tortuosa con la dramaturga comunista Asia Lascis; escribe: “Comprendía que la soledad no existe para nosotros cuando la persona que amamos también está sola, aunque se encuentre en un lugar diferente donde no podemos alcanzarla”.

La monotonía, la dependencia, la pérdida de la individualidad son algunas de las razones más comunes por las que se acaba el amor. Psicólogos y académicas como Bell Hooks (2002) insisten en que el amor propio es decisivo a la hora de amar. Y aunque yo pienso que es idílico exigirle a la gente que primero se ame a sí misma

antes de amar, por todos los problemas estructurales que atraviesan el amor, estoy de acuerdo en que el amor —entendido como la ilusión o la pasión del principio— no dura, y a la hora de escoger pareja debe de haber otras razones, lógicas o sentimentales como los gustos en común o la amistad, que los unan. Erich Fromm lo dijo en *El arte de amar* (2002): “Paradójicamente, ser capaz de estar solo es la condición para ser capaz de amar”.

La psicóloga Paulina Horno Goicoechea (2018) habla de que el éxito de las parejas va a depender no solamente del esfuerzo y el cariño con el que tratan al otro, sino con el que se tratan a sí mismos. Horno Goicoechea habla sobre la importancia de un apego seguro en la infancia lo cual va a significar la creación de vínculos más sanos durante la adolescencia y la juventud. Como ya había mencionado, los traumas en la infancia de las personas van a ser decisivos a la hora de amar, según Maelvi Lizette Muñoz. No se pueden evitar estos traumas, pero para reducir su impacto es necesario lograr formas más respetuosas de crianza. Efectivamente creo que la convivencia siempre implica sufrimiento, porque, como mencioné en el apartado del narcisismo, nadie puede entender al otro como se entiende a sí mismo. Somos diferentes. La escritora estadounidense Willa Cather escribió que en todas las familias “la simple lucha por tener algo propio, por ser uno mismo, crea un elemento de tensión que mantiene a todos sus miembros casi en el punto de rotura” (Cather, consultado por Gornick, 2023). Si la sociedad, o al menos algunas familias logran reducir la violencia en las dinámicas de apego y cariño, tal vez algunos niños afortunados, se convertirán en adultos que le saquen más partido al amor en la modernidad. Sin olvidar, que el desamor, es una experiencia igual de posible y necesaria como lo es el amor.

Rupturas

“¿Qué es el éxito en un duelo? ¿Reside en recordar o en olvidar? ¿En quedarte inmóvil o en seguir caminando? ¿En una combinación de ambas cosas? ¿En la capacidad de conservar intensamente el recuerdo del amor perdido, de recordarlo sin desfigurar?” pregunta Julián Barnes en su ensayo *La pérdida de la profundidad* (2022).

El desamor es muchas veces concebido antes o después de una relación. Antes, cuando el amor no se ha consumado, y es anhelo que no encuentra dónde

verterse. Después, cuando termina y una o las dos partes sufren por la pérdida. En esta sección me ocuparé meramente del después de una relación.

En las rupturas amorosas, como lo cuestiona Julián Barnes, muchas veces el éxito se considera la indiferencia, o el olvido. Sin embargo, está probado en estudios sociológicos que mencionaré más adelante, que el tiempo y la atención que se dedique a la pérdida son cruciales para su superación. En una de las escenas finales de la película *Call me by your name* (2017) el padre del protagonista en un monólogo explica: “Damos tanto de nosotros mismos para recuperarnos cuanto antes de las decepciones, que a los treinta ya estamos en bancarrota, y tenemos menos que ofrecer, cada vez que empezamos con alguien nuevo. Pero obligarte a no sentir nada, solo para no sufrir, que desperdicio”.

En un estudio en el que participaron 192 estudiantes de la Universidad de Miami los investigadores Tiffany Field y Diego Miguel (2009) recabaron información sobre las rupturas amorosas de los jóvenes universitarios. El estudio da cuenta de que las mujeres sufrieron más estrés durante las rupturas —las mujeres tienen más tendencia a la depresión—, y quien toma la decisión de terminar la relación sufre menos.

Se insiste en que la supresión de “pensamientos intrusivos”, es decir ignorar los recuerdos, enojos o tristezas que puedan aparecer en el día a día tras la ruptura, puede causar depresión e insomnio (Field y Miguel, 2002). Las rupturas no sólo causan depresión, sino también ocasionan la pérdida de interés en actividades y hobbies, ansiedad y sensación de vacío. A la vez, el rechazo aumenta la presión sanguínea y los niveles de cortisol, y activa la misma parte del cerebro que funciona al sentir el amor (Eisenberger y Lieberman, 2003). También se ha reportado que una ruptura puede provocar ataques al corazón y depresión (Rosenthal, 2002), debido a que bajan drásticamente los niveles de dopamina del cerebro.

Los investigadores Lazarus y Folkman (1991) definieron la ruptura como un proceso activo de “resistencia”. Las personas que han sufrido rechazo reportaron síntomas parecidos a los de abstinencia en los drogadictos, como falta de apetito, irritabilidad y llanto (Bartels y Zeki, 2000). Además, Fisher (2004) explicó que el dolor de una ruptura es similar a un fuerte dolor físico, por lo que somete al cuerpo a niveles altos de estrés.

Miriam W. Barajas y Cinthia Cruz del Castillo en “Ruptura de la pareja en jóvenes: factores relacionados con su impacto” (2017) explican cuestiones decisivas

para entender las rupturas. Los efectos que una separación puede tener, que expliqué en los párrafos anteriores, son en rasgos generales, universales. Sin embargo, hay factores como el género, el tipo de apego, la historia personal y el contexto social de cada individuo que inciden en las consecuencias de una ruptura.

Las investigadoras hablan de las diferencias entre los tipos de apego, explicados por Lee (1973) al experimentar una ruptura. El apego, concebido en la infancia y en relación con la madre, puede ser ansioso, seguro o evitativo. Las personas con apego ansioso —es decir que necesitan constante reafirmación y tienden a depender de su pareja— sufren más durante las rupturas. Manifiestan grandes niveles de enojo hacia la expareja, experimentan sentimientos de traición y a la vez, continúan profundamente enamorados, guardan un sentido de fidelidad que les impide buscar una nueva relación (Sbarra, 2006).

Para sobrellevar una ruptura los académicos consultados coinciden en que el tiempo, una nueva pareja y la racionalización de las causas de ésta, son los factores que inciden positivamente. Por ejemplo, se probó que los sujetos con niveles altos de “agradabilidad” tienen más posibilidad de superar la ruptura, ya que buscan el apoyo de amigos y familiares y tienden a tener pensamientos positivos respecto a la separación (Park, 1998). Mientras que los sujetos con altos niveles de “neuroticismo”, es decir que se aíslan, y tienden a pensar negativamente de la pareja, sufren por más tiempo la ruptura.

Las personas que adjudican las causas de la ruptura a su propio actuar tienen mayores posibilidades de crecimiento personal, ya que entienden la separación como un evento en el que tuvieron control, lo cual les da un sentido de autonomía para cambiar o modificar actitudes en las siguientes relaciones. En cambio, las personas que asumen que la ruptura fue culpa de la expareja o del entorno, pueden permanecer en estados de ansiedad o depresión por más tiempo (Tashiro y Frazier, 2003).

Como mencioné al principio, también difieren los sentimientos entre la persona que inició la ruptura y la que tuvo que aceptarlo. Las personas que tomaron la decisión de terminar la relación son percibidas como frías y crueles y muchas veces tienen consecuencias sociales tales como la desaprobación de amigos cercanos, aunque manifiestan emociones más positivas (Perilloux y Buss, 2008). Mientras que los que fueron el blanco de la ruptura experimentan falta de concentración, y la percepción de ser vistos como “menos deseables” (Barajas y Cruz del Castillo, 2017).

También el género influye en cómo se experimenta la ruptura. Las mujeres tienden a sentir más estrés y trauma tras una separación. Las mujeres se sienten usadas, experimentan periodos de tristeza y enojo (Díaz–Loving, Valdez y Pérez, 2005). Esto puede ser ocasionado por el entorno social. A las mujeres se les ha adjudicado el rol de cuidar las relaciones, por lo que sienten vergüenza o culpa ante una ruptura, tienen la percepción de que es su responsabilidad el éxito o fracaso de la relación. Sufren con “el qué dirán” (Bleichmar, 2001), mientras que los hombres manifiestan sentimientos de malestar, enojo y humillación. Es importante recalcar, que un estudio demuestra que los hombres divorciados tardaron más en superar la separación, ya que tienden a suprimir sus sentimientos para continuar con la vida diaria (Umberson, 2000). También, los suicidios tras una ruptura son más comunes en los hombres, aunque como mencioné anteriormente, las mujeres son más propensas a caer en una depresión.

En México los hombres enfrentan las rupturas bebiendo, saliendo con sus amigos u otras personas, mientras que las mujeres se refugian en sus familiares y amigos y viven periodos largos de tristeza (Díaz–Loving, Valdez y Pérez, 2005). La razón por la que las rupturas pueden alargarse fuera del duelo normal es que muchas personas buscan evadir sus sentimientos, con conductas como tomar alcohol o drogas, o sentir lástima de sí mismas (Nichols, 1987).

También la ruptura es más dolorosa y requiere más tiempo cuando la relación tiene una duración mayor. Creo a la vez, que la ruptura es afirmación del amor que se sintió en una relación, y está relacionada directamente con el esfuerzo y la expectativa que se le dio a una persona. También pienso que hay duelos a los que uno se acostumbra más no se superan.

Mujeres heterosexuales

Muchas veces es el esfuerzo lo que aporta gratificación y valor a la relación. Y muchas veces son las mujeres las que aportan mayor esfuerzo. La feminista y escritora francosuiza Mona Chollet en *Reinventar el amor: cómo el patriarcado sabotea la pareja heterosexual* (2022) describe las parejas en las que las mujeres realizan tareas domésticas, y lidian con la carga mental del hogar, mientras que los hombres las califican de molestas o pegajosas cuando ellas quieren una “noche romántica” o “hablar sobre sus sentimientos”.

Si las mujeres pueden pasar tan a menudo por unas criaturas caprichosas y tiránicas, con exigencias afectivas desorbitadas, y los hombres por seres sólidos, autónomos, con la cabeza fría es porque las necesidades emocionales de los segundos, contrariamente a las de las primeras, son atendidas y colmadas de forma tan eficiente como invisible. Cuando una mujer es catalogada como demasiado exigente, la más de las veces lo único que hace es reclamar la reciprocidad de las atenciones que prodiga (Chollet, 2022).

El esfuerzo que hacen las mujeres denominado por las feministas como “carga mental” en la relación, incluso aquellas mujeres emancipadas económicamente, es invisibilizado, normalizado en un contexto en el que las mujeres realizan gran parte de los cuidados y tareas. Por lo cual es obvio que los sentimientos de traición sean recurrentes en las relaciones.

La periodista Erin Rodgers acuñó el término “emotional gold digger” en un tweet refiriéndose a los hombres que, al igual que las mujeres cazafortunas, buscan a mujeres que hagan el trabajo emocional por ellos. “Las mujeres leen innumerables libros de autoayuda, escuchan podcast, consultan asesores profesionales, buscan apoyo en sus amigas, se gastan pequeñas fortunas en terapias para curar antiguas heridas o solucionar nuevos problemas, y los hombres de su vida simplemente se aprovechan de ellas”, escribió Melanie Hamlett en “Los hombres no tienen amigos y las mujeres llevan la carga” (2019).

Los hombres en su mayoría no van a terapia, y muchas veces no pueden comunicar sus sentimientos a sus propios amigos. En el caso de México hay un estigma sobre la terapia, es considerada cosa de “locos”, según Francisco Martínez León académico de la Facultad de Psicología de la UNAM (2018). También reportó que hay escasez de psicólogos, pues en México hay un psicólogo por cada 300 mil habitantes, contrario a países como Estados Unidos o Australia que tienen más de 400 psicólogos por cada 100 mil habitantes (Psicología Organizacional, 2023).

Además, los hombres son más propensos a cometer suicidio. En México 10.5 hombres de cada 100 mil habitantes se suicidaron en 2022, según datos del INEGI (2023), mientras que 2.2 mujeres de cada 100 mil habitantes lo hicieron.

Como lo planteé en la introducción, durante siglos el amor y las emociones han sido considerado algo “femenino”. En un país como México, en el que el arquetipo del

macho es tan común, muchos hombres parecen no sentir inquietud o dolor ante el amor. Como si fueran ajenos a sus efectos. En ese sentido Mona Chollet (2022) habla de la cultura homoerótica predominante entre los hombres. Con esto se refiere a que los hombres desprecian sistemáticamente cualquier cualidad femenina, o cultura relacionada a lo femenino.

Los sentimientos, la sensibilidad y la tristeza son considerados femeninos. En cambio, el enojo, la ira e incluso la violencia pertenecen a la socialización de lo considerado masculino. En el artículo antes mencionado de Melanie Hamlett, uno de los hombres a los que entrevistó le confiesa que esa máscara masculina de fortaleza es lo que impulsa a los hombres a jugar deportes, sólo para poder tocarse.

La académica feminista Jane Ward (2021) explica la paradoja de la misoginia. Los hombres que dicen sentir un deseo casi irreprimible por las mujeres al mismo tiempo no están interesados en conocerlas y escuchar sus opiniones, incluso en festejar si éstas llegan a puestos de poder. Más que un ser humano, la mujer se considera un objeto de conquista con la que busca obtener validación masculina, la única que realmente les interesa. Un hombre feminista, que busca equidad entre sexos, es muy “gay”. En ese sentido, Ward insta a los hombres a ser “realmente heterosexuales”, es decir, a realmente conocer a una mujer en todas sus facetas, en desearles el bien.

Sin embargo, entre los hombres y las mujeres está creciendo una diferencia ideológica. Un artículo de *Financial Times* (2024) muestra que las mujeres en Estados Unidos de 18 a 30 años se han vuelto más progresistas en los últimos seis años, y los hombres más conservadores. Las mujeres son 30% más liberales que los hombres. Este fenómeno está sucediendo en países como Alemania, Corea del Sur y el Reino Unido.

En México el 31% de los hombres se identifican con el movimiento feminista, mientras que en el caso de las mujeres es el 37% según el sitio Merca 2.0 (2022). La brecha ideológica no es tan grande, considerando que la gran mayoría de la población en México no se considera feminista. Prueba de ello es la creciente popularidad en redes sociales de Luis Castilleja el “Temach”. En los videos que sube principalmente en TikTok y YouTube busca “empoderar” a los hombres, en muchas ocasiones acusando a las mujeres de usar a los hombres sensibles para obtener beneficios económicos o sociales.

Recientemente se difundieron imágenes de un supuesto bautizo en el que convocó a jóvenes de 16 a 25 años para darles una placa militar que los inicia como “alfas”. Ha sido criticado por grupos feministas por reclutar a jóvenes con mala autoestima para imponerles una visión patriarcal del amor. Sin embargo, su influencia en las redes sociales —tiene 1.6 millones de seguidores en Instagram y 1.4 millones de suscriptores en YouTube— demuestra que muchos hombres están en busca de resignificar su masculinidad, aunque no desde un marco con perspectiva de género.

“La perversidad de nuestras sociedades es bombardearnos instándonos a la heterosexualidad y, al mismo tiempo, educar y socializar metódicamente a hombres y mujeres para que sean incapaces de entenderse”, escribe Mona Chollet. La escritora hace una reflexión minuciosa sobre las mismas condiciones que limitan e imponen a las mujeres. Se pregunta por qué las mujeres conceden un lugar tan importante al amor en sus vidas, y la primera respuesta que tiene, es porque el amor es importante. Y así como puede estar sobrevalorado por las mujeres, también está infravalorado por los hombres.

Después, la cultura, las películas de Disney, las propias mujeres en nuestras vidas sugieren que lo más importante en la vida de una mujer es el amor. Incluso aunque no sea romántico, a la mujer se la condiciona a ignorar sus necesidades y satisfacer las de los otros, “se educa a las mujeres para que sean máquinas de dar, y a los hombres para que sean máquinas de recibir” (Chollet, 2022).

Sonia Dayan–Herzbrun explicaba que después de la época de santas y de reinas, la novela romántica —el amor— le dio el derecho a la mujer a una historia, aunque no sea la Historia. Las mujeres de pronto podían ser heroínas, creadoras, bajo el efecto del amor. En compañía del amado.

Eva Illouz (2020) dice que las mujeres muestran mayor precipitación a la hora de comprometerse y están más motivadas por la perspectiva de la maternidad. Mona Chollet (2022) argumenta que la razón principal por la cual la mujer otorga tanta importancia al amor y la maternidad es por la dependencia total a la que estuvieron sometidas durante mucho tiempo. Su condición social y económica dependía en su totalidad de su matrimonio, y esa es una huella que no se borra fácilmente, ni si quiera en las mujeres modernas.

Fuera de las actividades domésticas o económicas, los roles de género también se adscriben a características emocionales, por ejemplo, la idea del hombre como “insensible y mujeriego” y de la mujer como “tierna y paciente”. En la

investigación Desenredando la semántica del amor de Rolando Díaz–Loving, Leticia Canales y Montserrat Gamboa (1988) hacen un recuento sobre las palabras más utilizadas al hablar de amor. Para ello, entrevistaron a 300 personas en la ciudad de México de rangos de edad distinto y con la secundaria como nivel mínimo de escolaridad.

Las edades de los entrevistados se dividieron en de 17 a 20 años, 20 a 30 años y 30 a 50 años y, para mayor especificidad, les preguntaron qué pensaban sobre tres tipos de amor: romántico, pasional y conyugal. De sus respuestas se identificaron las palabras más utilizadas por cada grupo sobre cada tipo de amor.

Por ejemplo, los hombres de 17 a 20 años se refirieron al amor conyugal con las palabras: pasión, esclavitud y compromiso–obliga. Mientras que las mujeres de esa misma edad y sobre este tema repitieron más las palabras: amor, apoyo–ayuda y comprensión. En general los tres grupos de hombres mencionaron la palabra “sexo” reiteradamente. Mientras que las mujeres mencionaron “caricias” o “ternura” en casi todas las entrevistas. Este ejercicio semántico nos habla sobre la forma en la que hombres y mujeres entienden el amor. El discurso de los hombres está más relacionado a palabras como “utopía, esclavitud, sexo, pasión, efímero” y el de las mujeres a “apoyo–ayuda, pasión, comprensión y amor”.

No solo cambia la perspectiva entre hombres y mujeres de la misma edad, sino también entre los propios géneros, pero con diferente rango de edad. Por ejemplo, mientras que las mujeres de 17 a 20 años hablan del amor pasional con las palabras “Sexo, deseo, y amor”, las mujeres de 30 a 50 años lo relacionan con “Deseo, erótico e irracional”. A la vez, entre más grandes son los hombres, más se refieren al amor como “apoyo–ayuda, agradable–bonito o ternura” en vez de centrarse en sexo. Podemos concluir que a través de los años los discursos y las narrativas cambian, y las prioridades emocionales de cada persona se transforman.

En fin, creo que el hombre y la mujer, sin los códigos rígidos del patriarcado se encuentran paralizados. Como Marcela Serrano lo planteó en su novela *El albergue de las mujeres tristes* (2022): “Creo que la desconfianza y la incompreensión entre hombres y mujeres va agigantándose. Los viejos códigos del amor ya no sirven, y los hombres no han dado, o nosotras no hemos dado, con los nuevos”. El amor que culturalmente se sedimentó en los roles de género, se tambalea cuando se cuestiona qué es ser mujer y qué es ser hombre.

Amor lésbico

En esta investigación me he centrado en la pareja heterosexual, por su peso mayoritario y su reconocimiento a lo largo de la historia. Sin embargo, no podría explicar el amor sin hablar de las disidencias y las relaciones no hegemónicas. Por lo cual en este apartado hablaré sobre cómo el amor no heterosexual está abriéndose paso en la sociedad al mismo tiempo que el amor romántico y la familia entran en crisis.

Sor Juan Inés de la Cruz (1648–1695) es quizá la primera escritora mexicana que se reconoce como lesbiana. Muchos académicos han planteado que tuvo una relación con la virreina Leonor, a la cual llamaba Lissi y le escribía poemas. Aunque no hay pruebas más que los escritos de sor Juana, se podría decir que si existió tal relación no fue sin impedimentos. La poetisa entró a la vida monástica a muy corta de edad para evitar el matrimonio y poder continuar escribiendo.

Uno de los poemas que le escribió dice: “Ser mujer, ni estar ausente, no es de amarte impedimento; pues sabes tú que las almas, distancia ignoran y sexo”. Sin embargo, después de este personaje hubo siglos de silencio. No es hasta el siglo XX cuando el amor entre mujeres vuelve a presentarse en la esfera pública. Robert McKee Irwin (2004) en “Las inseparables y la prehistoria del lesbianismo en México” critica la mínima producción literaria sobre el amor sáfico a principios del siglo pasado. El silencio alrededor de la homosexualidad femenina.

En palabras de Carlos Monsiváis: “Fijada con exageraciones perdurables, la homosexualidad masculina se pone de relieve para enfatizar la superioridad del machismo; en su turno, la homosexualidad femenina, el lesbianismo, es lo profundamente inmenorable”. McKee (2004) recoge algunos textos en los que las mujeres que aman mujeres salen a colación, por ejemplo, *Los piratas del boulevard (Desfile de zánganos y víboras sociales y políticas en México)* escrito en 1915 por Heriberto Frías.

En este libro Frías, escritor crítico durante el Porfiriato, describe los personajes que pasean por el Paseo de la Reforma. En una especie de crónica habla sobre una pareja de mujeres a la que denomina “las inseparables”. Una es bajita, la otra es alta y rubia. Una está casada con un hacendado, pero separada debido a su relación tan cercana con su amiga. Ambas pasean en su automóvil, casi presumiéndose, aunque la gente hable de ellas. Aunque las describe como “mujeres libres”,

contradictoriamente también insinúa que se prostituyen para mantener el estilo de vida que llevan.

Robert McKee también habla que el binomio activo/pasivo en las parejas heterosexuales y los hombres homosexuales también se aplicó a las lesbianas, pero debido a que las mujeres no tienen la posibilidad de penetrar, la dicotomía se transformó en “la buena/la mala”.

Antes de Heriberto Frías se ubican otros dos textos en los que se habla de amor sáfico. En primer lugar, el libro *Los criminales en México* (1904) de Carlos Roumagnac habla sobre el safismo en las cárceles a principios de siglo. Según este escritor las lesbianas que se identifican como hombres se hacen la raya del pelo del lado derecho y las lesbianas que se consideran mujeres del lado izquierdo. Otra vez el binomio “activo–pasivo”. McKee (2004) argumenta que en general las mujeres lesbianas son consideradas “malas”, debido a que carecen de la docilidad y la entrega de una mujer heterosexual. En ese sentido, todas las reas en la cárcel son lesbianas, y así lo insinúa Roumagnac, que imagina un safismo desenfrenado en las cárceles (McKee, 2004).

Sin embargo, Monsiváis (1997) aclara en unas pocas líneas una descripción en mi opinión menos dramatizada del amor sáfico durante el siglo pasado, que se aleja de la creencia de que las mujeres lesbianas son malas o altaneras: “La mayoría de las lesbianas no pertenecen al ghetto lésbico, y llevan en apariencia la vida muy convencional y pudorosa de las solteronas, al amparo del candor que acomoda sin sospechas a las amigas inseparables”.

Las amigas inseparables. Me recuerda al chisme de pueblo en Lagos de Moreno sobre una señora que al morir su esposo empezó a rentar parte de su casa a una buena amiga, con la que vivió hasta finalizar sus días. Sin embargo, a partir del siglo XXI, las relaciones homosexuales tienen cada vez más reconocimiento, aunque no por ello están libres de violencia o son plenamente aceptadas.

Según la Encuesta Nacional sobre Diversidad Sexual y de Género del INEGI (2021), el 94% de la población en México se considera heterosexual. En Jalisco la población LGBTI+ es de 298,270 personas, y en México 489,835 mujeres se consideran lesbianas, esto implica el 1,8% de la población de más de 15 años.

En cuanto a reconocimiento y aceptación, queda un largo camino por recorrer, sin embargo, desde la década de los setenta ha habido movimientos y personajes que han abogado por los derechos de las lesbianas muchas veces de la mano del

feminismo. En 1973 la dramaturga y escritora Nancy Cárdenas anunció en el noticiero de Jacobo Zabludovsky su lesbianismo. En un tiempo en el que la homosexualidad aún se consideraba una enfermedad en México, fue fundadora del Frente de Liberación Homosexual (FHL) y en 1975 escribió el primer manifiesto a favor de las personas homosexuales en México junto con Luis González de Alba y Carlos Monsiváis. En este manifiesto “Contra la práctica del ciudadano como botín policiaco” se criticaba el abuso de poder de autoridades que detenían ilegalmente o asaltaban a “subversivos” o homosexuales e incluso vendían sus fotos a la prensa amarilla: “En México, la homosexualidad no constituye delito alguno cuando se da en privado y entre adultos consensuales. De aquí se deriva que es posible acusar a una persona de violación o corrupción, más no de ser homosexual, como no se le puede acusar de ser rubio, alto, zurdo o guapo, condiciones tal vez menos frecuentes que la de homosexual”.

La primera organización lésbica que surgió se llamaba *Ákratas* en 1976, a la cual les siguieron otras. La académica Adriana Fuentes (Torres, 2020) reconoce que en la década de los ochenta hubo una pausa cuando la epidemia del VIH sida llegó a su punto más alto, pero que, en la década de los noventa, se retomó la movilización desde diferentes puntos de vista en un contexto histórico en el que la agenda de los derechos humanos empezaba a ganar potencia.

La académica Mariana Longo (2013) en “Amor romántico y prácticas amorosas lésbicas, continuidades, tensiones y rupturas” identificó dos momentos en la historia que lograron la invisibilización de la sexualidad femenina y su expresión. En primera instancia, la cacería de brujas que por dos siglos mantuvo a las mujeres en constante vigilancia y terror. En segundo lugar, el despunte del sistema capitalista industrial, en el que se arrojó a la mujer a los confines del hogar, privándola de la esfera pública y llenándola de deberes domésticos. En este momento el amor romántico, basado en la entrega, la fidelidad y la permanencia se desarrolla y funciona para atribuir al hito de la domesticidad de las mujeres (Longo, 2013).

El amor romántico se entiende como esta atracción sexual y afectiva por una persona del sexo opuesto, que tiene fines reparadores y terapéuticos, otorga sentido a la vida y se parece a la magia (Esteban, 2008). Como lo he planteado en la investigación, el amor romántico suele ser problemático, no solo porque está basado en los roles de género y surge de expectativas descomunales, sino porque también oprime sistemáticamente a la mujer, delegándole todas las áreas de cuidado. Aunque

el amor romántico es concebido para la pareja heterosexual, ha tenido tal impacto en nuestra cultura que también muestra sus vestigios en parejas homosexuales. Mariana Longo (2013) concluye que creencias como la centralidad del amor, la subordinación frente a la amistad, la presión social para enamorarse y radicarse en pareja, así como la fusión, se reproducen en parejas homosexuales. “El amor romántico se revela como una institución profundamente resistente, capaz de asimilar los erotismos disidentes, merced a su promesa de trascendencia, intimidad, contención, placer sexual, etc., con la persona amada”, concluye la académica (Longo, 2013).

Entrevisté a dos chicas lesbianas que radican en Guadalajara, Ana y Paula. Les pregunté qué aspectos del amor romántico identificaban en sus relaciones. Ambas contestaron que, al ser su relación distinta desde un inicio, al estar fuera de la heteronorma, tienen más herramientas para crear vínculos fuera del amor romántico. Sin embargo, es algo que han desaprendido. “Cuando eres joven estás más pendejo, piensas que el amor tiene que durar para siempre si es verdadero”, dijo Paula.

A la vez admitieron que es muy fácil caer en una especie de simbiosis. En su experiencia y la de sus amigas lesbianas las relaciones empiezan de manera rápida y requieren de mucha constancia, por lo que es fácil perder la individualidad. Esto lo atribuyen a que a las mujeres les enseñan desde edad muy temprana a estar en contacto con sus emociones y expresarlas más libremente. Paula reconoció que en una de sus relaciones anteriores su pareja quería cada vez más y ella se sentía impotente o culpable por no dárselo. A partir de entonces busca relaciones en las que se respeta la individualidad de ambas partes. Ana por su parte ha estado en situaciones en las que siente que sus expectativas o necesidades emocionales no son cubiertas y en las que, al contrario, resiente las demandas emocionales de la otra persona.

Hay un discurso muy socorrido en el que se plantea que, si se supera la primera ruptura lésbica, se puede sobrevivir todo. Paula piensa que la primera relación es tan intensa porque confluye con el proceso de “salir del clóset”. El amor se mezcla con la ansiedad y el miedo por aceptación lo que termina por crear un vínculo fuerte. Ana por su parte afirmó que al cortar una relación pierdes a tu mejor amiga. Muchas veces las relaciones lésbicas empiezan en una amistad que se vuelve cada vez más fuerte, por lo que se tiene que enfrentar el duelo de la amiga y la novia a la vez.

Les pregunté si reconocían algún tipo de violencia en las relaciones lésbicas y ambas contestaron que sí. A Paula le parece patriarcal pensar que entre mujeres no

puede haber conflicto, porque abona al mito de la mujer como incapaz de hacer daño. Aunque ambas están de acuerdo en que la violencia es mucho menor que en las relaciones heterosexuales.

Ambas quieren casarse y tal vez tener hijos, pero también se sienten cómodas si no los tienen. Ellas notan muchas diferencias entre sus relaciones y las de sus padres. Recientemente la novia de Paula vino a visitarla desde la Ciudad de México. Fue un drama familiar que quisieran dormir en la habitación de Paula. La madre le dijo que ella no había dormido con su padre hasta después de la boda. Ana por su parte entiende la relación de sus padres como meramente capitalista. Piensa que se casaron por “ser un buen partido”. En ese sentido ambas quieren diferenciarse de las parejas tradicionales, mantener relaciones mientras sean satisfactorias, libres de violencia y con conexión emocional.

Por último, les pregunté si se sentían seguras en Guadalajara. Contestaron que sí, ya que la gran mayoría de sus amigos pertenecen a la comunidad LGBTI+ y en las zonas privilegiadas en las que se mueven no han sufrido discriminación. Paula contó que la discriminación vino de sus círculos cercanos, tuvo malas experiencias cursando la preparatoria y sufrió rechazo al salir del closet con su familia.

En la Zona Rosa en la Ciudad de México hay bares que tienen un día “sáfico” o tienen temática lesbiana. Mientras que en Guadalajara hay muchos bares gays como Génesis, Galaxy o Envy, no hay uno que tenga una temática exclusivamente sáfica, aunque de vez en cuando hay fiestas. Paula conoció a su actual novia en uno de estos bares en la Ciudad de México, mientras que Ana ha conocido a tres de sus exparejas mediante aplicaciones de citas. En ese sentido hacen falta lugares de reunión y diversión en la ciudad.

Amor entre hombres

Se dice que Guadalajara es la “ciudad de los gays”. También se dice que “los gays se producen en Jalisco y se consumen en Veracruz”. Es irónico, que una de las ciudades más conservadoras y religiosas del país conviva con una comunidad tan grande LGBTI+.

El escritor y periodista Carlos Monsiváis escribió que, a diferencia del amor sáfico en México, el amor entre hombres ha sido más visibilizado. La primera irrupción pública y escandalosa del mundo “subterráneo” de los homosexuales fue el famoso

baile de los 41. La noche del 18 de noviembre de 1901 la policía irrumpió en una fiesta privada en la que 21 hombres estaban vestidos de mujeres. El yerno de Porfirio Díaz, Ignacio de la Torre y Mier se encontraba entre los asistentes, y fue el único al que soltaron. Monsiváis (2010) cuenta que a excepción de los asistentes que huyeron por la azotea o pagaron una mordida, los 41 terminaron en trabajos forzados en Valle Nacional, Yucatán. El episodio fue motivo de burlas y relatos.

El poeta y dramaturgo Salvador Novo immortalizó el ambiente homosexual en la Ciudad de México durante la primera mitad del siglo pasado en su texto *La estatua de sal* que fue publicado después de su muerte bajo la insistencia de Carlos Monsiváis en 1998. Este libro cuenta con “pelos y señas” su historia sexual, así como también señala los lugares y los códigos utilizados para los encuentros homosexuales. “Descubierto el mundo soslayado, de quienes se descubrían con una mirada” escribió Novo en este libro cuyo final quedó truncado. Dejó de escribir sus memorias, tal vez temiendo que no se publicaran. Estas eran una especie de provocación o como diría Monsiváis (2010) de marcha triunfal. “Nada estimula tanto a Novo como su condición de exiliado de la respetabilidad” escribió Monsiváis. Las pelucas, el amaneramiento, las cejas depiladas, los poemas obscenos, en una sociedad conservadora y rígida lo convirtieron en objeto de acoso. Novo subsistió en un contexto post revolucionario en el que el discurso de lo nacional era lo que imperaba y lo nacional se entendía como lo masculino.

Monsiváis también habla de que en la década de los años veinte, hay varios factores que empiezan a visibilizar la homosexualidad, el anticlericalismo de la revolución mexicana, la lectura de Freud, así como la literatura universal y el fin del aislamiento informativo. Tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX, la literatura sobre homosexuales empieza circular. Monsiváis escribió que se sexualizó el país durante la Revolución debido a las tomas de las ciudades, las migraciones, las legiones de hijos sin padre y las prostitutas. “Si ya cayó Porfirio Díaz, emblema de lo inamovible ¿por qué no la poesía rimada, la pintura académica, la novela naturalista, la sociedad cerrada tan punitiva en asuntos de la moral?” La muerte, según Monsiváis (2010), relativiza los modos de vida, el riesgo evidencia lo absurdo del “qué dirán”. Sin embargo, de la Revolución no se abstrae un ideal de “hombre nuevo” como sucedió con la Revolución rusa —lo que implicó campos de concentración para homosexuales— o con la Revolución cubana —que también derivó en campos de trabajo forzados—. Al contrario, el “hombre

nuevo” que surgió de nuestra revolución, es el macho que viola, violenta a la familia y toma en la cantina. Un arquetipo que hoy sigue haciendo daño, y que fue retratado en el cine de oro mexicano en películas como *Juan sin miedo* (1939) o *Allá en el rancho grande* (1949).

Novo describe la entrada al “ambiente” homosexual de la década de los años veinte. También las reglas como que las relaciones entre gays no funcionan, o al menos no traen tantas recompensas como la promiscuidad (Novo, 2010). Habla sobre los gays que fanfarronean en alegría y melodrama por la noche, pero se almidonan y acoplan en sus trabajos y con sus familias de días. Novo da cuenta del “ghetto”, el universo subterráneo de cafés, nombres y códigos que opera escondido de la moral. Específicamente describe su propio ghetto, conformado por “solterones” de clase alta, que hablan varios idiomas, se visten desenfadadamente y tienen sus departamentos repletos de antigüedades. En sus formas afeminadas, se adelantan a lo que después se llamó “camp” y que describió la ensayista Susan Sontag como “una manera de ver el mundo como un fenómeno estético”. Los gays siempre han amado a las divas, de ellas obtienen ciertos gestos y manierismos. Por ejemplo, la danza Vogue, en la década de los ochenta en Nueva York se basó en las portadas de la revista. David M. Halperin (2010) intuye que esta adoración a ciertas divas viene de que los gays están excluidos de la tragedia masculina, el solemne enfrentamiento entre el padre y el hijo o entre Héctor y Aquiles en *La Ilíada*. En cambio, la experiencia de los gays está relegada al melodrama, a lo femenino, a la exageración y la debilidad.

Monsiváis a la vez habla de un episodio en el que el famoso pintor Chucho Reyes fue apresado en Guadalajara y mandado a la Ciudad de México después de ser arrestado por “invertido”. A él y los demás detenidos se les obligo a barrer las calles hacia la estación de tren, mientras los transeúntes les gritaban, entre ellos miembros de Izquierdista Bloque de Obreros de Artes Plásticas. Sin embargo, Monsiváis (2010) aclara que los gays tapatíos también gozan algunos de los beneficios de la gran ciudad, al menos los de clase alta. Coleccionan arte virreinal y redescubren el arte popular. El barrio San Juan de Dios es punto de encuentro.

El centro de Guadalajara se ha caracterizado por sus cantinas y bares que facilitan los encuentros entre hombres. En su investigación “Bares y cantinas gay en Guadalajara. La vida nocturna como espacios de organización y resistencia” Ana Paula Coquis Castañeda y Sofía Nicole Ron Weigand (2020) dan cuenta de los lugares que durante la noche daban espacio a los homosexuales para enfiestar y

conocerse. Por ejemplo, La Cantina del Vaquero o El Taller, que en la década de los setenta crecieron en popularidad. Algunos como El Ciervo o Pancho's siguen abiertos. Para identificar estos sitios basta con preguntar "¿Aquí es lugar de ambiente?"

Guadalajara se volvió la segunda ciudad en México con manifestaciones a favor de los derechos LGBT+ a partir de la década de los ochenta (Coquis y Weigand, 2020). Y, sin embargo, en contraste con el mundo "subterráneo" como lo denominó Salvador Novo, la sociedad continúa siendo profundamente conservadora. El diario *El informador* publicó una nota el lunes 22 de agosto de 1983 titulada "Cáncer de homosexuales. AIDS: la nueva peste bíblica" (McKay, 1983). La policía organizaba redadas a bares "ambiente" y hasta 1991 se podía multar por 150 pesos a personas en la calle por parecer o actuar "homosexual" (Coquis y Weigand, 2020). Aún más recientemente, el exgobernador de Jalisco Emilio González Márquez (2007-2013) del PAN dijo en un encuentro Iberoamericano de la familia que los gays le daban "asquito". A la vez presentó una demanda de controversia ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación para pedir que las bodas entre personas del mismo sexo en el entonces Distrito Federal fueran consideradas inconstitucionales.

A pesar de que cada vez hay más bares y antros en Guadalajara, como Envy, Babel, Caudillos Disco Club, a la vez que colectivos y organizaciones que promueven y concientizan sobre los derechos de las disidencias, y en la última marcha "pride" el 2023 acudieron 300 mil personas, Guadalajara sigue siendo una ciudad con tintes conservadores.

Cabe rescatar que el conservadurismo no solo fue reproducido por las sociedades o dictaduras capitalistas en Latinoamérica. Tanto en Rusia como en Cuba los homosexuales sufrieron de hostigamiento constante. Fidel Castro mandó a crear 250 granjas en Camagüey que operaron con 2,500 "internos" y eran campos de trabajo forzados. Las memorias del escritor gay cubano Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca* (2013) narran con detalle la clandestinidad en la que los encuentros surgían y las represiones que sufrían. En su carta de suicidio en 1990 escribió "solo hay un responsable: Fidel Castro". A la vez el poeta y cronista chileno hizo una crítica al conservadurismo dentro de la militancia de izquierda en su manifiesto *Hablo por mi diferencia*. Lo presentó por primera vez en 1986 en la Estación Mapuche en una reunión de grupos de izquierda, entaconado y con un costado de su cara pintada con un martillo y una hoz.

Mi hombría es aceptarme diferente
Ser cobarde es mucho más duro
Yo no pongo la otra mejilla
Pongo el culo compañero
Y ésta es mi venganza
Soy más subversivo que usted
No voy a cambiar solamente
Porque los pobres y los ricos
A otro perro con ese hueso
Tampoco porque el capitalismo es injusto
En Nueva York los maricas se besan en la calle.

Maximiliano Marentes, en su artículo “Especificidades del amor gay: primeras aproximaciones” (2019), escribe que el amor gay se parece al amor romántico en el sentido en el que hay un impedimento —en este caso la sociedad— que la pareja tiene que sobrellevar para lograr la consumación del amor. Las especificidades que Marentes identifica en las relaciones entre hombres son tres: el primer amor como motivo para salir del closet, las relaciones de poder y la hipersexualización.

Marentes (2019) entrevistó a nueve hombres gay que le contaron aproximadamente 44 historias de amor —o algo parecido—. Coincidió en que el momento de “salir del closet” estaba motivado por la conformación de una pareja. El primer amor entonces no solo es el primer amor, sino que también contiene la energía emocional de asumirse. Eduardo García Castillo (2013) hace una anotación sobre el asumirse gay que me parece interesante. Dice que asumirse gay implica tener ciertas actitudes, cierto nivel de integración en la comunidad. “El gay se hace” (Castillo, 2013). Mientras que los hombres homosexuales son aquellos que mantienen su orientación sexual celosamente guardada de sus familiares y amigos. Solamente se “asumen” durante los encuentros sexuales y los ligues.

En segundo lugar, Marentes identificó en las historias de estos nueve hombres que las relaciones de poder entre hombres abundan, ya sea por una diferencia de edad o una diferencia socioeconómica. Por ello la “homogamia”, término que explica la tendencia de elegir la pareja dentro de un rango socioeconómico parecido, no es muy común. Varios de los hombres que entrevistó habían tenido sus primeras relaciones con hombres mucho más grandes o con diferente poder adquisitivo.

El tercer factor que menciona Marentes es la hipersexualidad. Este académico se resiste a llamarlo promiscuidad, y prefiere pensar en la sexualidad como una característica de las relaciones gays. La hipersexualización es fomentada por “el ambiente” es decir, una cantidad de prácticas y lugares que lo alientan como los “dark rooms”, las saunas, las aplicaciones de geolocalización como Grindr, entre otras cosas. El estereotipo dicta entonces, que los hombres gays siempre están ávidos de sexo, les cuesta trabajo formar relaciones o mantenerse en ellas. “Claro que los varones gays no tienen el monopolio de la infidelidad. Pero, debido a su inserción en un ambiente hipersexualizado, allí radica la tercera de sus especificidades” (Marentes, 2019).

¿Por qué el sexo es tan importante para los gays? Carlos Monsiváis lo atribuye a algo más estructural que el ambiente. Lo intensamente real de los gays se centra en el coito, el sexo gay es importante porque “al ser tan costosa en lo psíquico y lo social la disidencia, acrecientan su significado y su valor los actos sexuales y el idioma del ghetto” (Monsiváis, 2010). Un orgasmo en la clandestinidad equivale a veinte orgasmos según Monsiváis.

Poliamor y amor libre

La monogamia y la heterosexualidad obligada, como lo he argumentado, son la base del funcionamiento del sistema capitalista, que impulsa modelos relacionales que favorecen la transmisión de la herencia y están basados en la reproducción. A partir del siglo pasado, se han cuestionado estos sistemas relacionales, específicamente porque no hay una fundamentación biológica o comprobable en su éxito más que su aporte al sistema social.

No solo se trata de un cuestionamiento político hacia la norma heterosexual, monógama etc., sino que también está influido por los tiempos de libertad que ha traído el neoliberalismo. La anomia, la falta de lazos hacia el país, la religión y la familia, impulsa la conversación sobre el poliamor, el amor libre y la anarquía relacional. Bauman (2002) apunta que la modernidad líquida ha transformado el “juntos hasta la muerte” en “juntos mientras sea conveniente”. Es una observación válida, aunque tiene sus matices.

Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir se conocieron en 1929 en la École Normale Supérieure de París, donde ambos estudiaban filosofía. Su obra gira en torno

al existencialismo y al feminismo. Aunque nunca se casaron, mantuvieron una relación la mayor parte de sus vidas y hay una influencia mutua en sus posturas. Ambos abogaban por el “amor libre”, que consistía en respetar la libertad y el individualismo de la pareja sentimental.

En una carta que escribió Sartre a Beauvoir mientras peleaba en la Segunda Guerra Mundial le confiesa: “Mi querido Castor... jamás sentí tan intensamente que usted es yo mismo... aquí hay más que amor”. El amor libre que defendían dista de ser un amor sin compromiso. Pero era un amor polémico, controvertido y revolucionario (Savignano, 2023). Sartre repudiaba el esquema burgués, entendía el matrimonio como un “proyecto de servidumbre”, en el que se sometían las libertades de dos personas a favor del orden social.

Sartre dejó escrito en sus cuadernos que el amor realmente auténtico presupone la omisión de uno mismo a favor del otro. Convertirse en canal hacia el mundo exterior, regocijarse de la existencia del otro sin intentar apropiársela. Proteger a la persona amada, porque la necesitamos para cumplir con nuestras empresas, pedirle ayuda, con la consciencia de que tal vez la demanda sea rechazada. En ese sentido, el amor libre que plantea Sartre es una apuesta en contra del sistema y en contra de nuestra propia subjetividad, que se basa en nuestro beneficio.

Simone de Beauvoir, por su parte, escribió extensamente sobre el amor haciendo referencia a los planteamientos de Hegel del “amo y el esclavo”. En *La invitada* (1943) argumentó que, la mujer es quien cumple el papel del esclavo, tiene que ceder su autonomía para conseguir el amor. La mujer ha comprendido desde pequeña que su posibilidad de trascendencia depende necesariamente del amor que reciba de un hombre. Concibe a su padre, su hermano, etc. como hombres de acción, mientras que aspira a ser parte inherente de los hombres a su alrededor, proveer el respaldo y la comprensión que impulsan a estos.

En *El segundo sexo* (1949) estas ideas se transforman en una propuesta:

El amor debería basarse en el reconocimiento recíproco de dos libertades; cada uno de los amantes se viviría como sí mismo y como otro; ninguno renunciaría a su trascendencia, ninguno se mutilaría; ambos desvelarían juntos en el mundo unos valores y unos fines. Para uno y otro el amor sería una revelación de sí mismo mediante el don de sí y el enriquecimiento del universo (Beauvoir, 2005).

En este libro ella introduce el concepto de “alteridad”, la idea de la mujer como “la otra” que busca fusionarse con el hombre que es quien ostenta el poder. Esto genera vulnerabilidad y dependencia.

Beauvoir sostiene que sólo como ciudadanas libres y autónomas tendremos la oportunidad de ser protagonistas de nuestra propia historia y acceder a nuestros derechos. El derecho al amor puro, por ejemplo. Esto supone dejar el papel del objeto de deseo masculino al que han estado limitadas las mujeres y convertirse en sujetos amorosos, que aman a otros sujetos.

Sartre fue influenciado por el pensamiento feminista de su pareja. Él entendía el amor como un estado de conflicto y tensión, más de que paz. Renunciar al intento de poseer una persona, aceptar su alteridad y ofrecer un acompañamiento respetuoso, implican fuentes interminables de incertidumbre. Definía el amor auténtico como el que se entiende en constante asedio, ya sea de la intervención lo tercero, o de la propia ambigüedad entre dos personas (Savignano, 2023).

El amor inauténtico en cambio es aquel que se basa en el sadomasoquismo, en el que una de las partes se doblga ante la otra en busca de reconocimiento. Y no es la persona el objeto de deseo en sí, sino el sufrimiento que le trae. De esta forma Sartre y Beauvoir coinciden en que el amor falso es unilateral, aquel en el que se desempeñan con claridad los papeles de amante y amado.

Sartre desde su pensamiento existencialista declaró que el hombre es “pasión inútil”. A lo largo de su obra, argumentó que el amor como una especie de magia que salva al individuo del peso de la existencia es una creencia ingenua e incluso hipócrita (Savignano, 2023). A la vez escribió en sus diarios de guerra: “Sólo mi relación con el Castor escapa de la absurdidad de la muerte, porque es perfecta [...] es el único triunfo en mi vida” (1995). Beauvoir (2011), en el Epílogo de *La fuerza de las cosas*, confiesa: “En mi vida ha habido un logro cierto: mis relaciones con Sartre”. Aunque el hombre sea pasión inútil, aunque el amor esté contaminado por el orden social capitalista o burgués, ambos encontraron sentido en su relación, como lo dejaron por escrito.

Un último comentario sobre su relación: Sartre planteó que el amor en un mundo violento, atravesado por sistemas de opresión como el capitalismo, el androcentrismo o el colonialismo, muy pocas veces, si es que ninguna, es auténtico. “En un universo de violencia usted no puede concebir un amor puro. A menos que en este amor esté contenido la voluntad de terminar con el universo de violencia. La comunicación entre dos personas pasa por el universo entero” (1983).

Hago referencia a esta historia de amor entre dos de los intelectuales más importantes del siglo pasado, porque de alguna forma sentó un precedente en el cuestionamiento de las normas sociales. También hay que mencionar que las ideas de amor libre se socializaron mucho antes. La anarquista rusa Alexandra Kollontai (1872–1952) fue militante feminista y gran defensora del “amor libre”. Consideraba, al igual que Sartre o De Beauvoir, que el matrimonio era una institución burguesa y capitalista que además oprimía a la mujer. Entendía que el amor libre, sin ataduras era el único que emancipaba a la mujer de la violencia patriarcal, y que no podía haber un amor verdadero anclado en el pasado (Torralba, 2018).

El amor libre fue impulsado por los anarquistas desde mediados del siglo XIX (Sepúlveda, 2011). Se defendía el impulso sexual natural tanto de hombres como mujeres que había sido castigado por la moral del matrimonio y la iglesia. Argumentaban que los sentimientos escapaban de cualquier tipo de reglamentación. La unión libre en ese entonces no venía necesariamente acompañada de la revolución sexual, sino que era una relación fuera de las reglas civiles y religiosas, en un momento histórico en el que el divorcio no era una posibilidad (Baigorria, 2006).

En la década de los sesenta, como lo expuse en el apartado de Antecedentes, el amor evoluciona. La llegada de los métodos anticonceptivos incentiva la liberación sexual, retrasa la llegada de los hijos y prolonga los años de estudios. En esta década, las relaciones de noviazgo dejan de pensarse como un paso antes del matrimonio. De esta manera el “amor libre” empieza a tener cabida en el inconsciente colectivo.

Estos cambios venían de la mano de movilizaciones sociales que cuestionaban al sistema. La crítica no se oponía al amor en sí, sino a la institucionalización de los procesos personales, lo cual conllevaba la pérdida de la libertad. Clara Coria (2001) explica que la forma en la que vivimos el amor es construida y en cada momento de su historia ha respondido a la estructura de poder dominante. Contra estas estructuras de poder, se alzan estas nuevas relaciones. Recordemos que el Mayo francés del 68, empezó con una protesta debido a la detención de varios estudiantes que se manifestaron en contra de la Guerra de Vietnam y para eliminar las normas que impedían compartir dormitorios a estudiantes hombres y mujeres.

Darío Sztajnszrajber (2023) argumenta que en el amor debe de haber lugar para cuestionarse, en cambio se trata de un asunto burocrático que regula las energías eróticas y se reduce a su capacidad para suministrar voltaje a la maquinaria

social. A la vez, Bridgitte Vasallo (2014) cuestiona por qué se ha dejado de creer en Dios, en el capital, el matrimonio, pero no en el esquema de la monogamia.

El término *poliamor* es un neologismo que viene del griego “poly”, muchos, que se popularizó en la década de los sesenta. La psicóloga y activista Giazú Enciso (2015) definió el poliamor como “una relación de más de dos personas al mismo tiempo. De amor y compromiso, y no necesariamente sexual. Donde todas las personas involucradas saben y están de acuerdo en estar en esa relación”. El escritor Yves–Alexandre Thalmannen (2008), que escribió *La voluntad del poliamor* afirmó que todas las personas en cierta medida somos poliamorosas, ya que estamos sujetas a atracciones más o menos fuertes y más o menos numerosas a lo largo de nuestras vidas. Aunque el académico Tomás Nistal (2019) matiza que, aunque se pueden querer más de una persona al mismo tiempo, no se puede estar enamorado de dos, ya que el estado transitorio del enamoramiento excluye intrínsecamente a los demás.

Hay muchas maneras de vivir el poliamor, pero hay ciertas normas éticas que se deben seguir para considerarse como tal (Nistal, 2019). En primera instancia, todos los involucrados en las relaciones deben estar enterados. Se incide en diferenciar las prácticas poliamorosas de las relaciones extramaritales que usualmente mantienen los hombres con otras mujeres. Aunque debe de haber constante comunicación y consentimiento, no es una regla mantener informado de cada paso a los involucrados. Hay diferentes tipos de acuerdos que requieren diferentes tipos de transparencia. Algunos también usan un sistema de jerarquía, en el que se mantiene una pareja estable y a la vez otros vínculos que requieren menos atención y tiempo.

Tomás Nistal (2019) también recalca que una relación amorosa normalmente se exigen seis aspectos esenciales, y es imposible evitar la desilusión si se espera que estos aspectos sean cubiertos en su totalidad por una sola persona. Se espera de la pareja que sea el padre de los hijos, que contribuya o resuelva la economía del hogar, tener hobbies y actividades compartidas, una conexión intelectual, una conexión sexual y a la vez compartir afectos, es decir, palabras de afirmación y cariño. Al menos algunas de estas expectativas tendrían que ser satisfechas por otras relaciones, aunque no sean románticas. De lo contrario, el amor monógamo corre riesgo de convertirse en una idealización que dura, en palabras de Nistal, un instante.

En ese sentido, no es necesario tener muchas relaciones sexoafectivas para vivir suscribir los principios del amor libre. Por ejemplo, en la Antigua Grecia, los

vínculos de amistad entre hombres eran considerados superiores a los del matrimonio. La amistad constituía un valor cívico en sí mismo, e incluso se intercambiaban a las esposas entre amigos (Cuervo, 2023).

Y, sin embargo, es importante entender las dificultades sentimentales o sociales que se presentan ante el amor libre. Baigorria (2010), explica que no hay nada más difícil que ser libertario en cuestiones del amor. Se puede ser libertario en cuanto a la propiedad, o la autoridad, pero en cuanto a los sentimientos, no hay normas que mantengan en paz al corazón. “¿Hay alguien más parecido a un esclavo que un enamorado?”, se cuestiona.

Además, la libertad que trae el amor libre o el poliamor muchas veces es individualizante (Porta y Musante, 2016). Aunque el amor monógamo romántico también aísla al individuo, lo centra en una sola relación, la jerarquía entre relaciones estables y relaciones “satélites” puede acrecentar las desigualdades, entre hombres y mujeres, orientaciones sexuales, razas o clases. “Si el amor libre no se vuelve una práctica que busque erradicar de lleno la violencia de género, que busque acabar con los feminicidios, sacarse de encima el amor romántico y sus mitos y salirse de la heteronormatividad obligatoria, seguirá siendo un lindo momento, una aventura progresista o una moda pasajera” (Porta y Musante, 2016).

El poliamor en ese sentido debe de posicionarse ante los modelos hegemónicos que encuentran su lógica en la posesividad, exclusividad y fidelidad. Entendiendo que el modelo de monogamia en general reivindica los celos y los sentimientos de propiedad sobre otra persona como demostración del amor y rechaza todas las prácticas sexuales que no tienen como fin garantizar la producción y la reproducción (Cuervo, 2023).

Recupero las palabras de Sartre: “la comunicación entre dos personas pasa por el universo entero”. Tengamos relaciones poliamorosas o monógamas o algo en el medio, siempre hay que cuestionarse la forma en la que nos relacionamos en un mundo atravesado por la violencia estructural. Qué actitudes se aprenden y cuáles son realmente genuinas. Desde qué supuestos heredados nos queremos relacionar, cuáles siguen vigentes y cuáles deben de ser revisados.

Amor esotérico

La película *Past Lives* (2023), de la directora Celine Song, populariza un término coreano llamado “in yun”. Quiere decir destino, el “in yun” es la unión de dos personas que en vidas pasadas se han cruzado. Para que dos personas se casen tiene que haber ocho mil capas de “in yun”, es decir, sus caminos debieron de cruzarse ocho mil veces, aunque sólo se hayan rozado sus ropas al cruzar por la calle.

La historia sigue a Nora, una niña coreana que se muda con su familia a Canadá, dejando a su mejor amigo y amor platónico, Hae Sung, en Seúl. Los años pasan, cada uno intenta abrirse camino en polos opuestos del mundo. Reconectan en sus veintes, pero la imposibilidad de verse instaura otro largo periodo de distancia. Mientras tanto, Nora se enamora y se casa para obtener su “green card” en Estados Unidos. Está enamorada de su esposo, y, sin embargo, se siente emocional y conmovida cuando Hae Sung va a visitarla a Nueva York. Más que un mero sentimiento amoroso, siente una fuerte conexión con su amigo de infancia, ya sea porque representa los paisajes o el idioma que exploró en sus primeros años de vida, o porque se trata de alguien que conoció en vidas pasadas, o que va a ser decisivo en su próxima vida.

El tema del amor de *Vidas pasadas* es muy sonado en la literatura y la cultura popular. Aunado al “amor de tu vida”. La novela *La ley del amor* (1995), de Laura Esquivel, cuenta la historia de Rodrigo y Azucena, una pareja que se encontraron en varias vidas desde la Conquista. Son el “amor de sus vidas” y, sin embargo, han sido enemigos en algunas de sus vidas pasadas. No es hasta que ambos eximen su karma que por fin logran estar juntos.

¿Existen los amores de vidas pasadas? ¿El amor de la vida? O incluso ¿el destino? Entrevisté a una sanadora de 23 años llamada Paloma, estudiante de Derecho en la Ciudad de México. Cuando tenía siete años empezó a desvanecerse de manera recurrente. Sus papás la llevaron a ver un brujo en Jala, Nayarit, que les explicó que su hija tenía talento. Ahora se dedica a hacer limpiezas.

Lo primero que me explicó Paloma fue que este tipo de servicios no se “cobran”. Más bien se pide algo simbólico a cambio, para que no se peguen las energías. Ella pide un cigarro por hacer sus limpiezas. Después me contó que el mundo esotérico, que es vastísimo, y en el caso de México tiene sus raíces en las culturas indígenas, africanas y católicas, tiene el principal objetivo de por un tiempo limitado

acabar con el individualismo. Por ejemplo, cuando ella hace una limpia, se reduce a un canal de energía, no hay un “yo”, sino rezos y rituales enfocados en ayudar a otra persona.

En ese sentido, Paloma piensa que en un mundo individualista y capitalista el esoterismo es una manera de colectividad. Gran parte de la razón por la que el amor está en crisis es porque también hay una crisis de religión. Las religiones son practicadas de manera colectiva y crean un sentido de pertenencia. Proveen un lugar a cada creyente y un código moral para vivir sus vidas.

Por ejemplo, en España, en 1978, el 90% de la población se consideraba católica, mientras que en 2021 sólo el 54%, según el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). En México también hubo una disminución de creyentes, aunque menos drástica, en 1950 el 98% de la población era católica, en 2020 el 77% de la población (Ornelas, 2015).

Paloma relaciona este descenso religioso con la falta de colectividad, la falta de espiritualidad. “Todos somos hijos de la magna academia occidental”, se quejó, haciendo alusión a que el misticismo, lo compartido, están siendo arrasados por la modernidad. Para amar, se necesita consciencia colectiva, según Paloma, es decir la noción de que eres parte de algo. Amar es el acto menos individualista, porque representa ponerse a lado a lado a uno mismo para ver al otro. Paloma también ahondó sobre el rol de la mujer como ser espiritual y por lo tanto más abierta al amor, “las personas con útero tenemos una especie de conexión con el más allá, porque traemos a gente con alma, es un portal al mundo físico”.

Una vez explicada esta crisis del amor desde el esoterismo, que se reduce a la falta de fe y de comunidad, me explicó sobre los amores kármicos y el amor de la vida. En sus palabras, los amores kármicos son aquellos que duele amarlos, se conocen de otras vidas y tienen temas inconclusos. Son lazos fuertes, difíciles de romper y complicados. En cambio, los amores de la vida son aquellos con los que se siente una especie de complicidad, las almas embonan y no cuesta entregarte a ellos. Le pregunté si todas las historias de amor en nuestras vidas estaban destinadas, o había también casualidades, a lo que me respondió que, si el amor es verdadero, nunca es casualidad.

El humano siempre ha buscado respuestas sobre situaciones ilógicas o irracionales en lo oculto, por lo que acude a mediadores, ya sean chamanes, brujos, espiritistas, para explicarse ese mundo del que siente que no tiene control (Harner,

1988). En Europa el *Manual de Munich de magia demoniaca* escrito en el siglo XV, tiene páginas enciclopédicas sobre hechizos, pociones y descripciones de demonios que se creían posibles en esa época.

Hay un sinfín de hechizos o trucos para atraer al amor, pero quizá el más famoso es el amarre. Este hechizo nunca se traduce en amor, es un acto de posesión que cuesta energía y a lo mucho dura seis meses, según Paloma. El endulzamiento en cambio es menos posesivo, se basa en quitar las barreras para que dos personas que se aman estén juntas.

En México hay dos símbolos principales ligados al amor desde tiempos prehispánicos: el toloache, una flor blanca que produce efectos paralizantes y el colibrí, que es un augurio de que viene el amor. El colibrí es capturado cuando se encuentra revoloteando, lo cual es una señal. Los brujos lo preparan y la persona que requiera sus efectos lo lleva consigo en sus ropas. El colibrí está cerca del peligro de extinción si no se regula su comercio (Patiño, 2024). En el imaginario prehispánico, el colibrí tiene un rol importante. Se dice que Coatlicue, diosa de la muerte y la vida un día se encontraba barriendo cuando encontró plumas hermosas en el suelo, se las metió en el pecho y nació Huitzilopochtli, quien guió a los aztecas a Tenochtitlan en forma de colibrí (Carrillo, 2012). En tiempos prehispánicos, se creía que el colibrí ayudaba a atraer al amor, por lo que las mujeres utilizaban sus plumas o lo llevaban consigo, también se utilizaba para curar “enfermedades del amor” (de transmisión sexual). Durante la inquisición en la colonia, muchas mujeres fueron juzgadas por portar plumas o partes de este animal (Carillo, 2012).

La académica Irma Carrillo (2012) da cuenta de algunos de los objetos que puedes comprar en el mercado de Sonora en el Estado de México, entre ellos un aerosol que se llama “Divina chuparrosa” —se refiere a un colibrí— y en su etiqueta reza:

¡Oh! Divina Chuparrosa, tú que por el poder divino endulzas y alegras las cosas, quiero que endulces mi vida y alegres mi corazón; yo que por tu divina intercesión he de vencer a mi amado(a) y sólo sea para mí, y así como chupas la miel de las flores, chupa la sal y la mala suerte que tengo, y así en todo vencer, tu novenario te he de hacer, para que no me olvides y me traigas al ser amado, fiel y lleno de amor

También menciona unos “polvos del desespero” con las siguientes instrucciones de uso: “Póngase en fetiches o directamente en la casa del elegido. También procure arrojarle encima un poco”, y que se supone que van a volver loco a la persona a la que esté dirigida.

El toloache fue utilizado por los curanderos aztecas por sus efectos analgésicos y antibacterianos, la digestión de esta planta causa desorientación y angustia y puede tener efectos no reversibles si es usada constantemente (Nabor, 2020). Altera el estado de conciencia por lo que es utilizada para ganar el amor de una persona en contra de su voluntad. La intoxicación de toloache es de las más comunes en la ingestión de plantas en infusión.

En casi todos los mercados de México hay al menos una santería, en la que se ofertan veladoras para la Santa Muerte, palo santo, perfumes de amor y suerte. En la santería del mercado del centro de Zapopan venden perfumes y amuletos para atraer el amor. También venden colibrís a cien pesos, 150 si están preparados con semillas y rezos. Los precios de los perfumes varían entre setenta y cien pesos. En el empaque de un perfume llamado “miel de amor” se lee: “este producto es preparado por tribus africanas. Lo elaboran a base de extracto de hierbas y grasas de animales afrodisíacos” y dice que fue hecho en Venezuela. En las instrucciones dice que la mujer debe de untárselo detrás de las orejas o en el cuello antes de ver a la persona que quiere enamorar y de paso echarle un poco a él. Los amarres cuestan desde quinientos a mil quinientos pesos y para realizarlos requieren una foto o algo de la persona a la que se busca amarrar.

En conclusión, hay un mundo oculto, basto y popular de remedios y creencias que se aleja de las disciplinas con las que he abordado el amor en esta investigación. Me parece importante adentrarme, aunque sea superficialmente en el tema del esoterismo porque está presente en nuestra cultura desde tiempos prehispánicos y representa un tipo de conocimiento antiguo, poco comprobable pero que contiene ciertas verdades o explicaciones a las que la gente recurre. Escribiendo la investigación me di cuenta de que la parte esotérica, espiritual, mística relucía por su ausencia entre los datos macroeconómicos y las citas filosóficas. Escribir sobre esoterismo es reconocer el peso que también tiene en la cultura del amor.

3. Resultados del trabajo profesional

Podemos concluir que, a lo largo del siglo XX, que estuvo marcado por guerras, desplazamientos e industrialización masiva, las reglas sentimentales (Hochschild, 2011) se han expandido y contraído sin parar. Cada época tiene sus propias características y los sistemas sociales y económicos. En la primera mitad del siglo pasado, la rigidez de las estructuras sociales representaba una cárcel para las minorías o para las mujeres, pero el orden establecido marcaba un camino para cada individuo inserto en el sistema, por lo que había certezas. La modernidad implica libertad —para algunos sectores privilegiados— y la libertad es un peso enorme en el individuo, que cree tener responsabilidad sobre sus decisiones y se encuentra ante la incertidumbre del futuro.

Creo que sí hay características en nuestra generación que están acabando con el amor, fuera de los esquemas sociales y económicos que he planteado. En mi opinión, lo que nos faltan son dos aptitudes de gran importancia: esfuerzo e imaginación. El factor del esfuerzo está relacionado a lo que decía Bauman (2002) sobre nuestra costumbre por la satisfacción inmediata. Identifico prácticas comunes en la generación, que son consecuencia de esto, por ejemplo, si una relación no se desenvuelve de manera fácil y natural desde un inicio es descartada y además castigada, ya que perseguir a alguien, o mostrar demasiado interés es impensable en un mundo en el que el “yo” debe de ser suficiente. Además, el compromiso se entiende como una limitación a los miles de opciones que creímos a nuestro alcance, un atentado a nuestra libertad. El compromiso requiere esfuerzo, y por eso huimos de él. Para mí esto demuestra el narcisismo en la generación Z, no estamos dispuestos a construir desde un inicio porque somos tan especiales que nos merecemos las cosas en la mano. Una de las prácticas discursivas que me llaman más la atención es escuchar a grupos de amigas o amigos decir “No me merezco esto”, como si ser buena persona, o ser interesante, nos salvará del desamor o el rechazo, que son experiencias universales. Aunque creo que los estándares y los límites son necesarios, me pongo a pensar en que, si todos nos merecemos algo mejor, tal vez nos merecemos a nosotros mismos.

La segunda cuestión que le falta a esta generación: imaginación. Hace más de un año transcribí las cartas que le mandó mi abuelo a mi abuela cuando estaban comprometidos. Se conocieron en mi pueblo natal, Lagos de Moreno, un fin de

semana en el que ella, una joven de la Ciudad de México acompañó a su prima y a su hermana a las fiestas del pueblo. Ambos tenían novio en ese entonces, pero fue tal la conexión que decidieron casarse. Por seis meses se mandaron cartas y se visitaron unas dos o tres veces. En las cartas de mi abuelo —no sabemos dónde están las de mi abuela, tal vez las mujeres guardan mejor estas cosas— éste le describe todos los detalles del departamento que está amueblando y va a ser de los dos, y le dice que en las noches la extraña especialmente. La ausencia los llevó a la ilusión, que se maquinó todos los días mediante promesas, recuerdos y palabras escritas. Todas las cosas que mi abuela debió imaginar. Siendo el matrimonio el acontecimiento más importante de su vida.

James Baldwin escribió en un poema que “La imaginación crea la situación y después la situación crea imaginación”. Ahora podemos mandar mensajes por cualquier aplicación. Por qué esperar con la incertidumbre cuando la otra persona nos la puede disipar momentáneamente en instantes. “Con nuestro culto a la satisfacción inmediata, muchos de nosotros hemos perdido la capacidad de esperar” dice Bauman (2002). La hiperconectividad, nos quita la posibilidad de imaginar, y por lo tanto de sentir y pensar. Hay una necesidad enorme por obtener felicidad y amor en una relación que sea perfecta de a primeras. Pero creo que hay darle tiempo al aprendizaje, a la construcción más orgánica de las relaciones. A pesar de tantos discursos sobre amar “bien”, o responsabilidad afectiva, etc., mi percepción es que las experiencias son lo que termina de construir el carácter, no las ideas con las que estamos de acuerdo. Doris Lessing, en su novela *El cuaderno dorado* (2007), escribió un diálogo que me parece brillante:

¿Qué me dices de toda la gente maravillosa que conocemos, de cincuenta, sesenta años? En fin, hay unos cuantos, una gente estupenda, madura y sensata, gente auténtica, que irradia serenidad. ¿Y cómo han conseguido ser así? Bueno, nosotros lo sabemos ¿verdad? Cada uno de ellos, el muy cabrón tiene un historial de crímenes emocionales. ¡Ah, qué tristeza los cadáveres sangrientos, esparcidos por la vía de la madurez del hombre o de la mujer, con toda la sensatez y la serenidad de los cincuenta y pico! La verdad es que no se puede conseguir ser maduro, sensato, etcétera sin ser durante treinta años un feroz caníbal.

Paciencia. Otra cuestión que brilla por su ausencia en el amor. Hay que aprender de nuestras relaciones, romper corazones y dejar que nos rompan el nuestro. Aunque se sienta como una injusticia enorme, que alguien te quiera y deje de hacerlo, todos en algún punto van a vivirlo. Y hay que estar a la altura de las circunstancias.

Como ya he explicado antes, en el amor se construye el desamor (Santa Bañeres, 1996). Porque el rechazo, aunque sea provisional, es lo que alimenta el interés y las ganas de querer. Sin embargo, nos asusta, como si significara que no somos tan importantes como creemos ser. Es justo decir que la incertidumbre y el desamor se viven en todas las relaciones, y si se logran sepultar, el amor se acaba. En otras palabras, si una de las partes, pierde su autonomía y funda su vida en el amor que le da la otra persona, se termina la reciprocidad. Porque la distancia entre una persona y la otra, insalvable, por más mínima que sea, es lo que hace que funcione. Y la ilusión de poseer a alguien, que depende totalmente de tu atención es lo que lo hace fracasar.

Ya establecimos que el desamor induce a la mente a un esfuerzo extraordinario. La gente se corta el cabello, o toma más alcohol, o hace cualquier actividad que le devuelva el control que perdió. En todo caso, planea una vía de escape del sufrimiento. Pero yo recupero estas líneas de Rilke (1996) que escribió en una carta al señor Kappus en *Cartas a un joven poeta*:

Peligrosas y malas son sólo aquellas tristezas que uno arrastra entre la gente para mitigarlas; como enfermedades tratadas de manera superficial y necia, se retiran un instante para volver a presentarse e irrumpir de forma mucho más temible; y se acumulan en el interior, y son vida, vida no vivida, vida rechazada y perdida, por la que se puede morir (Rilke, 1996).

Según Rilke (1996), las tristezas son consumadas en la soledad, hay que ponerles la atención que demandan. No hay otra cosa que hacer más que dejar que atraviesen los cimientos no tan sólidos de nuestra vida. Estoy segura de que no soy la primera persona en concluir que la tristeza me ha llevado a entender muchas cosas que en la felicidad ignoro. Cosas, que espero me lleven a la vez a una vida interior más orgánica, y tranquila, llegado el momento.

Gornick (2023) se muestra en desacuerdo con esta noción mía, ella afirmó en su ensayo *El fin de la novela de amor*, que el amor es más un acto de nostalgia que

de revelación. Argumentó que el amor no es un sentimiento del que se sale mágicamente transformado. “Lo que necesitamos para construir un ser es la búsqueda deliberada de conciencia” (Gornick, 2023). ¿Qué es el amor entonces? ¿La motivación principal de la vida? ¿Un accesorio para lidiar con el aburrimiento? ¿Una necesidad fisiológica? No lo sé. Puede que el amor sea un atajo, una distracción hacia el camino de la consciencia, como lo plantea Gornick. Tal vez es un rodeo en el enfrentamiento con verdades aún más terroríficas, como que estamos solos, y el tiempo corre. Mi opinión es que el amor y el desamor son necesarios, pero realmente su único papel en la búsqueda de un sentido de vida es medir con precisión la distancia que hay entre uno y el otro. Y eso es más que suficiente.

Fuera de todas estas conclusiones, he de exponer una aclaración en suma importante. Estoy de acuerdo con Alberoni (1984) cuando explica que la mujer, más creativa que nunca, está en posición de prescindir del amor. La emancipación económica y social está impulsando a la mujer a resistir todas las violencias que el matrimonio permite. A Bauman se le ha criticado por mostrarse nostálgico de un tiempo en el que el amor supuestamente existía, porque en ese tiempo —primera mitad del siglo XX— las mujeres estaban relegadas al hogar. Muchos de los argumentos de Bauman son interesantes y en mi opinión verdaderos y, sin embargo, la sugerencia de que hubo un tiempo anterior al nuestro, en el que se amaba mejor, es contar una sola parte de la historia. ¿Quiénes amaban mejor en ese tiempo? ¿Quiénes se preocupaban por preservar el amor? ¿Quiénes cedían su libertad? Claramente las mujeres. Esteinou (2016) dio cuenta de las dinámicas en las relaciones a principios del siglo pasado, en las que ahondé en el apartado de antecedentes. Explicó que la mujer casada tenía un papel muy específico en cuanto a la crianza de los niños y el cuidado del hogar. Además, mostrar sus verdaderos sentimientos y pensamientos era castigado, por lo que formaba un espacio íntimo con sus amigas, en vez de con su marido, que a su vez buscaba la intimidad en el sexo extramarital (Esteinou, 2016). Incluso la investigadora Natalia Tenorio Tovar (2016) en sus entrevistas a parejas en la Ciudad de México también ahondó en las faltas que la mujer tiene que soportar en una pareja tradicional a cambio de seguridad económica. Reitero, no creo que el amor en la actualidad sea peor que antes.

Y aunque las mujeres han ganado más libertad en las últimas décadas, creo que es un panorama duro el que enfrentan. Porque los hombres no han podido abarcar otros papeles que el de proveedores (Alberoni, 1984). Además, las reglas

sociales de las que habla Hochschild (2011) siguen siendo al menos en México rígidas y tradicionales. La libertad que trajo la modernidad parece beneficiar más a los hombres, que buscan relaciones más casuales, que, a las mujeres, que quieren compromiso. Esto hace que el discurso del desamor, como lo planteó Santa Bañeres (1996) sea todavía un área casi monopolizada por las mujeres, que más bien, ceden, a pesar de todo. Mantienen relaciones en las que el esfuerzo, la ternura y el cuidado siguen siendo su responsabilidad y área de acción. Respecto a esto, Doris Lessing (2007) escribió: “A veces las mujeres me desagradan; me desagradan por la capacidad que tenemos para no pensar en nada cuando nos conviene, Por ejemplo, decidimos no pensar cuando intentamos alcanzar la felicidad”. Es verdad que las mujeres heterosexuales que tengan relaciones amorosas se van a encontrar de frente con el hecho de que no hay una reciprocidad equitativa en la pareja. También es verdad, que las mujeres no quieren evitar el amor, ni deberían, aunque eso implique un esfuerzo descomunal.

Aun así, creo en la advertencia que hace Alberoni (1984) cuando avisa que las mujeres están subiendo sus estándares, y los hombres pronto van a tener que evolucionar en su rol para abarcar todo aquello que la mujer moderna busca. Si el amor ha minorizado su duración, creo que es porque las mujeres ahora tienen la posibilidad del escape cuando por fin es claro, que no van a recibir lo que ellas dan en una relación.

Amor triangular

¿Se puede aprender a amar? Se asume que todo mundo sabe amar, que se aprende en la familia, en la primera relación. Yo creo que sí se puede aprender a amar, todos amamos, pero lo podemos hacer mejor, con los años, con las experiencias y con la búsqueda deliberada de conciencia.

Erich Fromm en *El arte de amar*, al que he citado varias veces en esta investigación, da cuenta en las últimas páginas de algunas actitudes o acciones que se pueden aprender y hacen el amor más duradero y significativo. Este libro inspiró la investigación que hoy escribo. Me lo regaló un amigo muy querido, poco antes de inscribirme a este Proyecto Profesional. Escribió en la primera página: “Amo amarte y que me ames”, después de advertir que no estaba de acuerdo con todo lo que Fromm expuso.

Fromm escribió que para poder amar a alguien es necesario amar la vida (2002). Su perspectiva es que el amor “verdadero” no está impulsado por la pasión y la ausencia, sino por el amor a la vida. No es fácil amar a la vida, no sólo por las desdichas o injusticias que se nos puedan presentar, pero porque la vida es aburrida. Mona Chollet, Erich Fromm, Pablo de Ors, Rilke y una infinidad de escritores han defendido los pequeños placeres rutinarios que no admite la literatura universal. Los relatos que no se centran en el amor no consumado, la pasión, cercana a la muerte. Pablo d’Ors en *Biografía del silencio* (2019) cuestiona la fascinación moderna por la acumulación de experiencias. Critica la supuesta necesidad humana por viajar a todas partes, enamorarse una infinidad de veces, leer incontables libros, etc. Entiende que la paz y la felicidad llegan a través del silencio, la apreciación. Describe cómo se lava las manos con detalle, cómo siente el agua fría caer entre sus dedos. Concluye que la suma de este tipo acciones aparentemente insignificantes, acompañada de la consciencia del placer que producen, representan una vida más plena que la vida llena de ruido, movidas y comienzos.

De cierta forma, el amor por la rutina, por las pequeñas variaciones, por la tranquilidad sobre el amor pasional, es la moraleja de *Ana Karenina*, de Leon Tolstoi. Incluso las almas más atormentadas pueden escoger la vida tranquila. En el párrafo final de la novela Tolstoi escribe:

Probablemente seguiré impacientándome con el cochero, discutiendo inútilmente, persistiré en expresar mis ideas fuera de la razón; sentiré siempre una barrera entre el santuario de mi alma y el ama de los demás, hasta la de mi mujer; seguiré haciéndola responsable de mis temores, para arrepentirme en seguida. Continuaré rezando sin poderme expilar por qué razón lo hago; pero ¡no importa!; mi vida interior no estará ya a merced de los acontecimientos; cada minuto de mi existencia tendrá un sentido indudable que estará en mi poder imprimir a cada una de mis acciones: ¡el sentido del bien!

Aceptar la vida doméstica, rutinaria, tranquila, no es sinónimo de la ausencia de conflicto o dolor. Sin embargo, es una elección de consciencia. Tolstoi se rinde, deja de pelear contra la vida e incluso consigo mismo. En cambio, se vuelve consciente de que su propia actitud ante la vida, que ante todo debe de buscar el bien.

El amor es lo excepcional, no es la vida. Me refiero al amor que te provoca “mariposas” que es motivo de desvelos y nervios. Ese amor, que en realidad es enamoramiento, dura un año tres meses según los psicólogos. Y reitero, no es el estado normal del ser humano, ni se debe de aspirar a que lo sea. Según el profesor en Psiquiatría de Harvard Richard Schwartz (National Geographic, 2023), el enamoramiento en su primera etapa aumenta el nivel de cortisol, que es la misma hormona del estrés. Por ello se nos acelera el corazón, porque el cuerpo se prepara para la “crisis” que va a azotar. A la vez se libera la dopamina cuando estamos con el objeto del amor. Las hormonas que se liberan durante el proceso pueden quitarnos el apetito y causar insomnio, ya que producen un estado de energía y euforia. Sin embargo, después de un año, cuando la relación se consolida, aumentan los niveles de oxitocina, que es un neurotransmisor que provoca sentimientos de tranquilidad, satisfacción y seguridad y reduce el riesgo de infartos y derrames cerebrales, así como aumenta la tasa de supervivencia a intervenciones quirúrgicas mayores y al cáncer, como se ha visto en estudios a parejas mayores.

En ese sentido, el estado primario del enamoramiento que es motivo de tantos libros y películas representa un momento excepcional, que no puede alargarse indefinidamente. Vivir en ese estado de ánimo en un espacio prolongado de tiempo podría ser perjudicial. Y, sin embargo, noto que los jóvenes en general abusan del amor. Salen de una relación en busca de otra. Repiten todo este proceso químico con diferentes personas, con mínimos intervalos de tiempo entre uno y otro. No me sorprende que seamos adictos al “amor”. Hace unos meses terminé una relación que apenas empezaba. Mis amigas me consolaron: “Va a llegar alguien mejor”, “seguro encuentras a alguien nuevo”. No tenía ni un gramo de ganas de repetir el proceso del enamoramiento, y en los meses que estuve triste, me abstuve de intentarlo. Porque justamente no creo que deba de aspirar a estar enamorada todo el tiempo, sino en ocasiones, especiales. Cuando alguien lleva más de un año sin enamorarse parece sorprendernos: ¿cómo puede? Cuando alguien nunca se ha enamorado nos escandalizamos. Entiendo que lo máximo a lo que podemos aspirar como estudiantes universitarios es al amor. Pasan días, semanas, meses sin que nada nos conmueva. Y el amor que nos sube los niveles de adrenalina y dopamina, irrumpe entre clases, las tareas, los cafés. Tal vez pensemos “así se debe de sentir la vida”. Sin embargo, el amor no es la respuesta al aburrimiento. El amor, sin el amor a la vida termina por ser igual de aburrido que la vida misma.

También considero que el amor no siempre se acaba. Estos libros sobre modernidad, en los que los personajes llevan una convivencia casi forzada y son hostiles el uno con el otro, solo es una parte de la realidad. Los esposos no siempre terminan por odiarse. Tal vez se odian un tiempo y la vejez los reconcilia, si es que llegan tan lejos. Ford Madox Ford dijo: “Te casas para continuar la conversación” (Barnes, 2013), y me queda claro que cuando se termina la conversación se termina todo.

Rescato la carta que le hizo André Gorz a su esposa Dorine antes de que ambos se suicidaran en 2007 cuando a ella la diagnosticaron con una enfermedad terminal. Vivían reclusos en una casa frente al mar, leyendo, escuchando música en paz. Empieza la carta así: “Acabas de cumplir ochenta y dos años. Has encogido seis centímetros, no pesas más de 45 kilos, y sigues siendo bella, elegante y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te amo más que nunca” (Gorz, 2006).

Más tarde en la carta, se cuestiona: “¿Por qué estás tan poco presente en lo que he escrito si nuestra unión ha sido lo más importante en mi vida?”, y confiesa que se siente cómodo en la estética del fracaso y no en la del éxito y la afirmación (Gorz, 2006). Para el escritor, una historia de amor tranquila, correspondida, no pertenecía a la grandeza de la literatura, la consideraba casi banal. Al mismo tiempo, se da cuenta, cuando la muerte acecha, que escribió todo menos lo más importante. A diferencia de las mujeres, los hombres insisten en ver el amor como una dimensión de su vida, como las hay varias y de igual importancia. Temen admitir cuanto necesitan el amor. Me ha tocado más de una vez sorprenderme ante el sufrimiento de un hombre que lamenta el fin de una relación que en su momento desdeñó o hizo menos.

Y el amor que dura hasta la muerte puede que sea un objetivo más ambicioso para nuestra generación, pero no me parece imposible. Erich Fromm (2002) lo puso en estos términos: “La gente capaz de amar, en el sistema actual, constituye por fuerza la excepción; el amor es inevitablemente marginal en la sociedad occidental contemporánea”. Para que una relación dure, se necesitan muchos factores como fe, constancia, comunicación y repito amor a la vida. El enamoramiento no dura más que un año, pero el amor puede durar, con cierto esfuerzo y dedicación. Mi conclusión personal es que el amor no es una experiencia aleatoria y volátil y externa de la que somos víctimas, sino una actitud hacia la vida. Lo podría resumir en que significa

cuanto quieres que signifique, porque es el tiempo, la intimidad, la vulnerabilidad lo que va construyéndolo.

Antoine de Saint-Exupéry dice que “La experiencia nos muestra que el amor no consiste en mirarse fijamente entre sí, sino en mirar juntos en la misma dirección”. Hay un tercer elemento entre dos personas, que puede representar el final de la relación o el enriquecimiento de esta. Es el amor a la vida, el amor hacia uno mismo, hacia la profesión, hacia las amistades. Para Sartre el amor que no contiene en sí mismo la voluntad de cambiar el mundo lleno de injusticias se muere. Para Paloma, la sanadora a la que entrevisté, se necesita conciencia colectiva para amar. Así lo dijo Mark Vernon (2013) en su ensayo *¿Qué es el amor?*, se necesita un espacio entre dos personas, un tercer elemento para que funcione.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

4.1 Aprendizajes profesionales

A lo largo de la carrera he argumentado en diferentes asignaturas que el periodismo no debería de limitarse a cubrir la coyuntura, y llenar las secciones de política, deporte y en menor medida, cultura. Revistas y diarios como *El País*, *The Guardian* y *Anfibia*, me demuestran que se puede hacer periodismo riguroso sobre temas sociales y psicológicos.

Siempre me ha decepcionado que en Guadalajara la agenda cultural y social quede tan chica. Hay respuestas que nunca se van a encontrar en el periodismo, sino en la literatura y la filosofía. Pero creo que el periodismo también debería de tener el objetivo de documentar los cambios estructurales, las transformaciones sociales. E incluso retratar como se vive en cierta época, de la misma forma en la que *Ana Karenina* de León Tolstoi lo hace con el final del imperio ruso, o *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust en Francia, años antes de la Primera Guerra Mundial.

Por eso, en esta investigación, quise sintetizar algunas de las características y prácticas que moldean parte de mi generación en el amor. Nunca había investigado tanto para un solo tema en la carrera, ni había pasado tanto tiempo reflexionando sobre lo escrito. En ese sentido, creo que este informe me ayudo desarrollar competencias como la lectura detenida de decenas de artículos académicos y libros.

Por fin, creo que le hice un poco de justicia a esa frase del periodista polaco Ryszard Kapuściński: “Por cada página escrita se han de leer cien”.

Soy buena representante de mi generación y me cuesta trabajo concentrarme. En vez de hacer una investigación concisa y redonda, me parece que hice una línea recta, de argumentos y citas literarias. Que supongo que el segundo semestre logré afianzar más.

También me pareció difícil escribir. Especialmente al principio. Estoy acostumbrada, como buena periodista, a pensar dos o tres veces las frases que voy a escribir, antes de hacerlo. Por cuestiones de tiempo y eficiencia, me decidí a escribir lo más rápido posible, y aun así sufrí bastante intentando expresar todo lo que había leído y pensado. A la vez, fue difícil acotar el tema a la pareja heterosexual privilegiada, pero espero que pueda ahondar en mis próximas investigaciones más sobre parejas homosexuales, disidencias y vínculos. El tema del amor es inagotable, pero me gustaría realizar una especie de mapa, que explique dónde estamos parados.

4.2 Aprendizajes éticos

El amor tiene su dimensión ética. Un maestro en la carrera de periodismo me hizo una advertencia: no invalidar todas las historias de amor que no se desarrollaron junto a una reflexión filosófica o ética de lo que implican. Es verdad que se puede decir mucho sobre cómo amar, y cómo hacerlo de una manera más ética. Pero los humanos han amado a lo largo de su historia. Creo que esta investigación intenta trazar algunas pautas sobre la ética en el amor, por qué cuestiona las formas en las que nos relacionamos en distintas épocas.

4.3 Aprendizajes sociales

Durante la investigación hice entrevistas a profesionistas, a un filósofo, una psicóloga y un sexólogo, así como tres entrevistas con estudiantes universitarios. En las conversaciones que mantuvieron conmigo, descubrí algunas vertientes de lo que había leído y confirmé algunas teorías y deseché o matice otras. Específicamente las discusiones que mantuve con los estudiantes me dieron información para contrastar las bases de datos y la teoría con algunos miembros de mi generación

Creo que esta investigación puede servirle a cualquier joven que al igual que yo, tiene inquietudes y pocas certezas sobre lo que significa el amor. Y quién sabe, tal vez también pueda dar pie a la creación de “una escuela del amor” como lo planteaba Bell Hooks (2002), si no es que una clase universitaria o mejor aún en niveles de educación más bajos, en los que la información es siempre es contradictoria y se sufre más.

4.4 Aprendizajes personales

Como mencioné en la introducción, esta investigación nace de una necesidad de entender por qué las relaciones acaban, y están acabando más pronto que nunca. He intentado argumentar por todos los medios a mi alcance, por qué el amor pasó de moda. Y comprendo que cualquiera que lea mi informe, permanezca escéptico. A lo largo de este semestre, le he platicado a decenas de personas mis descubrimientos, y aunque algunos se han mostrado de acuerdo con las ideas que expongo, e incluso me han contado sus experiencias, siempre se muestran ultimadamente en desacuerdo con mi premisa. Reitero, lo entiendo, al final también quiero creer que el amor existe y dura si esa es nuestra voluntad, a pesar de tantos teóricos y datos que digan lo contrario.

Debo de aclarar que esta investigación no nace de un supuesto meramente pesimista, tampoco de superioridad moral. No es mi intención, abonar al discurso de que esta generación ya no sabe amar, y por supuesto no me considero parte del grupo que por alguna u otra razón sí sabe. Todo lo contrario, no sé cómo amar, tengo muchas ganas de hacerlo y cuando lo hago, me parece que lo hago mal.

He estado en situaciones en las que me siento impotente, en las que el esfuerzo me parece imposible, en las que el compromiso es una sentencia, en las que las posibilidades me paralizan y abruman. Por eso, todo lo que leí y escribí es, de alguna manera, personal. Y aunque mis propios sentimientos y acciones me asustan, siempre he encontrado tranquilidad en reconocer mi propia incapacidad de elección. Así lo planteó Claudio Magris (1997) en *El Danubio*: “Encontrar la inocencia en la convicción de que es imposible ser culpables porque es imposible elegir y actuar de forma autónoma”.

Si esta investigación tiene un propósito, en todo caso sería proveer consuelo a todos aquellos que, al igual que yo, sienten que no saben amar y se preguntan por

qué. Antes de ponernos etiquetas, antes de señalar a particulares, “tal es un pendejo”, “tal no tiene responsabilidad afectiva”, hay que entender que no tenemos tanta autonomía como pensamos, y que nuestras visiones de vida y acciones están atravesadas por todo tipo de fenómenos y experiencias. Si no amamos profunda y responsablemente, no solo es por nuestra propia incapacidad. La economía, la sociedad, la cultura nos empujan al individualismo, a romper con lo tradicional y antiguo.

No ahondaré en el tema del libre albedrío, porque da para otra investigación igual de extensa, pero sí quiero aclarar que el conocimiento de este trabajo me ayudó a entender muchas cuestiones más frustrantes en el amor. Como escribió Thomas Mann en *La muerte en Venecia* (2020), “comprenderlo todo, es perdonarlo todo”. Al menos yo, después de cuatro meses de aprendizaje me siento compasiva y benevolente ante nuestra impotencia.

Hay otros dos motivos que me impulsaron a escoger este tema que son más personales. El primero, es que hace poco más de un año terminé una relación larga con alguien al que amé. Fue mi decisión separarnos, ya no me sentía enamorada. Porque nos quisimos mucho, y aparte habíamos sido mejores amigos, mi exnovio me pidió explicaciones que no supe dar. Hasta ese entonces yo consideraba que sí sabía amar, afirmaba que entendía lo que era el esfuerzo y la voluntad en una relación y me describía como una romántica. Muchas veces critiqué a todos y todas aquellas que se iban una vez que la fase del enamoramiento acababa, o que huían ante los problemas. Y el amor no era sólo una dimensión en mi vida, también era gran parte de mi identidad. Cuando terminé esa relación ya no sabía quién era, qué le podía aportar a los demás, me sumí en el silencio. A partir de ese momento entendí que lo peor que puede hacer alguien joven, es posicionarse, tener opiniones fuertes, idílicas que no se han puesto en práctica cuando la crisis azota, y por fin se desvelan los verdaderos colores. Como lo expuso Nietzsche (Derrida, 1976), la identidad es un contrato que uno firma consigo mismo y por el cual se endeuda. Uno puede mostrar y decir ciertas cosas sobre sí mismo, pero no es hasta la muerte cuando se sabe si esa deuda se saldó. Por eso he antepuesto el entender que el criticar. En todos los sentidos, esa ruptura fue un baño de humildad.

El segundo motivo de esta investigación fue una especie de venganza personal. Desde pequeña la sociedad me planteó que, como mujer, lo máximo a lo que puedo aspirar en la vida es el amor. Películas de princesas, canciones,

telenovelas, todas las señoras bien peinadas que iban a recoger a sus hijos a la salida de la escuela. Todo en mi pequeña esfera social me sugería que el amor era la única cosa que valía realmente la pena. Por supuesto, para los hombres, había otro tanto de opciones. Nunca fui tan fiel, ni sentí tanta ilusión como cuando tenía trece o quince años, y sin nada mejor que hacer, me enamoraba perdidamente de chicos que pasaban por los pasillos de la escuela. Ni nunca me decepcioné tanto cuando me di cuenta de que efectivamente el amor no era suficiente.

Ocho meses después de terminar mi relación me encontraba de intercambio en Buenos Aires. Una noche de viernes me sentí especialmente feliz. Estaba en mi departamento en la calle Paraguay con mis dos compañeras de piso que se habían convertido en mis mejores amigas, y otros tres amigos a quienes consideraba mis hermanos. Estábamos tomando vino mientras nos arreglábamos para salir. Todos teníamos nuestras microhistorias de amor, que no importaban en absoluto. Todos estábamos emocionados por lo que podría pasar esa noche —que tampoco podía ser mucho, salíamos todos los viernes—. Pero, rodeada de mis amigos, viviendo en una ciudad tan al sur, me sentí de repente más querida y feliz que nunca. Me pregunté si una vida como la que llevaba era posible, llena de libros, cigarros, conversaciones profundas, risas, amistad, vino. Ahí fue cuando se me ocurrió por primera vez que el amor había pasado de moda. Me sentí aliviada, por fin libre de esa creencia absoluta de que el amor romántico en pareja era lo único que me podía hacer feliz.

5. Conclusiones

A lo largo de esta investigación puede parecer que me he contradicho varias veces, entonces quiero usar el espacio de conclusiones para matizar las aseveraciones que he hecho y retomar algunos puntos generales.

He afirmado que, para que el amor dure, es necesario espacio e individualidad, que siga trayendo cosas nuevas a tratar en la relación. Sin embargo, también es necesario, ceder, preservar, esforzarse, y admitir que se necesita al otro. Más que una contradicción, esto me parece que es como todo en la vida, una búsqueda de equilibrio. He celebrado las nuevas libertades que trae la modernidad a la mujer y a la sociedad, pero a la vez he criticado los vacíos existenciales que cimenta en los individuos. La modernidad, solo existe para cierto sector de la población, y aquellos que estén alumbrados por los muchos beneficios que tiene, deben de permanecer

conscientes de que somos entes colectivos y que encontraremos mayor gratificación juntos que aislados. Recordemos que esta investigación no solo se trata sobre el amor, creo firmemente que tenemos que esforzarnos en todos los ámbitos que existen, ser conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor, y sobre todas las cosas, ser compasivos con las personas. Y que otra manera de lograr estos objetivos que, creciendo en una familia amorosa, manteniendo relaciones respetuosas.

Reitero que la economía se beneficia de la individualización, y este proceso no es causado directamente por el neoliberalismo. Por ejemplo, los países con más hogares unipersonales —en los que vive la gente sola— son 45,8% Noruega, 44,1% Dinamarca, 43,0% Finlandia. Estados Unidos, Reino Unido y otros países europeos se mantienen con índices mayores al 25%. En México el 10% de los hogares son unipersonales. Esta práctica empezó a partir de la década de los sesenta y se ha estado incrementando junto con las décadas (Ortiz–Ospina, 2019). En el Reino Unido en 2018 la primera ministra Theresa May creó el Ministerio de la Soledad, ya que esta problemática afectaba a nueve millones de personas (BBC, 2018).

He hablado sobre el desamor como un factor natural en las relaciones y he anotado la resistencia —también natural— que sentimos ante este estado. Y, sin embargo, celebro que las relaciones puedan disolverse más rápido una vez que alguna de las partes ya no corresponde a la otra. Recordemos que la tasa de divorcios está aumentando (65% en la última década) según el INEGI (2022). Y me parece que es un logro que los divorcios no impliquen un castigo social o legal desmesurado.

Los matrimonios, como lo expuse, están disminuyendo. En parte porque han perdido el respaldo de instituciones antes rígidas como las del Estado o la Iglesia, en parte porque ya no tienen una función social tan estricta. Paradójicamente, justo cuando la institución está en decadencia, aprobaron el matrimonio entre homosexuales en 2023. La unión legal aún tiene ventajas que no deben pasar inadvertidas como la herencia, o la pensión por viudez, que hacen que sea una opción atractiva para las parejas. Por estas razones y otras de carácter social, no creo que la gente se deje de casar.

Lamentablemente, las cifras de violencia contra la mujer siguen aumentando y la mayoría de los delitos se cometen por parte de las parejas. En el 42% de los casos el perpetrador es el cónyuge y en el 21% la expareja (Montserrat, 2023). El Informe de Violencia contra las Mujeres de la Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana

constató que en 2022, hubo 251 mil 159 víctimas de violencia familiar. Las mujeres sufren todo tipo de violencias dentro de las relaciones amorosas.

El amor está atravesado por muchísima violencia física y emocional. En el mejor de los casos, el matrimonio es un enfrentamiento de voluntades (Gornick, 2023). “Uno u otro de la pareja estaba constantemente sujeto a una presión, amable, sutil, amorosa, para que mudara de forma; para que se sometiera; para que se plegara al antojo del otro”. Por eso me voy a tomar estos últimos párrafos para hablar sobre prácticas buenas en el amor, según la psicóloga Maelvi Lizette Muñoz.

Es recomendable saber estar solo, ya que el amor construye la ilusión de que va a acabar con la soledad, pero en realidad se trata de algo inestable, cambiante. Para esto Muñoz recomienda ir a terapia, especialmente en momentos en los que no hay crisis, para sanar los traumas de infancia, que reviven en las relaciones. También recomienda crear una pareja simétrica, es decir, que ambas partes se encuentren en igualdad de condiciones, ambos tengan intereses y se acompañen mutuamente. Muñoz habla de que la mayoría de las parejas son asimétricas, se complementan, y dependen de una de la otra. Esto provoca resentimientos e injusticias en las relaciones. Además, mantener una comunicación constante, cada tanto juntarse para hablar sobre el futuro, renegociar aspectos sobre la relación incluyendo si aún quieren mantenerse en ella.

En fin, el amor sí existe. La misma cultura lo reafirma con el sinfín de películas, libros y canciones que se estrenan año tras año sobre el tema. Existe, en un espacio de tiempo limitado. Bauman (2001) decía que el amor y la muerte son las mayores causas de incertidumbre en la vida, les tememos, y, sin embargo, no hay manera de escapar de ellas. No sé si se puede amar bien, las relaciones humanas son frágiles, requieren de conciencia y cuidado, pero conozco algunas personas que lo intentan, y también que lo logran. Sin embargo, el amor, como fuente ilimitada de conocimiento, como sentido de vida, como proveedor único de la felicidad, se queda muy corto. El amor existe, pero pasa de moda. Sin embargo, hay algunas cosas que nunca pasan de moda, como el amor entre padres e hijos, la amistad, la complicidad.

6. Bibliografía

Acera, F. M. (1989). “Canciones de amor y muerte en la poesía latina del Renacimiento”. *Revista de Filología Clásica*, (3).

- Alberoni, F. (1984). *Enamoramiento y Amor*. México: Gedisa.
- Alba, Alfonso De (2012). *Obras selectas, El toque de queda*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- Alonso, José Antonio (2009). "Las fallidas promesas laborales de la estrategia neoliberal en México y Brasil". *Aportes*, vol. XIV, núm. 40, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Consultado en: [Redalyc.Las fallidas promesas laborales de la estrategia neoliberal en México y Brasil](#)
- Aranda, Rafael (2021). "Menos creyentes, curas y sacramentos: radiografía de una Iglesia católica en crisis y con un futuro incierto". *Ser*. Consultado en: [Menos creyentes, curas y sacramentos: radiografía de una Iglesia católica en crisis y con un futuro incierto | Actualidad | Cadena SER](#)
- BBC (2018). "La soledad, un mal contemporáneo mundial que en Reino Unido ahora es asunto de Estado". BBC. Consultado en: [La soledad, un mal contemporáneo mundial que en Reino Unido ahora es asunto de Estado - BBC News Mundo](#)
- Baigorria, Osvaldo (2006). *El amor libre*. Navarra: Editorial Txalaparta.
- Baqueiro, Edgard (1971). "El derecho de familia en el Código Civil de 1870". Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. Consultado en: <www.bibliojuridica.org>.
- Barnes, Julian (2013). "La pérdida de la profundidad" en *La experiencia del amor*. Xalapa: Gris Tormenta.
- Bauman, Zigmunt (2007) *Amor líquido*. México D.F. Fondo de Cultura Económica
- Beauvoir, Simone (2005). *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Beauvoir, Simone (2011). *La fuerza de las cosas*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Benítez, Fernando (1984). *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*. México: FCE/CREA.
- Benjamin, Walter (1997). *Diario de Moscú*. Madrid: Taurus.
- Benitti, María José (2010). "El estadio estético de Kierkegaard en las categorías lógicas de Hegel: inmediatez, reflexión y posibilidad formal". *Enfoques*, vol. 22 no.1. Libertador San Martín.
- Burn-Murdoch, John (2024). "A new global gender divide is emerging". *Financial Times*. Consultado en: [A new global gender divide is emerging \(ft.com\)](#)
- Butler, S. (2017). Autoerotism. *Macquarie Dictionary* (7a ed.). South Yarra: Macquarie Dictionary Publishers.

- Castells, M. (2000). *La era de la información, economía, sociedad y cultura*. Vol. 2. México: Siglo XXI.
- Castillo, G. (2003). *El adolescente y sus retos: la aventura de hacerse mayor*. Madrid: Pirámide.
- Carrera Barroso, José Antonio (2023). “Los matrimonios se reducen más 20% en última década: divorcios aumentan 65%”. *Vía Alternativa*. Consultado en: [Los matrimonios se reducen más 20% en última década: divorcios aumentan 65% – Tercera Vía \(terceravia.mx\)](#)
- Carrillo, Irma (2012). “Recetas y secretos para hacerse amar”. *Culcyt Antropología*, año 9, No. 48. Consultado en: [Dialnet-RecetasYSecretosParaHacerseAmar-7058610.pdf](#)
- Caruso, I. (1969). *La separación de los amantes*. México: Siglo XXI
- Carver, Raymond (1993). *De qué hablamos cuando hablamos de amor*. Barcelona: Anagrama.
- Chilton, Martin (2023). Deconstructing The Love Song: How and Why Love Songs Work. *Discover Music*. Consultado en: <https://www.udiscovermusic.com/in-depth-features/deconstructing-the-love-song-how-they-work/>
- Chollet, Mona. *Reinventando el amor: cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales*. Barcelona: Paidós.
- Collignon, María M. y Zeyda Rodríguez (2010). “Amor y sexualidad en jóvenes mexicanos del siglo XX, en *La vida amorosa, sexual y familiar en México*”. México: ITESO/Universidad Iberoamericana.
- Cuervo Suárez, Florencia (2023). Profanando el amor: un análisis crítico sobre la monogamia y sus implicaciones sociales, políticas y epistemológicas. UDELAR. Consultado en: [Colibri: Profanando el amor : un análisis crítico sobre la monogamia y sus implicaciones sociales, políticas y epistemológicas \(udelar.edu.uy\)](#)
- Derrida, J. (1975-1976). *La Vida, La Muerte: Seminario*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Díaz–Loving, Rolando, Canales, Rolando y Gamboa, Montserrat (2014). “Desenredando la semántica del amor en V lustros de investigación en la Psicología Social en México”. Asociación Mexicana de Psicología Social. Consultado en: [V lustros de investigación en la Psicología Social en México: \(researchgate.net\)](#)

- Enciso, G. (2015). Una travesía de las emociones al afecto en las prácticas del poliamor. O lo que las palabras callaban sobre el cuerpo. Universitat Autònoma de Barcelona. Consultado en: <https://www.tesisenred.net/handle/10803/325694>
- Espada, Mariah (2023). "TikTok Is Celebrating 'DINKs': Double Income No Kids Households". *Time*. Consultado en [DINKs, Double Income No Kids, Are Taking Over TikTok | Time](#)
- Espinosa, Magali y Zabaleta, Jimena (2018). "Los mexicanos no van al psicólogo". *UNAM Global*. Consultado en: [Los mexicanos no van al psicólogo - UNAM Global](#)
- Esteinou, Rosario (2008) "La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX". México: CIESAS/Miguel Ángel Porrúa.
- Esteinou, Rosario (2016). "Intimidad y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: discursos y normas". *Revista Ciencias Antropológicas* vol. 24, no. 68
Consultado en: <https://www.scielo.org.mx/pdf/crca/v24n68/2448-8488-crca-24-68-35.pdf>
- Evans, Mary (2003). *Love an unromantic discussion*. Cambridge: Polity.
- Expansión (2023). "Estas son las peores crisis económicas de México". *Expansión*. Consultado en: <https://expansion.mx/mercados/2023/09/30/peores-crisis-economicas-de-mexico>
- Fernández, Rosa (2023). Ranking de los 10 países con mayor número de divorcios en el mundo en 2020. Statista. Consultado en <https://es.statista.com/estadisticas/962925/paises-con-mayor-numero-de-divorcios/>
- Field, Tiffany, Diego, Miguel *et al.* (2009). "Breakup distress in university students". PubMed, invierno, vol. 44, núm. 176, pp. 705–727. Consultado en <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/20432597/>
- Florida, Richard (2002). *The Rise of the Creative Class: And How It's Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life*. Nueva York: Basic Books.
- Franco, Jean (1994). *Las conspiradoras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, Erich (2002) *El arte de amar*. México: Paidós.
- Forte, Alma Luz (2014). "La cultura del narcisismo y el deseo de ser siempre joven. Un fenómeno sociocultural sutil y perverso". Trabajo presentado en XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación de la Asociación

Latinoamericana de Libre Comercio (ALAIIC), Lima. Consultado en <http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/GT11-Alma-Luz-Fortez.pdf>.

Foucault, Michel (2002). *Historia de la sexualidad, la voluntad de saber*. México. Siglo XXI.

Garza Arregui, Bernardina (2017). “El matrimonio según la epístola de Melchor Ocampo”. *MX City Guía insider*. Consultado en:

<https://mxcity.mx/2017/03/matrimonio-segun-la-epistola-melchor-ocampo/>

Gerli, M. (1980). “Eros y ágape: el sincretismo del amor cortés en la literatura de la baja Edad Media castellana”. *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (pp. 316–319). Toronto: University of Toronto.

Giddens, Anthony (2006). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra–Teorema.

Girard, R. (1961). *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.

Gómez Porchini, José Manuel (2014). “El matrimonio y la epístola Melchor Ocampo”. *Justicia México*. Consultado en: <http://justiciamexico.mx/vp-ind.php?id=257&categoria=economia>

Gornick, Vivian (2023). *El fin de la novela de amor*. Madrid: Sexto Piso.

Gorz, André (2008). *Carta a D*. Barcelona: Paidós.

Guadagnino, Luca (2027). *Call me by your name*. Película.

Hamlett, Melanie (2019). “Men have no friends and women bear the burden”.

Bazaar. Consultado en: [Men Became "Emotional Gold Diggers" — Men Have No Friends and Women Bear the Burden \(harpersbazaar.com\)](https://www.harpersbazaar.com/men/became-emotional-gold-diggers-men-have-no-friends-and-women-bear-the-burden/)

Harner, M. (1988). *El viaje del Chamán*. Barcelona: Kairós

Hochschild, Arlie R. (1979). “Emotion work, feeling rules, and social structure”.

American Journal of Sociology. Consultado en: [Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure | American Journal of Sociology: Vol 85, No 3 \(uchicago.edu\)](https://www.uchicago.edu/sites/default/files/uploads/documents/Emotion%20Work%20Feeling%20Rules%20and%20Social%20Structure%20Vol%2085%2C%20No%203.pdf)

Horno Goicoechea, Paulina (2018). “El amor y el desamor en la adolescencia”.

Adolescere, vol. VI, núm. 2. Consultado en: [78e1-e6-El amor y el desamor en la adolescencia.pdf \(adolescenciasema.org\)](https://www.adolescenciasema.org/files/78e1-e6-El%20amor%20y%20el%20desamor%20en%20la%20adolescencia.pdf)

Hooks, Bell (2002). *Todo sobre el amor*. Madrid: Paidós.

INEGI (2023). Estadística de divorcios de 2022. INEGI. Comunicado de prensa núm. 564/23 Consultado en:

<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EstMat/Matrimonios2022.pdf#:~:text=El%20total%20de%20matrimonios%20por%20entidad%20federativa,se%20presenta%20en%20la%20tabla%201%20del%20Anejo.>

Illouz, Eva (2020). *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas*. Buenos Aires: Katz Conocimiento.

INEGI (2023). “Día mundial para la prevención del suicidio”. Comunicado de prensa número 542/23. Consultado en: [EAP_Suicidio23.pdf \(inegi.org.mx\)](#)

INEGI (2023). “Estadística de divorcios (ed) 2022”, Comunicado de prensa número 563/23. Consultado en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EstDiv/Divorcios2022.pdf>

INEGI (2022). “Natalidad y fecundidad”. INEGI. Consultado en: [Natalidad y fecundidad \(inegi.org.mx\)](#)

Jaccard, Roland (1980). “L’amour en miettes”, De l’amour, dossier de *Magazine Littéraire*, no 163, p. 33.

Jamieson, Lynn (2002) *Intimacy*. Cambridge: Polity Press.

Jarvie, Catherine (2003). “Tease for two”. *The Guardian*. Consultado en [Tease for two | | The Guardian](#)

Kemp, Simon (2023) “Digital 2023: Global Overview Report”. Data Portal.

Kristeva, Julia (1983). *Histoires d’amour*. París: Folio Essais/De Noel.

Kundera, Milan (2008). *La inmortalidad*. México: Tusquets.

Lagarde, M. (1997). *Género y feminismo*. Madrid: Horas y Horas.

Magris, Claudio (1997). *El Danubio*. Barcelona. Anagrama.

Mann, Thomas (2020). *La muerte en Venecia*. México: DeBolsillo.

Matthews–Grieco, Sara (2005). “Cuerpo y sexualidad en la Europa del Antiguo Régimen” en Alain Corbin, *Historia del cuerpo. Del Renacimiento a la Ilustración*, vol. 1, Madrid. Taurus.

Marcial Vázquez, Rogelio (2013). “¿Por amor o por placer sexual?: disputas, acuerdos y poder en socialidades sexo–afectivas entre jóvenes de Guadalajara”. En *Socialidades y afectos Vida cotidiana, nuevas tecnologías y producciones mediáticas*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara. Consultado en:

[Nostalgia online. Uso de internet en un contexto migratorio en libro Soci
alidades y Afectos.-libre.pdf \(d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net\)](#)

McKee Irwin, Robert (2004). "Las inseparables y la prehistoria del lesbianismo en México". *Debate Feminista*, vol. 29. Consultado en: [Sci-Hub | "Las inseparables" y la prehistoria del lesbianismo en México | 10.2307/42624804 \(hkvisa.net\)](#)

McNair Kameron, y Lee, Juhohn (2023). "¿Por qué cuesta más estar soltero que en pareja en EEUU?" *CNBC*. Consultado en: [Por qué es tan caro estar soltero en Estados Unidos – Telemundo Denver](#)

Merca 2.0 (2022). "Gráfica del día: El porcentaje de hombres y mujeres que se consideran feministas en México". *Merca 2.0*. Consultado en: [Gráfica del día: Hombres y mujeres que se consideran feministas en México \(merca20.com\)](#)

Nabor, Andrea (2020). "Conoce por qué el toloache es tan peligroso". *El Universal*. Consultado en: [Descubre qué es el toloache y porqué es tan peligroso \(eluniversal.com.mx\)](#)

National Geographic (2023). "Qué es el amor según las ciencias". *National Geographic*. Consultado en: [Qué es el amor según la ciencia | National Geographic \(nationalgeographicla.com\)](#)

National Geographic (2023). "Qué le pasa a nuestro cuerpo cuando nos enamoramós". *National Geographic*. Consultado en: [Qué le pasa a nuestro cuerpo cuando nos enamoramós | National Geographic \(nationalgeographicla.com\)](#)

Nistal, Tomás Alberich (2019). "¿Poliamor, amor libre o en libertad? Potencialidades y dificultades". *MLS psychology research*. Vol. 2 Núm.1 Consultado en: [¿Poliamor, amor libre o en libertad? Potencialidades y dificultades | MLS Psychology Research \(mlsjournals.com\)](#)

Núñez Noriega, Guillermo y Zazueta Luzanilla, Edgar Iván (2012). "Modernidades e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México". *Estudios Sociales* Número 2. México. Consultado en: [\(PDF\) Modernidad e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México. \(researchgate.net\)](#)

Lasch, Christopher (1999). *La cultura del narcisismo*. Buenos Aires: Editorial Andrés Bello.

- Lessing, Doris (2007). *El cuaderno dorado*. México: Punto de Lectura.
- Paz, Octavio (1993). *La llama doble: amor y erotismo*. México: Seix Barral.
- Platón (1966). *El banquete o de amor in Diálogos*. Buenos Aires: Austral, Espasa–Calpe
- Porta Fernández, Pedro y Florencia Musante (2016). “Amor libre: ¿práctica revolucionaria o reproducción capitalista? Apuntes sobre experiencias y representaciones en Estudiantes de Sociología de la UNLP”. IX Jornadas de Sociología de la UNLP 5 al 7 de diciembre de 2016. Ensenada. Universidad Nacional de La Plata. Consultado en:
<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev9141>
- Powell, Anastasia (2010). *Sex, power and consent: youth culture and the unwritten rules*. Cambridge: University of Cambridge Press.
- Quilodrán, Julieta (2019). “Matrimonios civiles y divorcios en México: una historia secular”. *Coyuntura Demográfica*. México.
- Santa Bañeres, Àngels (1996). “El desamor”. Lleida: Universitat de Lleida.
 Consultado en: <94771-Text de l'article-142717-1-10-20080819.pdf>
- Sartre, Jean Paul (1995). *Carnets de la drôle de guerre. Septembre 1939 – mars 1940*. París: Édition Gallimard.
- Sartre, Jean Paul (1983). *Diarios de guerra XI de 1939 – III de 1940*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Savignano, Alan Patricio (2023). “Las Distintas formas del amor en Sartre y Beauvoir”. *Kalagatos*, 2023, vol. 20, no 3. Consultado en: [Las Distintas formas del amor en Sartre y Beauvoir | Kalagatos \(uece.br\)](Las Distintas formas del amor en Sartre y Beauvoir | Kalagatos (uece.br))
- Secretaría de Salud (2018). “Embarazo en niñas y adolescentes”. Consultado en:
[Embarazo en niñas y adolescentes | Secretaría de Salud | Gobierno | gob.mx \(www.gob.mx\)](Embarazo en niñas y adolescentes | Secretaría de Salud | Gobierno | gob.mx (www.gob.mx))
- Sepúlveda Godoy, Eduardo (2011). “Lucha temperante y amor libre. entre lo prometeico y lo dionisiaco: el discurso moral de los anarquistas chilenos al despuntar el siglo xx”. *Cuadernos de Historia*, 34.
- Stenberg, R. (1986). A triangular Theory of love. *Psychology Review*, 93 (2), 119–135.
- Sztajnszrajber, D. (2023). *El amor imposible. Ocho tesis filosóficas*. Buenos Aires: Paidós

Ramírez, Tania (2021). “El Estado no puede seguir ignorando la violencia contra la niñez. La venta de niñas y adolescentes es una violación a los derechos humanos que las autoridades mexicanas deben impedir”. *Red por los derechos de infancia*. Consultado en: <https://derechosinfancia.org.mx/v1/el-estado-no-puede-seguir-ignorando-violencia-contra-ninez-venta-de-ninas-y-adolescentes-es-una-violacion-a-derechos-humanos-que-autoridades-deben-impedir/#:~:text=La%20venta%20de%20ni%C3%B1as%20y%20adolescentes%20es%20una,entre%20enero%20de%202015%20y%20julio%20de%202021>.

Real Academia Española (2022). Desamor. Consultado en: [desamor | Definición | Diccionario de la lengua española | RAE - ASALE](#)

Rilke, Rainer María (1985). *Cartas a un joven poeta*. México. Premiá.

Rocha, Martha Eva (1996). “Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870–1968. Historia de un proceso secular”. *Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, núm. 35, México. Consultado en:

<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo%3A18295>

Rodríguez, Gertrudis (2020). “10 países con la tasa más alta de divorcios”. *Earth World*. Consultado en: [10 países con la tasa de divorcio más alta \(earthnworld.com\)](#)

Rodríguez Salazar, Tania y Rodríguez, Zeyda (2015). “El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto”. *Comunicación y Sociedad*, núm. 25. Guadalajara. Consultado en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-252X2016000100002&script=sci_arttext

Rose, Gillian (1995). *Love’s work*. Nueva York: Oceano.

Rougemont, Denis (1979). *El amor y occidente*. Madrid: Kairós.

Roussel, L. (1987). “Deux Décennies de Mutations Démographiques (1965–1985) dans les Pays Industrialisés”. *Populations*, vol. 42, núm. 3. París.

Rubin, Z. (1973). *Linking and Loving: An Invitation to Social Psychology*. Nueva York: Reinhart & Winston.

Ornelas, M. (2015). “Resonancia religiosa en México: Cifras básicas”. *Mad* (33), 94–110. Consultado en: [311241654007.pdf \(redalyc.org\)](#)

Ortega y Gasset, José (1981). *Unas lecciones de metafísica*. Madrid: Alianza Editorial.

- Ortiz–Ospina, Esteban (2019). “One–person households are becoming increasingly common across the world. In this post we explore the data behind this trend”. *Our World in Data*. Consultado en: [The rise of living alone: how one-person households are becoming increasingly common around the world - Our World in Data](#)
- Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2009). “The emergence of “emerging adulthood”: The new life stage between adolescence and young adulthood”. A. Furlong, *Handbook of Youth and Young Adulthood* (pp. 39–45). Londres.
- Tovar Tenorio, Natalia (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. Ciudad de México. *Sociológica*, vol. 27, no. 76.
- Thalmann, Y. (2008). *Las virtudes del poliamor. La magia de los amores múltiples*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- UNAM (2019). “Píldora anticonceptiva, la mayor contribución científica de México. *Gaceta UNAM*. Consultado en: [Píldora anticonceptiva, la mayor contribución científica de México | Fundación UNAM \(fundacionunam.org.mx\)](#)
- Valenzuela, José Georgette (2015). “Los claroscuros de la presidencia de Plutarco Elías Calles. ¿El hombre fuerte de los 20?”. *Gobernantes mexicanos II*. México: Fondo de Cultura Económica..
- Vasallo, B. (2014). *Redes afectivas y revoluciones*. Pensaré Cartoneras.
- Vernon, Mark (2013) “¿Qué es el amor?” *La experiencia del amor*. Querétaro: Gris Tormenta.
- Vilet, Mariana y Galán, Jaime (2021). “Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual”. *La Ventana*, vol. 63. Guadalajara. Consultado en: [Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual \(scielo.org.mx\)](#)
- Vínolo, Stéphane (2010). “Ipseidad y alteridad en la teoría del deseo mimético de René Girard: la identidad como diferencia”. *Universitas Philosophicas*, vol. 27, no. 55. Bogotá. Consultado en : http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0120-53232010000200002&script=sci_arttext
- Wardropper, Bruce (1958). “Historia de la poesía lírica a lo divino en la cristiandad occidental”. *Revista de Occidente*: Madrid.

